FLAVIO JOSEFO

LA GUERRA DE LOS JUDÍOS

Libro V
EL SITIO DE JERUSALÉN. DESDE LA LLEGADA DE TITO HASTA LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE BLOQUEO
(primavera-julio del 70 d. C.)

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JESÚS M.ª NIETO IBÁÑEZ



EDITORIAL GREDOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 264



Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1999.

Depósito Legal: M. 42515-1997.

ISBN 84-249-1885-1. Obra completa.
ISBN 84-249-1998-X. Tomo II.

Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1999.

LIBRO V

NOTA TEXTUAL

Edición de Niese	Nuestro texto
46 (17) ἄρχων, κριθεὶς	ἄρχειν κριθεὶς *Versio Latina,* Hudson
208 (21) ἀφανὲς	ἀχανὲς Bekker, Thackeray
305 (9) ἀπὸ	ἐπὶ Hudson
345 (2) βάρβαρον	βάρος coni. Niese ex *Versio Latina*
449 (2) τοὺς πολεμίους	εἰς τοὺς πολεμίους *MLVRC*
474 (16) Τεφθαῖος	Γυφθαῖος coni. Niese ex *BJ* VI 92 y 148.
474 (19) καὶ ἀγίρας	Χαγείρας Hudson

SIPNOSIS

EL SITIO DE JERUSALÉN. DESDE LA LLEGADA DE TITO HASTA LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE BLOQUEO (primavera-julio del 70 d. C.)

1. División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón. – 21. Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo. – 39. Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano. – 54. Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente. – 67. Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén. – 71. Los tres grupos judíos se unen para atacar. – 81. Tito repele los asaltos judíos. – 98. Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo. – 106. Tito hace los preparativos para el asalto. – 109. Los judíos arremeten contra los romanos. – 120. Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina. – 136. Topografía de Jerusalén: las dos colinas. – 142. Las tres murallas. – 156. Las torres. – 176. El palacio del rey Herodes. – 184. Descripción del Templo. – 190. Los pórticos y el atrio de los gentiles. – 193. El atrio de los israelitas. – 199. El atrio de las mujeres. – 200. Las puertas. – 207. La fachada. – 212. El velo del Templo. – 215. El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados. – 222. El exterior del santuario. El altar de los sacrificios. – 228. Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote. – 238. La torre Antonia. – 248. Las fuerzas judías. Juan y Simón. – 258. Tito se dispone a atacar. – 266. Los judíos perturban los trabajos del asedio romano. – 275. Los arietes entran en

acción. – 284. Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas. – 291. Una torre romana se derrumba. – 296. Los judíos se retiran a la segunda muralla. – 303. Tito acampa dentro de la tercera muralla. – 312. El caballero Longino. – 317. Estratagema del judío Cástor. – 331. Los romanos toman la segunda muralla. – 348. Suspensión del asedio. – 356. Construcción de terraplenes para atacar la tercera muralla. – 362. Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso . – 420. Las consecuencias del discurso: las deserciones. – 424. Los horrores del hambre en Jerusalén. – 439. Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los tiranos. – 446. Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión. – 460. Antíoco y los «macedonios». – 466. Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos. – 486. Tito rechaza a los asaltantes. – 491. Consejo de guerra romano. – 502. El muro de bloqueo. – 512. Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes. – 519. Nuevos terraplenes. – 527. Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías. – 534. Judas intenta introducir a los romanos. – 541. Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte. – 548. Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos. – 562. Juan de Giscala saquea el Templo. – 567. Muertos durante el asedio.

División interna en Jerusalén: Eleazar, Juan y Simón

Tito, tras recorrer, según hemos dicho antes[1], el desierto que hay desde Egipto hasta Siria, llegó a Cesarea, donde había decidido reunir sus tropas. Mientras toda- 2
vía se hallaba en Alejandría colaborando con su padre en la consolidación del Imperio que acababa de recibir de manos de Dios[2], sucedió que la sedición de Jerusalén, que entonces había recobrado su esplendor, se dividió en tres facciones y, además, cada una de ellas se peleaba entre sí. Entre gente malvada podía decirse que este hecho fue un bien y un acto de justicia. Ya se ha hablado con detalle[3] 3
del ataque de los zelotes contra el pueblo, que supuso el comienzo de la toma de la ciudad[4], cómo surgió y qué nivel de maldad alcanzó. Uno no se equivocaría si dijera que esta re- 4
vuelta ha nacido de otra revuelta, como una fiera, que rabiosa por la falta de carne ajena, se arroja sobre la suya propia.

1 Tito, tras recorrer… (1)

[1] IV 659-663.

[2] La idea de que Dios está de parte de los romanos se materializa sobremanera en la persona de Vespasiano, cuya elección ha sido decidida por el propio Dios; cf. III 404 y IV 33. Josefo presenta la retirada de Vespasiano como un acto inspirado por la divinidad y la llegada de Tito como verdaderamente providencial.

[3] IV 128 ss.

[4] Josefo utiliza esta misma expresión cuando se produce el asesinato del sumo sacerdote Anano; cf. IV 318.

5 De esta forma Eleazar, hijo de Simón, que ya desde un
principio había separado a los zelotes del pueblo y los había
reunido en el Templo, a partir de este momento estuvo en
apariencia indignado por los crímenes cotidianos de Juan,
pues éste no ponía fin a sus matanzas, aunque en realidad era
porque no toleraba estar sometido a un tirano más joven que
6 él. Por el deseo de un poder absoluto y por la ambición de
imponer su propia autoridad se separó de los demás insurrec-
tos. Se llevó consigo a Judas, hijo de Quelcías, y a Simón,
hijo de Esrón, ambos personajes notables, y también iba con
ellos Ezequías, hijo de Cobaris, hombre famoso. Cada uno de
7 ellos estaba acompañado de no pocos zelotes. Se apoderaron
del recinto interior del Templo y pusieron sus armas encima
de las puertas sagradas[5], en el santo frontón. Se sentían con-
8 fiados porque tenían abundantes provisiones. En efecto, había
muchas ofrendas sagradas[6] para unas personas para los que
nada era impío, pero tenían miedo porque eran pocos y así la
mayoría de las veces se quedaban sin moverse en este lugar.
9 Por su parte, Juan era superior en número de hombres en la
misma proporción que era inferior por la posición que ocupa-
ba. Tenía a los enemigos sobre su cabeza, de modo que los
ataques que hacía contra ellos resultaban peligrosos y a causa
10 de su ira no se podía estar quieto. A pesar de que él sufría más

[5] Estas puertas se describirán en V 201-206.

[6] Muchas eran las provisiones y ofrendas que se guardaban en las dependencias del Templo: los objetos del culto, vasos, jofainas, jarros, bandejas y recipientes de oro y plata (cf. *Éxodo* 25, 29-38, 27, 3, *Números* 4, 7, 9 y 14), así como los ingresos destinados al mantenimiento de los sumos sacerdotes (*Nehemías* 12, 44; *I Crónicas* 9, 29; *Antigüedades* XIV 72). Estas riquezas habían provocado ya en varias ocasiones la avaricia y el robo de varios individuos, como Heliodoro (cf. *II Macabeos* 3), Antíoco Epífanes (cf. *I Macabeos* 1, 21-23), Craso (cf. I 179 y *Antigüedades* XIV 105), Sabino (cf. II 50 y *Antigüedades* XVIII 264), Pilato (cf. II 175) o Floro (cf. II 293).

daños que los que infligía a los hombres de Eleazar, sin embargo no permanecía inactivo. Eran frecuentes sus incursiones y los disparos de flechas. El Templo estaba manchado por todos los sitios por la sangre de los muertos.

Simón, el hijo de Giora, a quien el pueblo en un mo- 11
mento de desesperación y por la confianza en que le ayudara había llamado para que viniera a la ciudad como su propio tirano[7], controlaba la Ciudad Alta y la mayor parte de la Ciudad Baja y así atacaba con más vigor a las tropas de Juan, pues éstas eran hostigadas desde arriba. Juan les hacía frente en las mismas condiciones de inferioridad que los hombres de Simón en relación con los que estaban arriba,
en el Templo. Por ello sucedía que Juan, atacado por los dos 12
bandos, causaba y recibía golpes con la misma facilidad. La superioridad que tenían sobre él los hombres de Eleazar, por hallarse en un lugar más bajo, la tenía también él sobre Si-
món por su posición elevada[8]. Así, repelía con sus manos 13
vigorosamente las embestidas que le venían desde abajo, mientras que rechazaba con máquinas los lanzamientos que
le hacían desde lo alto del Templo. Tenía un gran número 14
de oxibelas, de catapultas y de balistas[9], con las que no sólo se defendía de los enemigos, sino que también acababa con la vida de muchos de los que allí estaban haciendo sacrifi-
cios. Aunque estaban totalmente llenos de ira para llevar a 15

---

[7] Cf. IV 573 ss.

[8] Eleazar ocupaba la parte interior del Templo, Juan la zona exterior del mismo y la Ciudad baja, mientras que los hombres de Simón se hallaban por el resto de la ciudad; cf. Tácito, *Historias* V 12. En esta división de las facciones de los rebeldes de Jerusalén se ha querido ver una serie de implicaciones sociales y regionales: oposición entre zonas ricas y pobres de la ciudad, entre ciudadanos y campesinos y entre galileos e idumeos; cf. H. Kreissig, *Die sozialen Zusammenhänge des Judaischen Krieges*, Berlín, 1970.

[9] Sobre este tipo de artillería, cf. nota a IV 19 y 583.

cabo todo tipo de impiedad, sin embargo permitían entrar a los que querían ofrecer sacrificios. A la gente del lugar la dejaban pasar bajo sospecha y con vigilancia, mientras que a los extranjeros[10] les registraban. A pesar de que estas personas pusieron en vergüenza su crueldad cuando intentaban entrar en la ciudad, sin embargo se convirtieron en víctimas de la sedición.
16 Pues los proyectiles que las máquinas lanzaban con fuerza llegaban hasta el altar y el santuario y caían sobre los sacerdotes y
17 los que hacían sacrificios. Muchos de los que desde los confines de la tierra habían venido a este lugar famoso y sagrado para todos los hombres caían ellos mismos delante de sus víctimas y bañaban con su propia sangre el altar que era venerado por to-
18 dos los griegos y por todos los bárbaros[11]. Los cadáveres de los extranjeros se mezclaban con los de los habitantes del país, los de los laicos con los de los sacerdotes; la sangre de estos muer-
19 tos tan diversos encharcaba los atrios sagrados. ¿Es que tú, la más desdichada de las ciudades, has padecido una desgracia tan

[10] Estos «extranjeros» pueden ser tanto los judíos de la Diáspora, que acudían de fuera de Palestina a ofrecer sus sacrificios en Jerusalén, como los propios gentiles que participaban del culto del Templo.

[11] Es curiosa esta precisión de Josefo que dintingue entre «griegos» y «bárbaros», cuando lo habitual en él es la oposición «judío» frente a «gentil». Tal vez haya que entender aquí «helenizado» mejor que «griego», es decir los judíos de lengua griega, entre los que se incluía nuestro autor, y que constituían una de las mayores comunidades del culto a Yahveh, aunque en su mayor parte habitaban fuera de su tierra. No obstante, en la propia costa palestina la helenización seguía siendo en esta época muy fuerte. En los textos judíos en lengua griega *allóphylos,* «extranjero», es el término utilizado para denominar a los no judíos, a los *goyim,* en hebreo, no el *bárbaros* empleado en este pasaje, que sin duda sigue la tradición perfectamente consolidada de la historiografía griega. En cualquier caso es bastante ambigua la delimitación de lo que es «extranjero» en nuestro autor, ya que en algunas ocasiones se pronuncia desde la óptica de un judío, en otras desde la de un romano y, tal como parece en esta caso, también desde la de un griego, es decir, desde la de un judío helenizado.

grande como ésta por parte de los romanos, que entraron para
purificar con fuego los odios internos de tu pueblo? Ya no eras
ni podías ser el lugar de Dios, una vez que te has convertido en
tumba de cadáveres de tu propio pueblo y que has hecho del
Templo el cementerio de una guerra civil. Sin embargo, de
nuevo podrías hallarte mejor, si alguna vez llegas a reconciliarte
con el Dios que te ha devastado[12]. Pero las reglas de la historio- 20
grafía obligan a reprimir los sentimientos, pues no es momento
de lamentos personales, sino de relatar los acontecimientos[13].
Por ello, voy a contar los hechos que se sucedieron en esta re-
vuelta.

Luchas civiles. Sufrimientos del pueblo

Los sediciosos de la ciudad estaban 21
divididos en tres grupos: los hombres de
Eleazar custodiaban las primicias sagra-
das[14] y embriagados se enfrentaban a
Juan; por su parte, los que estaban con
este último hacían saqueos entre la gente del pueblo y ata-
caban a Simón. Este individuo se servía de las provisiones

[12] No hay duda de que en estas «lamentaciones» Flavio Josefo sigue la tendencia de los escritos apócrifos referidos a los trágicos acontecimientos del año 70, que vuelven sus ojos a una situación histórica similar a la actual, como es la destrucción de Jerusalén en tiempos de Nabucodonosor en el 587 a. C.; cf., por ejemplo, *Paralipómenos de Jeremías*, *Apócrifo de Jeremías* o *IV Esdras*. Sobre la importancia y función de este tipo de súplicas y lamentos en los momentos claves de la obra flaviana véase el artículo de N. Belayche, «La prière dans la *Guerre des juifs* de Flavius Josèphe», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 22 (1996), 205-220.

[13] En el Proemio del libro I, 11-12, se ha mencionado este principio de evitar expresar los sentimientos personales, si bien en I 9 el autor aclaraba que iba a exponer su «opinión» sobre los acontecimientos e iba a dejar que sus propios sentimientos manifestaran sus «lamentos» por ellos.

[14] Las ofrendas de los primeros frutos agrícolas que el pueblo entregaba al Templo para el mantenimiento de los sacerdotes; cf. *Deuteronomio* 18, 4, *Judit* 11, 13 o *I Macabeos* 3, 49.

22 de la ciudad en contra de las facciones enemigas. Juan, cuando era hostigado por unos y por otros, dirigía a sus hombres en las dos direcciones: desde los pórticos lanzaba flechas contra los que subían desde la ciudad y con máquinas repelía a los que les arrojaban jabalinas desde lo alto del
23 Templo. Si en alguna ocasión los que estaban arriba le dejaban en paz, ya que a éstos muchas veces les obligaba a parar la borrachera y el cansancio, se lanzaba entonces con más
24 seguridad y con más hombres contra Simón. Como norma, en cualquier punto de la ciudad a donde se dirigiera, prendía fuego a las casas llenas de trigo y de todo tipo de provisiones. Por su parte, cuando Juan se retiraba, Simón hacía lo mismo y le atacaba. Parecía como si ellos destruyeran a propósito lo que la ciudad había preparado para hacer frente al asedio de los romanos y cortaran los nervios de su propia
25 fuerza. El resultado fue que todos los alrededores del Templo fueron arrasados y la ciudad se convirtió en una zona desierta entre los dos bandos que se enfrentaban en una guerra civil. Todo el trigo fue quemado, excepto un poco que
26 no les habría sido suficiente para un largo asedio[15]. De este modo cayeron víctimas del hambre, lo que precisamente de ninguna manera hubiera ocurrido, si ellos mismos no lo hubieran dispuesto así.

27 Mientras que la guerra se extendía por todos los lugares de la ciudad a manos de los conspiradores y del populacho, el pueblo, que estaba en medio[16], era despedazado, como si
28 se tratara de un inmenso cadáver. Los ancianos y las mujeres, desesperados por las desgracias que acaecían dentro de

---

[15] TÁCITO, *Historias* V 12, recuerda esta quema del trigo.

[16] Nuestro historiador deja bastante claras las diferencias entre el pueblo judío en su conjunto, que no es partidario de esta guerra, y esa minoría de rebeldes y facciosos que son los auténticos culpables de la grave situación de Palestina en este momento; cf. nota a IV 141.

la ciudad, deseaban que vinieran los romanos y esperaban que la guerra extranjera les librara de los males internos[17].
Un espanto y miedo terribles se hicieron presa de los buenos 29
ciudadanos, pues no veían que fuera el momento oportuno para decidir un cambio ni existía la esperanza de llegar a un acuerdo ni la posibilidad de huir para los que quisieran hacerlo. Había vigilancia en todos los sitios y los jefes de los 30
bandidos, aunque estaban en desacuerdo en todo lo demás, sin embargo mataban como enemigos comunes a los que querían pactar la paz con los romanos y a los que eran sospechosos de desertar; sólo se ponían de acuerdo para asesinar a personas que merecían salvarse. De día y de noche no 31
cesaban los alaridos de los combatientes, aunque eran más terribles los gemidos de los que lloraban en los duelos. Los 32
desastres eran la causa de los sucesivos lamentos, pero el miedo reprimía los gritos de dolor. Al silenciar sus desdichas por temor, se torturaban con los gemidos que estallaban en su interior. Los parientes ya no sentían ningún respe- 33
to por los vivos ni se preocupaban de enterrar a los muertos. La desesperación que todos tenían por sí mismos era la causa de ambos hechos, pues los que no participaban de la sedición no aspiraban a nada, ya que tenían la idea de que iban a morir de un momento a otro. Los rebeldes pisoteaban 34
en sus refriegas los cadáveres, que se amontonaban unos sobre otros, y aumentaban su crueldad al aspirar la desesperación que desprendían los muertos que estaban bajo sus pies. Siempre estaban inventando alguna forma de destruirse 35

[17] Es ésta una de tantas expresiones filorromanas que Josefo esparce a lo largo de su narración, según establece uno de los objetivos de su obra. El historiador presenta a los romanos como el instrumento de la justicia divina en la línea tradicional del castigo que sobreviene sobre el que rompe la alianza, en este caso, contra los rebeldes judíos; cf. A. JAUBERT, *La notion d'Alliance dans l'Ancien Testament*, París, 1976, págs. 299 ss.

mutuamente, y, al ejecutar sin piedad todo lo que planeaban,
36 no dejaban sin hacer ningún ultraje ni crueldad. Sin duda, Juan utilizó la madera sagrada para fabricar máquinas de guerra. En una ocasión, el pueblo y los sumos sacerdotes determinaron reforzar el Templo y aumentar su altura en veinte codos[18]. El rey Agripa[19], no sin grandes gastos y esfuerzos, hizo traer del Líbano la madera necesaria para ello[20], vigas dignas de ver por lo rectas que eran y por sus
37 dimensiones. Pero, como la obra se había interrumpido a causa de la guerra, Juan las cortó y construyó con ellas unas torres, pues vio que eran de una longitud suficiente para hacer frente a los que le atacaban desde lo alto del Templo.
38 Llevó las torres a la parte de atrás del recinto y las erigió allí, enfrente de la exedra del lado oeste[21], justamente el único sitio donde era posible, dado que los demás lugares se hallaban separados a una larga distancia por escaleras.

---

[18] En la descripción de la ciudad y del Templo Josefo utilizará el codo como medida de longitud, que equivalía a unos 44 centímetros, en el caso del codo romano, y a 55, en el sistema filetérico. El *Antiguo Testamento* se sirve en varias ocasiones del codo para medir, en especial, construcciones (cf. *Éxodo* 27, 1, *Ezequiel* 42, 2, etc.). El problema del tipo de codo utilizado en Palestina en esta época ha sido tratado por J. Jeremías, *Jerusalem zur Zeit Jesu. Eine kulturgeschichtliche Untersuchung zur neutestamentliche Zeitgeschichte = Jerusalén en tiempos de Jesús. Estudio económico y social del mundo del Nuevo Testamento*, Madrid, 1977, págs. 28-29.

[19] Agripa II, hijo de Agripa I y de Cipros; cf. II 220, 223, 245.

[20] Desde los tiempos bíblicos la madera más apreciada, sobre todo la de cedro, procedía del Líbano, en especial para la construcción del Templo y otros edificios importantes, como lo recuerda *I Crónicas* 14, 1, *I Reyes* 6, 15 y *Esdras* 3, 7.

[21] En IV 203 se hablará con más detalle de esta exedra.

Tito se acerca a Jerusalén con el ejército romano

Con estas máquinas, hechas a base de 39
impiedad, Juan esperaba vencer a sus
enemigos. Sin embargo Dios hizo que su
esfuerzo fuera inútil[22], al traer a los ro-
manos, antes de que hubiera mandado a
alguno de sus hombres a las torres. En efecto, Tito, después 40
de reunir con él una parte de su ejército y de ordenar al resto
concentrarse en Jerusalén, salió de Cesarea. Llevaba tres 41
legiones[23], que antes habían asolado con su padre Judea, y
también la duodécima legión de Cestio[24], que antaño había
sido derrotada. Esta última, que por su valor se había hecho
famosa en otros lugares[25], marchaba ahora a vengarse con
más ardor al recordar lo que había padecido anteriormente.
Así pues, mandó a la quinta de estas legiones reunirse con él 42
a través de Emaús y a la décima que subiera por Jericó.
Mientras, él partió con el resto de las tropas, al que se le aña-
dió un destacado número de aliados de los reyes[26] e impor-
tantes tropas auxiliares de Siria. También se completa- 43
ron con los soldados que llegaron con Tito las cuatro le-
giones, de las que Vespasiano había sacado los efectivos que
había enviado con Muciano a Italia[27]. Le acompañaban 44
dos mil soldados escogidos del ejército de Alejandría y tres
mil de las guarniciones del Éufrates[28]. Tiberio Alejan- 45

[22] Sobre la intervención divina en el acontecer histórico, en este caso del lado romano, véase el apartado 5 de la Introducción.

[23] La V *Macedonica*, X *Fretensis* y XV *Apollinaris;* cf. III 65.

[24] La XII *Fulminata;* cf. II 500.

[25] Por ejemplo en la campaña de Cestio en Galilea (cf. II 499 ss.) y anteriormente en Antioquía de Siria (cf. Tácito, *Anales* IV 5 y XV 6-7).

[26] Agripa II, rey de Palestina, Soemo de Emesa, y Antíoco de Comagene; cf. II 500.

[27] Cf. IV 632.

[28] Las fronteras del Éufrates contaban con una guarnición militar estable, así como con la colaboración de los reinos amigos de Armenia,

dro[29] era el más apreciado de sus amigos por su fidelidad y por su ingenio. Antes había sido gobernador de Egipto bajo
46 las órdenes de Vespasiano y Tito, pero ahora fue considerado digno de mandar sus tropas, ya que fue el primero que aceptó el poder imperial recién surgido y se unió con una brillante lealtad a una suerte incierta. Acompañaba a Tito como consejero de los asuntos de la guerra, ya que le superaba en edad y en experiencia.

47 Mientras Tito avanzaba[30] por tierra enemiga, iban delante de él las tropas de los reyes y todo el contingente de aliados, a los que seguían los zapadores y los que medían los campamentos; luego iban los bagajes de los generales y detrás de los soldados que los escoltaban marchaba él mismo con otros hombres escogidos y con los lanceros. A continuación se hallaba el destacamento de caballería de la le-
48 gión. Éstos estaban delante de las máquinas de guerra, seguidos de los tribunos y los jefes de cohorte con tropas selectas; después de ellos iban las enseñas alrededor del águila, precedidos de sus trompeteros, y a continuación el
49 grueso del ejército en filas de seis. Le seguían los sirvientes de cada legión, precedidos de sus bagajes, y al final de todos marchaban los mercenarios y los comandantes de reta-
50 guardia que los escoltaban[31]. Tito, al frente de su ejército en

---

Comagene, etc., para defender al Imperio de los posibles ataques de los partos y frenar las amenazas contra las provincias de Anatolia; cf. B. Isaac, «Reflexions on the Roman Army in the East», en Ph. Freeman y D. Kennedy (eds.), *The Defence of the Roman and Byzantine East*, Oxford, 1986, págs. 386 ss.

[29] Cf. II 220 y IV 616.

[30] Esta marcha de Tito está descrita en términos paralelos al del avance de Vespasiano desde Ptolemaida a Galilea en III 115-126.

[31] Sobre la organización de la marcha de las legiones romanas y los operarios que las acompañaban puede leerse el *excursus* sobre el ejército de III 70 ss.

orden, según la costumbre romana, avanzó a través de la re-
gión de Samaria hasta Gofna, que antes había sido tomada por
su padre[32] y que ahora disponía de una guarnición. Allí acam- 51
pó durante una noche y partió al amanecer. Tras una jornada
de marcha estableció su campamento en el lugar llamado por
los judíos en su lengua «Valle de los Espinos», junto a una
aldea denominada Gabat Saúl[33], que significa colina de Saúl
y que dista de Jerusalén unos treinta estadios. Desde allí, 52
aproximadamente con seiscientos jinetes escogidos, se dirigió
a explorar la ciudad, a comprobar sus fortificaciones y la ac-
titud de los judíos, por si éstos, al ver a los romanos, se rindie-
ran atemorizados antes de entrar en combate. Pues se había 53
enterado de algo que realmente era cierto, a saber, que el pue-
blo estaba amedrentado por los sediciosos y por los bandidos
y que anhelaba la paz, aunque permanecía sin hacer nada, da-
da la poca fuerza que tenía para sublevarse[34].

Tito en peligro al explorar las murallas. Se salva milagrosamente

Mientras Tito avanzaba a caballo en 54
línea recta por el camino que llevaba a la
muralla, ninguno salió fuera de las puer-
tas. Sin embargo, cuando desvió de la 55
ruta el destacamento de caballería y lo
llevó hacia la torre Psefino[35], de repente una inmensa canti-
dad de judíos saltó desde las llamadas torres de las Muje-
res[36] por la puerta que está frente al monumento de Hele-

[32] Cf. IV 551.

[33] Es Guibeá de Saúl, lugar de nacimiento de este monarca, citada en *I Samuel* 11, 4, 15, 34 o *Isaías* 10, 29. Esta ciudad bíblica ha sido identificada con la actual Tell el-Ful, situada a unos 5 kilómetros al norte de Jerusalén.

[34] Sobre esta diferenciación entre el pueblo y los rebeldes véase la nota a V 27.

[35] En el ángulo noroeste de la tercera muralla; cf. V 159-160.

[36] Cf. V 110.

56 na[37] y pasó a través de la caballería. Se pusieron de cara a los que aún venían corriendo por la llanura, les impidieron juntarse con los que se habían desviado de esta ruta y así de-
57 jaron aislado a Tito con unos pocos hombres. Al general romano le era imposible avanzar hacia adelante, pues toda la zona, desde la muralla, estaba llena de zanjas para los huertos que estaban cortadas por pequeños muros transver-
58 sales y numerosos cercados. Veía, además, que no podía ir con sus tropas a causa de la cantidad de enemigos que había en medio, que se había dado la vuelta la caballería que iba por el camino y que en su mayoría los jinetes habían emprendido la retirada sin conocer el peligro que corría el príncipe[38], sino que creían que aquél se había vuelto a la vez
59 que ellos. Al comprender Tito que su salvación residía únicamente en su propia fuerza, dio un giro con su caballo y, después de gritar a los que estaban con él que le siguieran, saltó en medio de los enemigos y se abrió camino entre ellos
60 a la fuerza para dirigirse hacia los suyos. Es sobre todo en estos momentos cuando hay que pensar que Dios[39] es el que decide la suerte de las guerras y los peligros de los sobera-
61 nos. En efecto, no alcanzó al cuerpo de Tito ninguna de las muchas flechas que lanzaron contra él, que no llevaba ni casco ni coraza, ya que, como he dicho[40], no iba como un

[37] La reina Helena de Adiabene se había convertido al judaismo en tiempos de Claudio (cf. *Antigüedades* XX 17-19) y había hecho construir un monumento funerario para ella y sus hijos en Jerusalén. Este monumento ha sido identificado con las tumbas reales de la zona norte de Jerusalén; cf. M. Kon, *The Royal Tombs*, Tel Aviv, 1947, pág. 27 (en hebreo).

[38] Propiamente el término griego es *basileús*, que no podemos traducir como rey para este caso concreto de Tito, sino más bien como príncipe.

[39] Es ésta la mejor expresión de la teología flaviana y su fe en la intervención de la providencia divina en los hechos humanos, como lo demuestran las propias Sagradas Escrituras; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[40] Cf. V 52.

combatiente, sino como un observador. Todas ellas pasaban inútilmente haciendo ruido delante de él, como si hubieran sido arrojadas adrede para fallar en el tiro. Tito con su espa- 62
da repelía sin parar a los que se le acercaban por los lados, abatía a muchos de los que le atacaban de frente y pasaba a caballo por encima de cuerpos que él tiraba al suelo. Se 63
produjo un griterío entre los judíos ante la audacia de César y se exhortaron a lanzarse contra él. No obstante, huían y se retiraban en desbandada cuando Tito venía hacia ellos con su caballo. Los que participaban del peligro con él se apiña- 64
ron en torno a su príncipe, al verse presionados por detrás y por los lados, puesto que la única esperanza de salvación que cada uno de ellos tenía era la de actuar en consonancia con Tito y así no dar tiempo a que les cercaran. Sin embar- 65
go, perecieron dos de los soldados que estaban en la parte más alejada de él: a uno le rodearon junto con su caballo y le mataron a flechazos, al otro, que saltó al suelo, le dieron muerte y se llevaron su caballo. Tito se refugió con los demás, sano y salvo, en el campamento. De esta forma, entre 66
los judíos, que habían obtenido la victoria en el primer ataque, una irreflexiva esperanza exaltó sus ánimos y un éxito pasajero les llenó de valor para el futuro.

Las cuatro legiones acampan frente a los muros de Jerusalén

César, como se le había unido por 67
la noche la legión que había llegado de Emaús[41], levantó de allí el campamento al día siguiente y partió hacia el lugar llamado Escopo[42], desde donde ya se veía la ciudad de Jerusalén y la resplandeciente magnificencia del Templo. Se trata de una pequeña elevación que se une con

[41] La legión V *Macedónica;* cf. V 42.

[42] El nombre de esta colina, al norte de Jerusalén, se hace derivar en este pasaje del griego *skopós,* «atalaya», «observador», mientras que

la ciudad por el lado norte y que por ello recibe el nombre
68 de Escopo, de acuerdo con su etimología. Cuando se hallaba a siete estadios de la ciudad, Tito ordenó a dos legiones acampar juntas[43], y a la quinta legión le encargó hacerlo tres estadios más atrás. Pues le parecía que esta última legión, cansada por la fatiga de la marcha nocturna, merecía estar protegida para que así pudiera realizar sus tareas de atrin-
69 cheramiento con mayor seguridad. Cuando acababan de empezar su trabajo, llegó la décima legión desde Jericó[44], donde se hallaba un destacamento de infantería para vigilar
70 el paso del que ya antes se había apoderado Vespasiano[45]. A esta legión se le dio la orden de acampar a seis estadios de Jerusalén, en el llamdo monte de los Olivos[46], que se alzaba frente a la ciudad, en su parte oriental, y que estaba separado de ella por un profundo barranco conocido por el nombre de Cedrón.

Los tres grupos judíos se unen para atacar

71 La guerra exterior, que surgió de repente y con intensidad, puso fin entonces por primera vez a las discordias de las facciones que se enfrentaban entre sí den-
72 tro de la ciudad. Cuando los rebeldes vieron con estupor que los romanos levantaban tres campamentos, iniciaron una funesta alianza y se dijeron los unos a
73 los otros: ¿Qué esperaban o qué es lo que les pasaba para permitir que tres fortificaciones les impidiesen respirar tran-

---

en *Antigüedades* XI 329 se le denomina *Safein,* palabra semítica que tiene el mismo significado de *skopós.*

[43] La XII *Fulminata* y la XV *Apollinaris;* cf. V 41-42.

[44] Cf. V 42.

[45] Vespasiano había establecido un campamento en Jericó y en Adida para aislar a Jerusalén por todas partes; cf. IV 486.

[46] Conocido también con el nombre de Getsemaní.

quilamente y que, mientras el enemigo se construye con impunidad una ciudad frente a ellos[47], permanezcan encerrados detrás de las murallas sin hacer nada ni con sus manos ni con sus armas, como espectadores que asisten a hermosas y convenientes obras?[48]. «¿Es que sólo somos valientes 74 contra nosotros mismos, mientras que los romanos se van a adueñar de nuestra ciudad, sin derramamiento de sangre, debido a nuestras luchas internas?», gritaron los judíos. 75 Cuando se reunían se animaban los unos a los otros con estas arengas. De repente cogieron sus armas y se lanzaron de improviso contra la décima legión; con un inmenso griterío, a través del barranco[49], cayeron sobre los enemigos que estaban trabajando en el atrincheramiento. Los romanos, que 76 estaban diseminados para realizar su tarea y que por ello habían dejado la mayoría de sus armas, fueron sorprendidos de repente, pues creían que los judíos no se atreverían a salir contra ellos, y, en el caso de que tuvieran valor para hacerlo, sus discordias eliminarían su fuerza. Algunos abandonaron 77 su trabajo y al instante se retiraron, muchos corrieron por sus armas, pero fueron alcanzados antes de que pudieran ir contra sus enemigos. A los judíos se les iba uniendo cada 78 vez más gente, animada por el hecho de que los primeros habían obtenido un éxito. Tanto ellos mismos como los enemigos tenían la impresión de ser más numerosos de lo que en realidad eran, debido a su buena Fortuna. Un ataque 79 súbito y desordenado desconcierta sobre todo a los que están acostumbrados a la disciplina y a luchar con un órden de acuerdo con las normas de sus jefes. Por ello en esta ocasión los romanos, sorprendidos, sucumbieron a los ataques. No 80

[47] En efecto, el campamento romano parecía, tanto en su interior como, sobre todo, en su exterior una ciudad; cf. III 79.

[48] De nuevo se utiliza el símil de una representación teatral.

[49] El barranco del Cedrón; cf. V 70.

obstante, estos últimos, cuando eran alcanzados, se daban la vuelta y así frenaban la incursión de los judíos y los herían, ya que debido a su ímpetu ponían menos empeño en protegerse. Pero al ser cada vez más numeroso el ataque hebreo, los romanos, llenos de inquietud, acabaron finalmente por huir del campamento.

Tito repele los asaltos judíos

81 Entonces parecía que toda la legión habría corrido peligro, si Tito, enterado de ello, no hubiera ido en su ayuda rápidamente. Hizo que los que huían se volvieran, después de haberles hecho nume-
82 rosos reproches por su cobardía. Él en persona se precipitó por el flanco contra los judíos con los soldados escogidos que venían con él y mató a un buen número de ellos, hirió a muchos más todavía, hizo retirarse a todos y los empujó ha-
83 cia el interior del barranco[50]. Una vez que los judíos, que habían sufrido muchas pérdidas al descender por el valle, llegaron a la pendiente de enfrente, se volvieron y combatieron contra los romanos, a pesar de que en medio tenían el
84 barranco. Así lucharon hasta mediodía. Poco después de este momento, para hacer frente a las incursiones judías, Tito colocó en línea frente a ellos a sus tropas de refuerzo y a soldados de las cohortes y envió al resto de la legión a la cima[51] a trabajar en las tareas de fortificación.

85 A los judíos les pareció que esto significaba la huida de los romanos, y, como el vigilante que ellos habían puesto en la muralla movía su manto, una multitud, que aún no había participado en las refriegas, se lanzó a correr con tanto ímpetu que se asemejaba al de las más salvajes de las fieras.

---

[50] Valle o barranco del Cedrón.

[51] Del monte Escopo.

Realmente ninguno de los enemigos que estaban colocados 86
en línea frente a ellos resistió el ataque, sino que, como si hubieran recibido el golpe de una máquina de guerra, rompieron el orden de sus filas y se dieron la vuelta para refugiarse en el monte. En medio de la pendiente se encontraba 87
Tito con unos pocos hombres. Todos sus amigos, que por respeto a su general habían menospreciado el peligro y se habían quedado allí con él, le exhortaban insistentemente a 88
que retrocediese ante los judíos que anhelaban la muerte y a que no se expusiera al peligro por unos individuos que tenían que haber permanecido en sus puestos para defenderle, sino que debía tomar conciencia de su propia fortuna[52], no desempeñar las funciones de un simple soldado, habida cuenta de que él era el señor de la guerra y del mundo habitado[53], ni arriesgarse en una situación tan grave, pues todo dependía de él. Daba la impresión de que Tito no escu- 89
chó ninguna de estas palabras. Ofreció resistencia a los que le venían de frente, y golpeó en la cara y mató a los que le atacaron. Se precipitó por la pendiente sobre los judíos que estaban apiñados y obligó a retroceder a todos. Estos últi- 90
mos, a pesar de que se quedaron desconcertados por la audacia y la fuerza de los romanos, sin embargo ni siquiera entonces huyeron a la ciudad, sino que esquivaron a Tito por uno y otro lado y fueron contra los enemigos que huían hacía la zona alta. No obstante el general romano ponía límites a su ímpetu al atacarlos por el flanco. Mientras esto 91
ocurría, de nuevo la confusión y el miedo se apoderaron de los que estaban atrincherando el campamento en la cima del

[52] VI 57 insistirá en la especial fortuna de Tito.

[53] Tito aún no era el «señor del mundo habitado», pues hasta el año 79 no se convertirá en emperador, aunque para Josefo no existían dudas sobre las dotes del hijo de Vespasiano para el gobierno, máxime cuando Tito había sido asociado previamente al gobierno de su padre.

monte[54], cuando vieron que huían los que estaban abajo.
92 Toda la legión se dispersó, pues sus soldados creían que no podrían resistir el ataque judío y que el propio Tito había emprendido la retirada. Efectivamente, si él hubiera
93 resistido en su puesto, los demás no habrían escapado. Se fueron en desbandada, unos por aquí y otros por allá, como si les envolviera un pánico terrible, hasta que algunos, cuando vieron que su jefe luchaba en medio de la batalla, muy preocupados por él comunicaron a gritos a toda la le-
94 gión el peligro en el que se hallaba Tito. La vergüenza les hizo darse la vuelta. Los soldados, que se echaban en cara unos a otros más el haber abandonado a César que el haber huido, atacaron a los judíos con todas sus fuerzas, los obligaron a retirarse de la pendiente y los empujaron hasta
95 el interior del valle. Los judíos retrocedían paso a paso sin dejar de luchar, mientras que los romanos, que tenían la ventaja de su posición elevada, los metieron a todos en el
96 barranco. Tito seguía presionando a los que estaban cerca de él y de nuevo envió a la legión a continuar con los trabajos de fortificación del campamento, mientras que él mismo con los hombres que le habían acompañado desde el primer momento hacía frente y contenía a los enemigos.
97 De esta forma, si hay que decir la verdad, sin inventar nada por adulación ni callar nada por envidia[55], el propio César salvó en dos ocasiones a toda la legión, que estaba en peligro, y le proporcionó seguridad para fortificar el campamento.

[54] Monte Escopo.

[55] A pesar de estas manifestaciones de objetividad, Josefo inserta en sus páginas numerosas referencias de propaganda flaviana, de acuerdo con la finalidad de su obra; cf. el apartado 5 de la Introducción.

Rivalidades entre las facciones. Juan ocupa el Templo

Cuando la guerra exterior se tomó un 98
breve respiro, la revuelta volvió a estallar
en el interior de Jerusalén. Al acercarse el 99
día de los Ácimos, el catorce del mes de
Jántico[56], en el que los judíos rememoran
la primera salida de Egipto, los partidarios de Eleazar abrieron las puertas del Templo y recibieron a la gente del pueblo
que quería entrar para hacer sus oraciones[57]. Por su parte, 100
Juan utilizó la fiesta para encubrir su maquinación: a los menos conocidos de sus hombres, que en su mayor parte estaban sin purificar[58], les entregó armas, que ocultaron debajo de la ropa[59], y les envió rápidamente al Templo para que se apoderaran de él antes de que llegaran los demás. Cuando éstos estuvieron dentro, se quitaron los mantos que
les cubrían y al punto aparecieron armados. Al instante es- 101
talló una tremenda confusión y un alboroto alrededor del Templo: el pueblo, que estaba al margen de la sedición, pensaba que el ataque iba dirigido contra todos sin distinción, mientras que los zelotes[60] creían que sólo iba contra ellos.
Éstos dejaron de vigilar ya las puertas, saltaron de las alme- 102

---

[56] Mes del calendario macedónico correspondiente al Nisán judío, entre marzo y abril.

[57] El Templo era el lugar de los sacrificios y las fiestas atraían hacia Jerusalén enormes masas que podían desembocar en considerables manifestaciones y revueltas. Es éste un hecho recurrente en los acontecimientos históricos de este período de Israel: los incidentes posteriores a la muerte de Herodes en Pascua (cf. II 10 y *Antigüedades* XVII 213), las protestas contra Sabino en Pentecostés (cf. II 39-54 y *Antigüedades* XVII 250-268) o los atentados de los sicarios durante la Pascua en el mandato de Cumano (cf. II 224-227 y *Antigüedades* XX 105-113).

[58] Sobre la importancia de la purificación previa a la entrada en el Templo véase la nota a IV 205.

[59] De esta forma podían pasar el registro que se aplicaba a la gente que entraba en la ciudad; cf. V 15.

[60] Son los hombres de Simón.

nas, antes de entrar en combate, y huyeron a los subterráneos[61] del Templo. Por su parte, la gente del pueblo, encogida de miedo junto al altar y apiñada en torno al santuario, era pisoteada y golpeada sin miramientos con palos y espa-
103 das. Los enemigos mataron a muchos individuos pacíficos, a causa de enemistades y odios personales, como si pertenecieran al grupo contrario. Todo el que antes había ofendido a alguno de los rebeldes, era ahora torturado, como si fuera un
104 zelote, en el caso de que se le reconociera. Sin embargo, a la vez que cometían numerosas atrocidades con los inocentes, daban una tregua a los culpables, pues permitieron salir a los que estaban en los subterráneos[62]. Los hombres de Juan se apoderaron del interior del Templo y de todas las provisiones que en él había[63], y se llenaron entonces de valor pa-
105 ra ir contra Simón. Es así como una sedición, que antes estaba dividida en tres grupos, quedó ahora reducida a dos.

Tito hace los preparativos para el asalto

106 Tito, que deseaba transladar el campamento del monte Escopo a un lugar más cerca de la ciudad, dispuso frente a las incursiones enemigas el número que consideró suficiente de soldados escogidos de caballería y de infantería, y a todo el ejército le orde-
107 nó allanar el terreno que había hasta la muralla. Tras destruir todos los cercados y vallados, que los habitantes habían levantado para proteger los jardines y los árboles, y tras cortar por completo todas las plantas cultivadas que había

[61] *Antigüedades* XV 424 se hace eco de la existencia de un pasaje subterráneo que Herodes mandó realizar para unir la torre Antonia con el atrio del Templo.

[62] En IV 9 se menciona también este tipo de galerías subterráneas; cf. asimismo TÁCITO, *Historias* V 12.

[63] Sobre estas provisiones y bienes del Templo, véase la nota a V 8.

en el lugar, se rellenaron los hoyos y los desniveles del terreno. Eliminaron con instrumentos de hierro las rocas que 108 sobresalían y así aplanaron todo el espacio que iba desde el monte Escopo hasta el monumento de Herodes[64], que está junto a la llamada piscina de las Serpientes[65].

Los judíos arremeten contra los romanos

También en estos días los judíos urdie- 109 ron contra los romanos la siguiente estratagema. Los rebeldes más audaces, como 110 si hubieran sido expulsados de la ciudad por los partidarios de la paz y temieran la llegada de los romanos, salieron fuera por las llamadas torres de las Mujeres[66] y se quedaron replegados y escondidos unos detrás de otros. Algunos, en cambio, colocados encima de la 111 muralla, como si fueran gente del pueblo, gritaban la palabra «paz», pedían un acuerdo y llamaban a los romanos con la promesa de que les abrirían las puertas. A la vez que daban estas voces tiraban piedras contra los suyos, como si buscaran echarles de las puertas. Los de fuera simulaban querer entrar a 112 la fuerza y suplicar a los que estaban dentro. Daba la impresión de que estaban desorientados, ya que no cesaban de atacar a los romanos y de retroceder. Los legionarios no descon- 113 fiaron de la astucia de los judíos, sino que se dispusieron a entrar en acción, pues creían que a unos los tenían en sus manos, preparados ya para recibir su venganza, y confiaban en que los otros les abrieran las puertas. Sin embargo, a Tito le pa- 114 reció sospechosa esta llamada inesperada de los judíos, dado

---

[64] Seguramente el lugar donde estaba enterrado Herodes de Calcis, nieto de Herodes el Grande.

[65] Al oeste de Jerusalén, en el valle donde se encuentra la actual Birket es-Sultan, «piscina del Sultán».

[66] En la tercera muralla, frente a los panteones de la reina Helena de Adiabene.

que un día antes les había exhortado a llegar a un acuerdo, a través de Josefo, y no había encontrado en ellos una actitud de moderación. Por ello, ordenó entonces a sus soldados perma-
115 necer en sus puestos. Sin embargo, algunos de los que estaban trabajando en las primeras filas en la fortificación del campamento se habían adelantado ya a tomar las armas y a correr
116 hacia las puertas. Ante esta incursión los judíos, que fingían haber sido expulsados, en un principio retrocedieron, pero, cuando los romanos se presentaron en medio de las torres de la puerta, salieron corriendo, los rodearon y los atacaron por
117 detrás. Los que estaban en la muralla lanzaron contra ellos una inmensa cantidad de piedras y todo tipo de objetos arrojadizos con los que mataron a muchos e hirieron a un número
118 aún mayor. No les era fácil escapar de la muralla, ya que les atacaban por la espalda, aparte de que la vergüenza por la equivocación que habían cometido antes y el miedo a sus ofi-
119 ciales les empujaba a seguir en su error. Por ello, después de haber combatido con lanzas durante bastante tiempo, de haber recibido numerosas heridas por parte de los judíos y de haberles producido también a ellos otras tantas, acabaron finalmente por librarse de los enemigos que les rodeaban. Sin embargo, cuando se retiraban, los judíos los persiguieron hasta los monumentos de Helena[67] sin dejar de dispararles.

Tito recrimina a las legiones por su falta de disciplina

120 Entonces los judíos, llenos de una insolencia descarada por la buena suerte que habían tenido, se burlaban de los romanos por haberse dejado engañar. Saltaban agitando sus escudos y daban gritos
121 de alegría. Los oficiales romanos recibieron a sus soldados con amenazas y César lo hizo con indignación. Éste les dijo

[67] Cf. nota a V 55.

que los judíos, cuyo único general en la guerra es la desesperación, actúan en todo momento con prudencia y reflexión, cuando preparan trampas y emboscadas, además de que la Fortuna[68] les acompaña en sus estratagemas debido a su obediencia y a su buena disposición y confianza mutuas.
En cambio los romanos, que por su disciplina y su subordina- 122
ción a los jefes han sido siempre ayudados por la Fortuna, son golpeados ahora por haber hecho lo contrario y son vencidos por no contenerse en entrar en combate, y lo más vergonzoso de todo es que habían luchado sin su general, a pesar de que
César se hallaba allí presente. Añadió que las leyes militares 123
se iban a lamentar mucho por ello[69] y también su padre, cuando se enterara de la derrota, puesto que él, que ha envejecido en las guerras, nunca ha sufrido una derrota tan grande. 124
Por otra parte, las leyes castigan siempre con la muerte a los que se apartan en lo más mínimo de la disciplina y ahora ven que
todo el ejército ha abandonado su puesto. Tito dijo que los 125
que habían actuado con temeridad rápidamente sabrían que para los romanos incluso una victoria obtenida sin haber reci-
bido órdenes es considerada una deshonra. Después de haber- 126
se expresado así con sus oficiales, era evidente que Tito iba a aplicar la ley contra todos. Los culpables se desesperaron, dado que enseguida iban a ser condenados a muerte justamente.
Sin embargo, las legiones rodearon a Tito y le suplicaron por 127
sus camaradas; le pidieron que disculpara la temeridad de

[68] No ha de resultar paradójica esta afirmación de que el Destino, la Fortuna en sentido clásico, guía la actuación de los romanos, pues en la teología flaviana Dios y la Fortuna llegan a ser sinónimos e intercambiables entre los judíos y los romanos respectivamente; cf. el apartado 5 de la Introducción.

[69] La misma expresión utiliza Josefo al dirigirse a sus compañeros escondidos en la cueva de Jotapata (cf. III 356), aunque en aquel caso eran las leyes judías las personificadas, no las militares romanas como ocurre en este pasaje.

unos pocos en vista de la disciplina de todos, puesto que el error de ahora sería borrado por el valor futuro.

128 César fue convencido tanto por sus súplicas como por la utilidad que de ello podía sacar. Pensaba que el castigo contra un solo hombre debía llevarse hasta el final, mientras que en el caso de un grupo de gente no había que ir más allá de las
129 palabras. Se reconcilió con sus soldados, no sin antes hacerles numerosas recomendaciones para que a partir de entonces fueran más prudentes, y él mismo se puso a reflexionar sobre
130 el modo de vengarse del ataque judío. Allanó en cuatro días el terreno que les separaba de las murallas y, como quería conducir con seguridad hasta el campamento los bagajes y al resto de los hombres, colocó frente a los muros del norte y del oeste los efectivos más fuertes de su ejército, dispuestos en
131 siete líneas de fondo. La infantería estaba situada delante, la caballería detrás, cada una de ellas en tres filas, y en medio estaban los arqueros, que formaban la séptima fila. Con estas
132 fuerzas tan sólidas se puso freno a las salidas de los judíos y así pasaron de una forma segura los bagajes de las tres legiones y la multitud que les acompañaba. El propio Tito acampó
133 a unos dos estadios de la muralla, allí donde ésta hace un ángulo frente a la llamada torre Psefino[70], en el lugar en que el muro, que cerca Jerusalén, dobla desde la dirección norte a la
134 oeste. La otra parte del ejército se atrincheró en la torre conocida por el nombre de Hípico[71], también a una distancia de
135 dos estadios de la ciudad. Por su parte, la décima legión permaneció en su puesto, en el monte de los Olivos[72].

---

[70] En V 567 se precisará que Tito acampó en este lugar el día 14 del mes de Jántico, es decir, el primer día de la Pascua judía. Sobre la torre Psefino, cf. V 159-160.

[71] Más datos sobre esta torre del palacio real de Herodes, ubicada al sudeste de la torre Psefino, se darán en V 161-165.

[72] Cf. V 70.

Topografía de Jerusalén: las dos colinas[73]

Jerusalén estaba protegida por tres murallas, salvo en las partes en que está rodeada por infranqueables barrancos, donde había solamente un muro. La ciudad estaba construida sobre dos colinas, una enfrente de la otra, separadas ambas por el medio por un barranco[74], hasta el que llegaban las casas que se agolpaban una tras otra por las dos pendientes. La colina en la que es- 137
taba la Ciudad Alta tenía mucha más altura y se erguía hacia arriba de una forma más vertical que la otra. De este modo, por su situación fortificada esta parte fue llamada Ciudadela por el rey David[75], padre de Salomón, el que construyó el primer Templo, mientras que nosotros la conocemos con el nombre de «mercado de arriba»[76]. La otra colina se denomina Acra[77] y en ella se asentaba la Ciudad Baja en forma de una luna en cuarto creciente. Enfrente de esta última había una 138
tercera colina, que por naturaleza era más baja que el Acra y que en un principio había estado separada de ella por otro amplio valle. Más tarde, durante el reinado de los Asmo- 139

136 (margin at first line)

[73] Véase el plano de la ciudad de Jerusalén en el Apendice de esta traducción.

[74] Cf. V 140.

[75] Es la Ciudad de David de *II Samuel* 5, 7 y *Antigüedades* VII 65.

[76] Las modernas investigaciones arqueológicas sitúan Sión o la Ciudad de David en la Ciudad Baja, es decir, en la colina oriental de Jerusalén, no en la occidental o Ciudad Alta, como hace Josefo en esta descripción y toda la tradición cristiana.

[77] Ésta es la ciudadela de la gran colina occidental, que había sido construida por Antioco IV Epífanes y que se menciona en *I Macabeos* 1, 33-36 y *Antigüedades* XII 552. No obstante, la localización de esta Acra constituye una de las cuestiones más controvertidas en la topografía de Jerusalén; cf. Schürer, *Historia...*, II, págs. 209-10, con bibliografía sobre este aspecto, y el reciente trabajo de J. Sievers, «Jerusalem, the Akra, and Josephus», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 195-209.

neos, que querían unir la ciudad con el Templo, cubrieron el barranco y realizaron obras para reducir la altura del Acra, de modo que se pudiera ver el Templo desde ella[78]. El lla-
140 mado barranco de los Queseros[79], que hemos dicho que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Baja, llega hasta Siloé[80], pues éste es el nombre de esta fuente de abundante
141 agua dulce. Por fuera, las dos colinas de la ciudad están rodeadas por profundos barrancos[81] y no hay posibilidad de acceso por ninguna parte debido a los precipicios que se abren a uno y otro lado.

Las tres murallas

142 La más antigua de las tres murallas era la más difícil de tomar a causa de los barrancos y de la colina que se erguía sobre ellos y en la que estaba construida di-
143 cha muralla. Además de estar en un lugar privilegiado, había sido levantada con solidez, pues David y Salomón y también los reyes que les sucedieron pusieron

---

[78] La obra de eliminación de esta «tercera colina» y del Acra por parte de Simón Macabeo aparece relatada en I 50 y *Antigüedades* XIII 215-217. Realmente esta pequeña colina, cuyo nombre desconocemos, parecía más bien ser una prolongación de la ciudadela o Acra. No obstante, no parece seguro que Simón fuera el autor de esta obra, sino otro de los Asmoneos, como aquí se indica, dado que tampoco lo precisa *I Macabeos* 14, 36-37 y 15, 28. El texto bíblico más bien dirá que Simón fortificó este enclave y colocó allí una guarnición judía; véase SCHÜRER, *Historia...*, I, pág. 257.

[79] Este valle o barranco, que separaba la colina de la Ciudad Alta de la Ciudad Baja, era conocido también por el nombre griego de *Tyropoiôn*.

[80] En la piscina o estanque de Siloé, situado en el extremo sudeste de Jerusalén, desemboca la fuente de Guijón o de la Virgen. El rey Ezequías llevó este agua hasta la ciudad a través de un tunel excavado en la roca; cf. *II Crónicas* 32, 30.

[81] Al este Jerusalén está bordeada por el barranco del Cedrón y al suroeste por el barranco de la Gehenna.

todo su empeño en esta obra. Este muro partía de la zona 144
norte, de la llamada torre Hípico[82], llegaba hasta el Xisto y tras pasar junto a la Sala del Consejo[83] acababa en el pórtico occidental del Templo. En la dirección opuesta, por el oeste, 145
partía del mismo sitio y se extendía por el denominado lugar de Betso hasta la puerta de los Esenios[84], luego giraba al sur, por debajo de la fuente de Siloé, desde donde de nuevo volvía hacia el este, hacia la piscina de Salomón[85], y alcanzaba una zona, que llaman Ofla[86], donde se unía con el pórtico oriental del Templo. La segunda muralla tiene su co- 146
mienzo en la puerta llamada Genat[87], que estaba en el primer muro: rodeaba únicamente la zona norte de la ciudad y subía hasta la torre Antonia[88]. La tercera muralla[89] empe- 147
zaba en la torre Hípico, desde donde continuaba hacia la torre Psefino, al norte, llegaba frente al monumento de Hele-

[82] Cf. V 163-165.

[83] En la toma de Jerusalén los romanos incendiarán este lugar; cf. VI 354. Josefo abusa de la terminología griega y aplica el término griego *boulé*, Consejo, en las ciudades típicamente judías, como es el caso de Jerusalén, para referirse al órgano de gobierno conocido con el vocablo *synédrion*, Sanedrín; cf. nota a I 170 y II 242.

[84] Ni Betso ni la puerta de los Esenios han sido identificados.

[85] Mencionada en *Nehemías* 2, 14.

[86] Es la bíblica Ofel, el cerro rocoso situado en la zona sudeste del Templo, sobre el que se asentaba el palacio real de David; cf. *II Crónicas* 27, 3 o *Nehemías* 3, 27.

[87] Entre la torre de Hípico y la de Fasael. Su nombre puede significar «Puerta de los Jardines»; cf. Pelletier, en su comentario *ad loc.*

[88] En el ángulo noroeste del muro del Templo Herodes el Grande levantó la torre Antonia en honor de Marco Antonio en un lugar que antes se llamaba Baris; cf. I 75 y la obra de M. A. de Sion, *La Forteresse Antonia à Jérusalem et la question du prétoire*, Jerusalén, 1955.

[89] La arqueología ha descubierto una cuarta muralla, no citada por Flavio Josefo; una dicusión sobre este hallazgo y los problemas de identificación de la «tercera» y «cuarta» muralla puede leerse en el Apéndice III del comentario de Pelletier.

na, hija del rey Izates y reina de Adiabene[90], y a través de las cuevas reales[91] giraba en la torre del ángulo[92], por el lugar conocido como monumento del Batanero[93], luego se unía a la antigua muralla y acababa en el llamado barranco
148 de Cedrón[94]. Agripa construyó esta muralla para cercar la parte que se había añadido a la ciudad y que estaba toda ella desprotegida, pues Jerusalén aumentaba en población[95] y
149 poco a poco se extendía fuera de su recinto. Los que habitaban en la zona norte del Templo se concentraron en la colina y ocuparon tanto terreno que llegaron a construir sus casas en una cuarta colina, denominada Bezeta, que se halla frente a la torre Antonia, si bien está separada de ella por un
150 profundo foso. Éste había sido excavado a propósito para que la base de la torre Antonia, que estaba junto a la colina, no fuera de fácil acceso ni tuviera una altura poco elevada.
151 Por este motivo la profundidad del foso proporcionaba a las torres una inmensa altura. Esta zona recién construida fue llamada por la gente del lugar Bezeta, cuya traducción en
152 griego sería Ciudad Nueva[96]. Puesto que los que habitaban

---

[90] *Antigüedades* XX 17 contradice esta genealogía, ya que allí Izates es hijo de la reina Helena, no su padre. Tal vez sea un error textual o se deba a la posibilidad de que el padre de Helena se llamara también Izates, como su hijo.

[91] Junto a la Puerta de Damasco se hallaban cuevas excavadas en la roca, de las que se extraían bloques de malaquita para ser utilizados en las construcciones de Jerusalén.

[92] Torre del ángulo nordeste, sin nombre conocido.

[93] Este monumento parece situarse en el ángulo nordeste de la muralla más septentrional, según precisa JEREMÍAS, *Jerusalem...*, pág. 22.

[94] Esta tercera muralla, que Agripa había dejado sin terminar, discurría por una zona que no ha sido totalmente identificada a partir de la torre Psefino.

[95] La población de Jerusalén en esta época podía alcanzar unos ochenta y cinco mil habitantes aproximadamente; cf. nota a IV 137.

[96] Es el barrio que Agripa I incluyó dentro de la nueva muralla en la parte norte de Jerusalén; cf. II 218 y 328. El nombre semítico de Bezeta

allí necesitaban protección, el padre del que ahora es rey y que llevaba su mismo nombre, Agripa, inició la construcción de la muralla que acabamos de mencionar. Pero por miedo a que Claudio César, a causa de la magnitud de la obra, sospechara de afanes revolucionarios y sediciosos, puso fin a la construcción de la muralla, sin haber levantado más que los
cimientos[97]. Y realmente la ciudad habría sido inexpugna- 153
ble, si se hubieran llevado adelante los trabajos de fortificación, tal y como se empezaron. Estaba formada por piedras de veinte codos de largo por diez de ancho, de manera que no se la podía minar con el hierro ni derribar con máquinas
de guerra. La anchura de la muralla era de diez codos y, se- 154
gún parece, su altura habría sido mayor, si la ambición de la persona que empezó a construirla no hubiera sido objeto de
trabas. Sin embargo, luego[98] los judíos se apresuraron a le- 155
vantar su altura en veinte codos; sus almenas alcanzaron dos codos y sus baluartes tres, de modo que todo el conjunto tenía una elevación de veinticinco codos.

Las torres

Sobre la muralla se alzaban las torres 156
de veinte codos de ancho y veinte de alto, que eran cuadradas y macizas como el propio muro. La belleza y el ensamblaje de las piedras no eran menores que los
del Templo. Encima de la sólida altura de las torres, que te- 157
nían veinte codos, había lujosas habitaciones y más arriba otras estancias y cisternas para recoger el agua, y en cada una de las torres se hallaban amplias escaleras en forma de
caracol. La tercera muralla contaba con noventa torres de 158

no significa «Ciudad Nueva», sino que Beth-Zaith es «casa de los olivos».

[97] Cf. II 219.

[98] Al empezar la revuelta contra Roma; cf. II 648.

este tipo y la separación entre cada una de ellas era de doscientos codos. El muro del medio estaba dividido en catorce
159 torres y el antiguo en sesenta. El perímetro total de la ciudad llegaba a treinta y tres estadios[99]. Aunque todo el tercer muro era digno de admiración, sin embargo lo era aún más la torre Psefino, que se erguía en el ángulo noroeste y junto a
160 la que acampó Tito[100]. Con una altura de setenta codos permitía ver Arabia, cuando salía el sol, y los confines del te-
161 rritorio hebreo hasta el mar. La torre era octogonal. Frente a ella se levantaba la torre Hípico y al lado dos torres[101], que habían sido construidas por el rey Herodes en la antigua muralla, y que por su magnitud, por su belleza y por su solidez destacaban por encima de todas las que había en el
162 mundo. Este monarca, además de su natural generosidad y de su magnificencia para con la ciudad[102], dio satisfacción a sus sentimientos personales con excelentes construcciones y dedicó su memoria a las tres personas más queridas, un hermano, un amigo[103] y una esposa, cuyos nombres puso a las torres. Como ya dijimos[104], a esta esposa la ejecutó por amor y a los otros dos los perdió cuando combatían valero-

---

[99] No hay unanimidad sobre el perímetro de Jerusalén: el propio Josefo, siguiendo al Pseudo Hecateo, da la cifra de 50 estadios (cf. *Contra Apión* I 197), en la *Carta de Aristeas* 105 se citan 40 estadios y Eusebio, *Preparación evangélica* IX 35 y 36, habla de las dos medidas anteriores. En época de nuestro autor la ciudad no parece haber superado el perímetro de unos 5 kilómetros, es decir, por debajo de los 28 estadios.

[100] Cf. V 133.

[101] Las torres de Fasael y Mariamme, que formaban parte del palacio real de Herodes.

[102] La actividad benefactora de Herodes en Jerusalén y en otras ciudades ha sido narrada en I 401-430.

[103] Ésta es la única mención que tenemos de este «amigo» de Herodes, que murió «valerosamente en una guerra» y que dio nombre a la torre.

[104] La muerte de Mariamme ha sido relatada en I 443.

samente en una guerra[105]. De esta manera, la torre Hípico, 163
llamada así en honor de su amigo, era cuadrada, de veinticinco codos de ancho y de largo, una altura de treinta y completamente maciza. Sobre este conjunto compacto de pie- 164
dras perfectamente unidas se encontraba una cisterna de veinte codos de profundidad para recoger el agua de la lluvia, y encima una construcción de dos plantas, de vein- 165
ticinco codos de alta, dividida en estancias decoradas de diversas formas. Finalmente la cerraban almenas de dos codos y baluartes de tres, de forma que la altura total sumaba ochenta codos. La segunda torre, que Herodes llamó 166
Fasael por su hermano, medía igual de ancho que de largo, cuarenta codos respectivamente, y su parte maciza ascendía a una altura de cuarenta codos[106]. Encima había un pór- 167
tico de diez codos de altura, protegido por parapetos y pretiles. En la parte central del pórtico se alzaba otra torre, en 168
la que había lujosas habitaciones y también un baño, de modo que a esta torre no le faltaba nada para parecerse a un palacio. La parte superior estaba adornada a su alrededor por parapetos y por pequeñas torres. Su altura total 169
llegaba a unos noventa codos. Su forma era similar a la de Faro, que ilumina a los navegantes que se dirigen a Alejandría[107], aunque su perímetro era mucho más grande. Por aquel entonces esta torre de Fasael era la sede de la ti-

105 El hermano de Herodes, Fasael, se suicidó tras ser capturado por los partos; cf. I 271-272.

106 Situada al este de la torre de Hípico, ha sido identificada con la actual torre de David. Es la más alta de las tres construcciones, hasta el punto de que Josefo en *Antigüedades* XVI 144, al igual que aquí, la compara con la torre de la isla de Faros en Alejandría; cf. H. GENA, «The Tower of David. Phasael or Hippicus?», *Israel Exploration Journal* 31 (1981), 57-65.

107 Cf. IV 613.

170 ranía de Simón. La tercera torre, Mariamme[108], pues así se
llamaba la reina, era maciza hasta una altura de veinte co-
dos, y tenía también veinte codos tanto de ancho como de
171 largo. Las estancias de la zona de arriba eran más suntuo-
sas y estaban más adornadas que las de las otras torres,
pues el rey tenía la idea de que una construcción que lle-
vase el nombre de una mujer tenía que ser más hermosa
que las que tuvieran la denominación de hombres, y de la
misma forma pensaba que las de estos últimos deberían
ser más sólidas que las de la mujer. La altura total de esta
torre de Mariamme era de cincuenta y cinco codos.

172 Las tres torres, que eran de tan grandes dimensiones, pa-
173 recían aún más altas por el lugar donde se hallaban. Efecti-
vamente, la antigua muralla, sobre la que se alzaban, estaba
construida sobre una elevada colina y sobre ésta se erguía
una especie de cresta con una altura que la sobrepasaba en
treinta codos. Las torres, que estaban sobre esta cresta, ad-
174 quirían así una altura mayor. También era digno de admira-
ción el tamaño de los bloques pétreos, ya que las torres no
estaban hechas ni con cantos normales ni con piedras que
pudieran ser transportadas por hombres, sino que estaban
175 talladas en mármol blanco. La longitud de cada uno de los
bloques era de veinte codos, la anchura de diez y la altura
de cinco. Estaban tan bien ajustados entre sí que cada torre
parecía haber sido hecha de una sola pieza de un modo na-
tural y que luego había sido pulida por las manos de los
obreros para que tuviera su forma y sus aristas. Así de difí-
cil era ver en cualquier parte las junturas de la construcción.

[108] Seguramente un poco más al este de la torre de Fasael, si bien su emplazamiento exacto sigue aún en discusión.

El palacio del rey Herodes

El palacio real[109], que supera toda descripción, estaba unido por la zona interior con estas torres, que estaban situadas al 176
norte. Efectivamente, no era superado por 177
ninguna otra construcción ni en su desmesurado lujo ni en su equipamiento. Estaba totalmente fortificado a su alrededor por muros de una altura de treinta codos, en los que se repartían, a distancias iguales, torres ornamentales, inmensas salas y alojamientos provistos de cien camas para los
huéspedes. En estas construcciones había una indescriptible 178
variedad de piedras, pues allí se encontraban muchos tipos que en otras partes son raros, también eran llamativos sus techos por la magnitud de sus vigas y por el esplendor de su or-
namentación. Asimismo había una gran cantidad de estancias, 179
de muy variadas formas, todas completamente amuebladas y la mayoría de los enseres que había en cada una de ellas era
de plata y de oro. Numerosos pórticos se sucedían en círculo 180
uno tras otro, cuyas columnas eran diferentes en cada uno de ellos, y los patios que había en medio estaban totalmente ver-
des. Poseía todo tipo de vegetación, en medio de la que se 181
abrían grandes paseos, rodeados de profundos canales, de estanques llenos de estatuas de bronce, de las que salía agua, y son muchas las torres de palomas domésticas que bordeaban
la corriente del agua. No obstante, no es posible describir de un 182
modo digno el palacio. Su recuerdo nos atormenta, pues nos trae a la memoria las pérdidas ocasionadas por el incendio de
los bandidos. En efecto, no lo quemaron los romanos, sino 183
que, como ya hemos contado[110], el fuego se inició en la torre Antonia a causa de los conspiradores internos al principio de

[109] El palacio levantado por Herodes el Grande; cf. I 402.

[110] Cf. II 430-440. En septiembre del año 66 los judíos sediciosos atacaron la torre Antonia y derrotaron a la guarnición romana.

la revuelta, luego se extendió al palacio y llegó a los tejados de las tres torres.

Descripción del Templo[111]

184 Como he dicho[112], el Templo estaba edificado sobre una sólida colina[113]. Al principio, la parte llana de la cima apenas era suficiente para albergar el santuario[114] y el altar, pues los alrededores eran es-
185 carpados y estaban en pendiente[115]. Cuando el rey Salomón, que fue quien levantó el Templo[116], amuralló la parte oriental, se alzó únicamente un pórtico sobre el terraplén que allí

[111] Como complemento a esta descripción puede verse el plano del Templo de Jerusalén en el Apéndice de esta traducción.

[112] Propiamente no ha quedado dicho, aunque sí se puede entender algo de ello en V 138-139.

[113] El monte Moria, que es una prolongación de la cima rocosa Ofla u Ofel.

[114] Normalmente en Flavio Josefo la palabra griega *hierón* designa el conjunto del Templo, mientras que su parte interior, el santuario, se corresponde con *naós*, y en algunos casos *tò hágion*, el «lugar santo», aparece como un sinónimo de este último; para estas cuestiones sigue siendo útil el artículo de P. Joüon, «Les mots employés pour designer le Temple dans l'Ancien Testament, le Nouvel Testament et Josèphe», *Recherches de Science Religieuse* 25 (1935), 329-343.

[115] El barranco de Cedrón a oriente y de Tiropeón o de los Queseros a occidente.

[116] Flavio Josefo describe también el Templo en *Antigüedades* VIII 63 ss. y XV 380-425, aunque allí se centra en la construcción del rey Salomón, mientras que en esta ocasión se trata de la situación del edificio en época de nuestro autor. Resulta de gran interés la comparación con el texto de la Misná, *Middot*, del siglo II d. C., donde se recogen ricas aportaciones sobre el emplazamiento y disposición del Templo, así como con las indicaciones dadas por la *Carta de Aristeas* 83-99, Filón de Alejandría, *Sobre las leyes especiales* I 71-75, o por Pseudo Hecateo, en *Contra Apión* I 196-199; cf. L. L. Levine, «Josephus' Description of the Jerusalem Temple: *War, Antiquities*», en F. Parente y J. Sievers (eds.), *Josephus and the History of Greco-Roman Period*, Leiden-Nueva York, 1994, págs. 233-246.

se formó, mientras que el Templo quedó al descubierto por los demás lados. Con el paso del tiempo se fue ampliando el espacio de la colina, dado que el pueblo añadió tierra a la
plataforma. Al derribar la muralla norte, se alcanzó una exten- 186
sión tan grande como la que más tarde ocupó la totalidad del
Templo. Construyeron alrededor formando un círculo el re- 187
cinto superior y el inferior del Templo, después de cercar la colina desde abajo por los tres lados[117] y concluir una obra mayor de lo que esperaban, puesto que consumieron en ella largos siglos y todos los tesoros sagrados, que habían llenado los tributos enviados a Dios por todo el mundo habitado[118].
La parte más baja del santuario inferior fue reforzada por mu- 188
ros de trescientos codos y en algunos lugares se necesitaron otros de una extensión aún mayor. Sin embargo, no se veía toda la profundidad de los cimientos, porque se habían rellenado la mayor parte de los barrancos con tierra para así igua-
larlos con el nivel de las callejuelas de la ciudad. Las piedras 189
de la construcción medían cuarenta codos, pues la abundancia de dinero y la generosidad del pueblo dieron lugar a hazañas mayores de las que se podrían contar. Con perseverancia y con tiempo fue concluido aquello que no esperaban que fuera a tener final.

Los pórticos y el atrio de los gentiles

Eran también dignas de tales cimien- 190
tos las construcciones que descansaban sobre ellos. Pues todos los pórticos eran dobles, los sostenían unas columnas de veinticinco codos de altura, hechas de un solo bloque de blanquísimo mármol, y sus techos tenían ar-

[117] Salomón había protegido el lado oriental con un pórtico; cf. V 185.

[118] Los gentiles también podían acudir al Templo para hacer sacrificios y para donar sus ofrendas, ya sea en metálico o en objetos preciosos, como se ha señalado en nota a IV 181 y V 8.

191 tesonados de cedro. Su magnificencia natural, el buen pulido y el ajuste armónico de sus piedras proporcionaban un espectáculo admirable, si bien no se le había añadido ningún
192 ornato artificial de pintura o de escultura[119]. La anchura de estos pórticos alcanzaba treinta codos y su perímetro total medía unos seis estadios[120], incluida también la torre Antonia. La zona que estaba al aire libre se hallaba completamente cubierta con todo tipo de piedras de diversos colores.

El atrio de los israelitas

193 Cuando uno pasaba por este patio para acceder a la segunda zona del Templo[121], se encontraba con una balaustrada de piedra, de tres codos de altura[122], tra-
194 bajada con gran belleza. Sobre ella había, repartidos a igual distancia, unos pilares que, unos en griego y otros en latín[123], proclamaban la ley de la purificación para que ningún extranjero penetrase dentro del Lugar Santo,
195 que es como se llamaba a la segunda zona del Templo. Allí se llegaba desde el primer Templo a través de catorce peldaños. La parte de arriba estaba constituida por un espacio
196 cuadrado rodeado por un muro propio. Su altura exterior, a pesar de que estaba oculta por la escalera, era de cuarenta

---

[119] Esta prescripción se contiene en el *Éxodo* 20, 4, *Deuteronomio* 4, 16-19 y en *Antigüedades* III 91.

[120] Algo más de un kilómetro.

[121] La parte interior del Templo, donde sólo podían acceder los judíos. La balaustrada de separación con el «atrio de los gentiles» no existía en el Templo de Salomón ni en el de Zorobabel.

[122] Un metro y medio, aproximadamente.

[123] Esta prohibición se volverá a repetir en VI 124-126 y *Antigüedades* XV 417; cf. también FILÓN, *Embajada a Cayo* 212 y *Hechos de los Apóstoles* 21, 26 ss. Se han descubierto algunas de estas inscripciones, como la que en 1871 sacó a la luz M. Clermont-Ganneau; véase el comentario *ad loc.* de PELLETIER.

codos y la interior de veinticinco, pues, al estar la escalinata construida sobre un terreno más alto, no se podía ver todo el muro de dentro porque le tapaba la propia elevación de la colina. Después de los catorce escalones se abría un espacio 197
de diez codos hasta llegar al muro, completamente llano. Desde allí otras nuevas escaleras de cinco banzos conducían 198
hasta las puertas, que eran ocho al norte y al sur, cuatro por cada lado. Había necesariamente dos puertas en la parte oriental, pues, como en este lado se había levantado un muro para cercar un espacio privado reservado para que las mujeres llevaran a cabo su culto, se precisaba una segunda puerta, que se abría frente a la primera[124].

El atrio de las mujeres

En los demás lados se ubicaba una 199
puerta al sur y otra al norte, por la que se entraba al Atrio de las Mujeres, pues a ellas no les estaba permitido entrar por las otras puertas y ni siquiera podían traspasar el muro que las separaba del resto. Este lugar estaba abierto al culto tanto para las mujeres del país como para las judías venidas del extranjero[125].

Las puertas

La parte oeste no tenía ninguna puer- 200
ta, sino que allí la muralla era continua. Los pórticos que había entre las puertas, en el interior del muro que estaba frente a las salas del Tesoro[126], eran sostenidos por bellas y grandes columnas. Estos pórticos no eran dobles, si bien, excepto en

[124] Una puerta estaba en el centro del muro exterior oriental, por el que se daba acceso al atrio de las mujeres, y la otra en el muro interior occidental, que separaba este atrio de la parte más interna del Templo.

[125] De las tierras de la Diáspora.

su tamaño, en nada más se desdecían de los pórticos de la parte baja[127].

201 Nueve de las puertas estaban revestidas totalmente de oro y de plata, así como sus jambas y sus dinteles. Una sola de ellas, la que estaba en la zona exterior del Templo, era de bronce de Corinto y tenía un valor mayor al de las recubiertas
202 de oro y plata[128]. Cada puerta tenía dos hojas, de treinta codos
203 de altura y quince de anchura. Después de la entrada el vestíbulo se ensanchaba por dentro y tenía a cada lado una exedra[129], en forma de torre, de treinta codos de ancho y de largo y más de cuarenta de alto. A cada una de estas exedras la
204 sostenían dos columnas de doce codos de circunferencia. Las demás puertas eran igual de grandes, sin embargo, la que daba acceso desde el Atrio de las Mujeres a la Puerta Corintia por la parte este, frente a la puerta del santuario, era mucho
205 más amplia. En efecto, su altura llegaba a cincuenta codos, tenía hojas de cuarenta codos y una ornamentación muy lujosa por la espesa capa de oro y plata que la recubría. Alejan-

[126] Estas salas del tesoro son tanto aquellas donde se guardaban los objetos de valor para el culto del Templo (cf. VI 282), como las que contenían las ofrendas en metálico o en piezas valiosas que los judíos y extranjeros donaban al lugar (cf. *Antigüedades* XIX 294, *II Macabeos* 3, 6 y *Marcos* 12, 41). Uno de los más importantes funcionarios del Templo, el *gadsofýlax*, era el encargado de la administración de este tesoro (cf. VI 390 y *Antigüedades* XV 408, XX 194).

[127] Cf. V 190.

[128] Las diez puertas han sido mencionadas en V 198. La Puerta de Corinto, llamada Puerta de Nicanor en la Misná *(Middot* 1, 4), parece corresponderse con la puerta de bronce de II 411 y VI 293, así como con la Puerta Hermosa de *Hechos de los Apóstoles* 3, 2 y 10.

[129] Exedra es el nombre griego dado a una estancia cubierta, tenga forma rectangular, de hemiciclo o cuadrada, provista de asientos y de un pórtico con columnas

dro[130], el padre de Tiberio[131], había dotado de este revestimiento a las otras nueve puertas. Quince escalones conducían 206
a esta gran puerta desde el muro del Atrio de las Mujeres, pues eran banzos más pequeños que los cinco que llevaban a las demás puertas.

La fachada

El mismísimo Templo, es decir, el san- 207
tuario sagrado, estaba en medio y se accedía a él a través de doce peldaños. Su fachada medía tanto de altura como de anchura cien codos[132], mientras que la parte de atrás era cuarenta codos más estrecha, pues por delante tenía un saliente a cada lado de veinte codos, como si fueran unos hombros[133]. Su primera puerta, cuya altura era de se- 208
tenta codos y su anchura de veinticinco, no tenía hojas, ya que simbolizaba el cielo abierto[134] que debía ser accesible a todos. Toda la fachada estaba revestida de oro. Por esta puerta se podía ver desde fuera la primera estancia completa, que era la más grande, y lo que rodeaba la puerta interior

[130] Hermano de Filón de Alejandría, era el alabarca o arabarca de esa ciudad durante los enfrentamientos entre griegos y judíos en época de Calígula; cf. *Antigüedades* XVIII 159, 259, XIX 276 ss. y XX 100. Sobre las funciones de esta institución de los judíos de Alejandría puede consultarse la nota de V. A. Tcherikover en su introducción al *Corpus Papyrorum Judaicum*, Cambridge (Mass.), 1957, I, pág. 49, núm. 4.

[131] Es el famoso Tiberio Alejandro, tan citado en la obra de Josefo; véase nota a II 220. En este momento era el jefe del ejército de Tito; cf. V 45-46.

[132] Unos 50 metros. Durante el reinado de Nerón el rey Agripa tenía previsto elevar esta fachada, si bien el estallido de la guerra se lo impidió; cf. V 36-37 y *Antigüedades* XV 391.

[133] Como el cuerpo del edificio, que estaba detrás de la fachada, era más estrecho que ésta, el conjunto presentaba, a juicio de la Misná *(Middot* 4, 7), el aspecto de un león con la cabeza más ancha que el resto del cuerpo.

[134] En IV 324 se aludió a este simbolismo cósmico del Templo; cf. V 212 ss.

relucía todo ello dorado ante los ojos de los que lo miraban.
209 El Templo estaba dividido por dentro en dos estancias[135]. Sólo la primera de ellas podía verse en toda su altura, que alcanzaba noventa codos y medía cincuenta de largo y vein-
210 te de ancho. La puerta que daba acceso a esta nave, como ya he dicho[136], estaba completamente revestida de oro así como todo el muro que la rodeaba. Tenía también de oro los pámpanos que había sobre ella, de los que colgaban racimos del
211 tamaño de un hombre[137]. Dado que el santuario tenía dos pisos[138], por dentro se le veía más bajo que por fuera, y las áureas hojas de su puerta tenían una altura de cincuenta y cinco codos y una anchura de dieciséis.

[135] El término griego *dístegos* normalmente significa «de dos pisos», como veremos seguidamente en V 211, y no «de dos habitaciones» en una misma planta, según se describe en este pasaje. A partir de este punto y, en especial hasta V 211, la narración es bastante confusa, con contradicciones, sobre todo de medidas, con problemas textuales y con redacciones repetidas y superpuestas.

[136] Tal vez se refiera a las palabras finales de V 208.

[137] Este tipo de ornamentación llamaba mucho la atención a los autores griegos y romanos. PLUTARCO se apoya en ello para corroborar la importancia del vino y del culto a Dioniso entre los hebreos en un relato de sincretismo religioso en el que compara la divinidad griega con Yahveh (cf. *Charlas de sobremesa* IV 6). TÁCITO, *Historias* V 5, recuerda como la *vitis aurea templo reperta* es la causa de que algunos creyeran erróneamente que los judíos veneraban a Baco. El autor bizantino LIDO, *Sobre los meses* IV 53, confirma esta misma idea, que no deja de ser superficial y ajena al sentido simbólico del vino y la vid en la religión judía.

[138] En este caso concreto *dístegos* tiene el sentido de «dos pisos»; cf. V 209.

El velo del Templo

Delante de ellas y de su mismo tamaño había un velo, una cortina de Babilonia[139], bordada en color violeta, de lino fino, de escarlata y de púrpura[140]. Era un trabajo digno de admiración y su mezcla de materiales no pasaba desapercibida, sino que era como 212
una imagen del mundo[141]. Parecía que la escarlata simbolizaba el fuego, el lino fino la tierra, el color violeta el aire y la púrpura el mar. Dos de estos materiales eran semejantes por su color, mientras que en el caso del lino y de la púrpura lo eran por su origen, pues la tierra producía el li- 213
no y el mar la púrpura. Esta cortina tenía bordado todo el orden celeste, salvo los signos del Zodiaco[142]. 214

[139] Plinio, *Historia natural* VIII 196, se hace eco de la fama que los tejidos babilonios tenían en la Antigüedad.

[140] El *Éxodo* 26, 36 prescribe este tipo de cortina para la entrada de la Tienda del Señor; cf. *Antigüedades* III 124-133 y *Carta de Aristeas* 86. Según una antigua tradición (cf. *I Macabeos* 1, 20 ss. o *Antigüedades* XII 54), Antíoco IV Epífanes, tras saquear el Templo de Jerusalén, se había llevado el velo para consagrarlo a Zeus Olímpico. De acuerdo con esta noticia, se han querido ver en Pausanias, V 12, 4, ecos de esta leyenda, a pesar de que la descripción de ese velo de Olimpia, «adornado con bordados asirios y teñido de púrpura de Fenicia», no coincide con el de Jerusalén; cf. E. Will (ed.), *Histoire politique du monde hellénistique*, 2.ª ed., Nancy 1979-82, págs. 326 y 338.

[141] El simbolismo cósmico que subyace en todo este relato parece asentarse en una tradición que consideraba el Templo, con todos sus elementos arquitectónicos, como una imagen del mundo; cf. *Antigüedades* III 123 y 180, así como Filón de Alejandría, *Sobre la vida de Moisés* II 76-88, y *Carta a los hebreos* 9, 1-12.

[142] Evidentemente, porque estaba prohibida toda representación de seres vivientes; cf. nota a V 191.

El interior del Templo. El santuario y los objetos sagrados

215 Cuando uno pasaba al interior, lo pri-
mero que se encontraba era la planta baja
del santuario, de sesenta codos de altura,
lo mismo de largo y veinte de ancho. Por
216 su parte, estos sesenta codos de largo es-
taban subdivididos: la primera zona[143], de cuarenta codos de
largo, tenía en ella tres obras muy admiradas y famosas en
todo el mundo, un candelabro[144], una mesa[145] y el altar del
217 incienso[146]. Las siete velas del candelabro[147] representaban
a los planetas, pues éste era el número de brazos que tenía.
Los doce panes que había sobre la mesa simbolizaban el ci-
218 clo del Zodiaco y el año[148]. El altar del incienso a causa de

---

[143] Este lugar era el «santo», *quodesh* en hebreo, sala anterior al «santo de los santos», *quodesh quodashim*, o *debir*, «habitación del fondo» (*I Reyes* 6), que se describirá seguidamente en V 219.

[144] Su peso era de dos talentos, unos 44 kilos, según información de *I Macabeos* 1, 23 y PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198.

[145] La *Carta de Aristeas* 57-72 describe esta mesa de los panes de la proposición, que según ella fue donada por Ptolomeo Filadelfo al Templo de Jerusalén.

[146] Este altar interior servía para ofrecer diariamente, tanto por la mañana como por la tarde, el incienso. El *Éxodo* 30, 1-10 da las normas para la construcción de este altar, que debía contener un revestimiento de oro. De ahí la denominación de altar de oro que se lee en *I Macabeos* 1, 21 y, tal vez, en PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198.

[147] Según *Antigüedades* III 199, tres de las siete lámparas ardían durante el día, mientras que por la noche lo hacían las siete a la vez. Las referencias bíblicas más antiguas apuntan a que el candelabro se encendía fundamentalmente al atardecer para iluminar durante toda la noche; cf. *Éxodo* 27, 20-21, *Levítico* 24, 1-4, *Números* 8, 1-4, etc.

[148] De nuevo se insiste en el significado astral y cósmico de los objetos del Templo; cf. *Antigüedades* III 146-182, FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Cuestiones sobre el Génesis* II 78 y *Sobre la vida de Moisés* II 102-103. Cada sábado se ofrecían doce hogazas tiernas, los llamados panes de la proposición (cf. *Éxodo* 25, 23-30, *Levítico* 24, 5-9, FILÓN DE ALEJAN-

los trece perfumes[149], que, traídos del mar y del mundo deshabitado y habitado, le cubrían, significaba que todo es de Dios y para Dios. La zona más interior del santuario me- 219
día veinte codos y también estaba separada de la parte exterior por un velo[150]. Allí no había absolutamente nada[151], nadie podía entrar, ni tocarlo ni verlo, su nombre es el de *Sancta Sanctorum*. A los lados de la planta baja del Templo 220
había numerosas construcciones de tres pisos comunicadas entre sí. A uno y otro lado había unos accesos que conducían a ellas desde la puerta del Templo. La planta superior 221
no tenía estas estancias, era en proporción más estrecha, aunque su altura alcanzaba cuarenta codos, y más sencilla que la inferior. De esta forma la altura total llegaba a cien codos, si se sumaban los sesenta de la planta baja.

El exterior del santuario. El altar de los sacrificios

La parte exterior no carecía de nada 222
de lo que causa impresión al espíritu y a los ojos, pues estaba recubierta por todos los lados por gruesas placas de oro y así, cuando salían los primeros rayos del sol, producía un resplandor muy brillante y a los que se esforzaban por mirarlo les obligaba a volver sus ojos, como si fue-

———

DRÍA, *Sobre las leyes especiales* 172-176 y *Sobre la vida de Moisés* II 104).

[149] *Éxodo* 30, 34 prescribe solamente cinco perfumes: nataf, uña olorosa, gálbano, aromas e incienso puro, a partes iguales. Tradiciones posteriores añaden algún tipo más de perfume, como ocurre en *Jubileos* 16, 24 y *Eclesiástico* 24, 15. No obstante, el número habitual es el de cuatro, según los comenta e interpreta también en un sentido de simbolismo cósmico FILÓN DE ALEJANDRÍA, *El que es heredero de lo divino* 197.

[150] Es el segundo velo o cortina que menciona *Hebreos* 9, 3 antes de entrar en la parte más sagrada del Templo.

[151] El Templo de Salomón guardaba en este lugar el Arca de la Alianza, que fue destruida durante la toma de la ciudad por Nabucodonosor.

223 ran rayos solares. Desde lejos, a los extranjeros que se acercaban allí les parecía que era un monte cubierto de nieve, ya que el mármol era muy blanco en las zonas que no estaban
224 revestidas de oro. En el tejado se erguían áureas picas afiladas, para que aquél no fuera mancillado por ningún pájaro que allí se posara. Algunas de sus piedras medían cuarenta y
225 cinco codos de largo, cinco de alto y seis de ancho[152]. Delante del santuario estaba el altar[153], que tenía una altura de quince codos y una anchura y longitud igual de cincuenta codos; estaba hecho en forma cuadrada con una especie de cuernos que sobresalían en las esquinas[154]. Se llegaba a él desde el sur por una rampa con poca pendiente. El altar ha sido construido sin usar hierro y nunca lo ha tocado este
226 metal[155]. El santuario y el altar estaban rodeados por un elegante parapeto, de hermosas piedras, de aproximadamente un codo de altura, que mantenía al pueblo en la parte de fuera
227 separado de los sacerdotes. Les estaba prohibido entrar en toda la ciudad a los que padecían gonorrea y a los leprosos, y

---

[152] Estas medidas parecen exageradas, máxime si las comparamos con las que el propio autor indica en *Antigüedades* XV 392, con veinticinco codos de largo cada uno de los bloques.

[153] En el atrio de los sacerdotes, al aire libre, se hallaba el altar exterior, donde se ofrecían todos los sacrificios, salvo el incienso. Entre el santuario y el altar estaba un gran recipiente de bronce, para que los sacerdotes se lavaran las manos y los pies antes de oficiar, y al norte del altar es donde se degollaban las víctimas y se preparaban para los sacrificios, como anota el tratado *Middot* 3, 5 y 5, 2.

[154] Las dimensiones del gran altar exterior son divergentes en los diferentes textos. PSEUDO HECATEO, en *Contra Apión* I 198, habla del altar de bronce del Templo de Salomón, que según *II Crónicas* 4, 1 alcanzaba sólo veinte codos de lado y diez de altura. El tratado de la Misná, *Middot* 3, 1, da unas medidas inferiores para el altar: ocho codos de altura y treinta y dos codos de anchura y longitud.

[155] Este principio se contiene en el Código de la Alianza, en la ley sobre el altar; cf. *Éxodo* 20, 25 y *Deuteronomio* 27, 5.

en el Templo a las mujeres menstruantes; incluso a estas últimas no les estaba permitido traspasar el límite que antes hemos señalado[156], aunque estuvieran puras. Los varones que no estaban completamente purificados no podían pasar al atrio interior, y tampoco podían hacerlo los sacerdotes cuando estaban en un proceso de purificación[157].

Los sacerdotes. Las vestiduras del sumo sacerdote

Los que, a pesar de pertenecer a una 228
familia sacerdotal, no ejercían sus funciones litúrgicas debido a algún problema físico[158], estaban en la parte interior del parapeto con los sacerdotes que no tenían ninguna enfermedad y recibían las partes del sacrificio que les correspondían por su estirpe[159], aunque iban vestidos de paisano, pues sólo el que oficiaba los actos litúrgicos podía
ponerse las vestiduras sagradas. Los sacerdotes que no te- 229
nían ninguna impureza subían al altar de los sacrificios y al santuario, revestidos de lino fino. Se abstenían sobre todo del vino puro por temor religioso, para no hacer ninguna trans-
gresión en la liturgia[160]. El sumo sacerdote iba con ellos, pe- 230

[156] Cf. V 199.

[157] Estos diferentes grados de pureza que hay que superar para entrar en el santuario se enumeran en términos similares en *Contra Apión* II 103 ss. Flavio Josefo ha insistido en otros lugares en la purificación previa a la entrada en el Templo; cf. IV 205, 218 y VI 426.

[158] *Levítico* 21, 16-23 contiene una lista de los defectos físicos que imposibilitaban el ejercicio del sacerdocio, aunque no les excluía de la participación en los demás privilegios de esta clase sagrada. Josefo cita como sacerdotes a un tal Simón «el Tartamudo» y a Matías «el Jorobado» entre sus antepasados *(Autobiografía* 3-4).

[159] La clase sacedotal estaba dividida en esta época en veinticuatro familias, que atendían por turnos al servicio del Templo; cf. nota a IV 155.

[160] La prohibición de tomar bebidas alcohólicas se encuentra ya precisada en *Levítico* 10, 8-11; cf. asimismo *Ezequiel* 44, 21, Filón de Ale-

ro no siempre, sino solamente en los días séptimos, en los días de luna llena y en las fiestas nacionales o en las solem-
231 nidades anuales que reunían a todo el pueblo[161]. Oficiaba las ceremonias con unos calzones que cubrían sus muslos y sus partes pudendas, encima una túnica de lino y sobre ella un manto de color violeta que llegaba hasta los pies; se trata de una vestidura ceñida con una cenefa en su parte baja[162].

JANDRÍA, *Sobre las leyes especiales* I 98-100, *Contra Apión* I 199 y *Antigüedades* III 279. El vino constituye una señal de impureza en los ministros del culto, que lo tienen prohibido simplemente con llevar puestas las vestiduras sacerdotales, según lo recoge el propio JOSEFO en *Antigüedades* III 279. Entre las prescripciones sagradas referentes al *nazir*, es decir, al «consagrado a Dios», existen también algunas que ordenan abstenerse de beber vino y todo lo que salga de la vid (cf. *Números* 6, 1-4, *Jeremías* 35, 2-6, *Amós* 2, 12, *Lucas* 1, 15). Tal rechazo al vino puede deberse a una reacción contra una práctica habitual entre los pueblos limítrofes, sobre todo entre los cananeos, como una forma de distinguirse de la vida licenciosa y fácil de los gentiles, como recuerda *Jeremías* 35, 5-8, aunque no se debe olvidar que los sacrificios judíos contaban con el acompañamiento de esta bebida (cf. *Éxodo* 29, 40 o *Números* 15, 5, 7, 10 y 28, 7-9, 14).

[161] La elevada posición del sumo sacerdote restringía sus funciones sacerdotales a las festividades más solemnes. La ley le obligaba a oficiar únicamente en el día de la Expiación, cuando presentaba a Dios el sacrificio expiatorio por toda la nación (cf. *Levítico* 16), aunque la práctica tardía le asignó otros momentos para desarrollar sus funciones, como testimonia Josefo en este pasaje.

[162] Una descripción más extensa y detallada de las vestiduras del sumo sacerdote, que es un tema recurrente en la literatura judeo-helenística, se encuentra en *Antigüedades* III 151-178, *Testamento de Leví* 8 y FILÓN DE ALEJANDRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 14; cf. también *Éxodo* 28, 4-40; 29, 8-9; 39, 27-37; *Levítico* 8, 6-9 y *Eclesiastés* 45, 7-12. A PLUTARCO, *Charlas de sobremesa* IV 6, el atuendo de los sumos sacerdotes le recuerda al dios Dioniso: la mitra, el efod, es decir, la piel de ciervo bordada en oro, la túnica talar, y las campanillas que cuelgan de su vestido son las pruebas plutarqueas de su argumentación. Plutarco menciona unos coturnos que parecen ser invención suya, ya que ni en esta fuente de Jo-

De esta cenefa pendían campanillas de oro y granadas, que se alternaban unas con otras. Las campanillas simbolizaban el trueno y las granadas el rayo. La banda que sujetaba la 232
túnica al pecho tenía cinco franjas bordadas de diversos colores: oro, púrpura, escarlata, además de lino fino y de violeta, de lo que también estaban tejidas, como ya dijimos[163], las cortinas del Templo. Llevaba también un efod[164] con la mis- 233
ma mezcla de colores, aunque en él había más oro. El efod tenía la forma de una coraza ajustada y se abrochaba con dos fíbulas de oro, en forma de un pequeño escudo, en las que estaban engastadas los más bellos y grandes sardónices que llevaban grabados los nombres de las tribus de la nación[165].
Por delante del efod había otras doce piedras, dispuestas en 234
cuatro filas, tres en cada una de ellas: sardónice, topacio, esmeralda, rubí, jaspe, zafiro, ágata, amatista, ópalo, ónice, berilo y crisolita, sobre cada una de las que también estaba grabado uno de los nombres de las tribus[166]. Una tiara de lino 235
fino, bordada en color violeta, cubría su cabeza. La rodeaba otra corona de oro que tenía en relieve las letras sagradas, que son las cuatro vocales[167]. El sumo sacerdote no iba vestido así 236

sefo ni en ninguna otra se habla de algún tipo de calzado, sino que más bien todo apunta a que los sacerdotes oficiaban descalzos.

[163] Cf. V 212.

[164] Ya desde la traducción del *Éxodo* 28, 6 en la *Septuaginta* el término hebreo *ephodh* se ha traducido por el griego *epōmís*, que realmente es una prenda de vestir algo distinta a la de los sumos sacerdotes, pues era la parte superior de un vestido femenino sin mangas, que se sostenía sobre los hombros como una especie de capa.

[165] Los nombres de los doce hijos de Jacob o Israel, de los que derivan las doce tribus judías.

[166] Esta distribución de las piedras preciosas no coincide con la expuesta por el propio Josefo en *Antigüedades* III 168 ni con la lista de *Éxodo* 28, 17-20.

[167] Es el tetragrama sagrado, en escritura paleohebrea, del que se habla en *Éxodo* 3, 14-15 y 28, 36, *Carta de Aristeas* 98, FILÓN DE ALEJAN-

todos los días, sino de forma más sencilla. Sólo llevaba esta indumenatria cuando entraba en el *Sancta Sanctorum*[168], una vez al año, el día en que es costumbre que todos los judíos
237 ayunen en honor de Dios[169]. Después hablaremos[170] con más detalle de lo relativo a la ciudad, al Templo y de sus costumbres y leyes, ya que aún queda por decir bastante sobre ello.

La torre Antonia

238 La torre Antonia[171] estaba en el ángulo de los dos pórticos, el occidental y el norte, del primer Templo, construida sobre una roca, escarpada toda ella, de cincuenta codos de altura. Era una obra hecha por el rey Herodes, en la que especialmente hizo de-
239 mostración de su natural magnificencia. Efectivamente, la roca estaba recubierta desde su pie por lisas placas de piedra para contribuir a su belleza y para que resbalara todo el que
240 intentara subir o bajar por ella. Además, delante del edificio de la torre había un muro de tres codos y por dentro de él se alzaba toda la construcción de la Antonia a una altura de

---

DRÍA, *Sobre la vida de Moisés* II 114 o *Antigüedades* III 178: YHVH, «Yo soy el que soy», el santo nombre de Dios. No parece correcto que fueran cuatro «vocales», sino que con propiedad sólo podrían ser la Y y la V en algunos casos. Tal vez en esta afirmación nuestro autor sigue la trancripción griega del nombre del dios judío, alguna de las cuales contenía tres o cuatro vocales: *Iaó, Ieuó, Iaoué, Iabé,* entre otras.

[168] Descrito en V 219.

[169] La gran fiesta del día de la Expiación de *Levítico* 16, que tenía lugar el 10 del mes Tišrí del calendario hebreo, Hiperbereteo en el macedónico y entre septiembre y octubre en el juliano.

[170] En realidad Josefo no vuelve a tratar este tema, al menos en las obras conservadas. Tal vez se refiera a su tratado *Sobre las costumbres y las causas,* título de un trabajo sobre Dios y las Leyes citado en *Antigüedades* IV 198.

[171] Herodes dio el nombre de Antonia, en honor de su amigo Marco Antonio, a la antigua fortaleza Baris levantada por Juan Hircano; cf. I 75, 118 y 401, y *Antigüedades* XV 292, 403, y XVIII 92.

cuarenta codos. El interior tenía la extensión y la disposi- 241
ción de un palacio, pues estaba dividido en estancias de diversos tipos y usos, pórticos, baños y amplios patios para el ejército, de forma que por tener todos los servicios parecía una ciudad y por su magnificencia se asemejaba a un palacio. Todo el 242
conjunto de la construcción ofrecía la forma de una torre, aunque tenía otras cuatro almenas en sus esquinas. Tres de ellas presentaban una altura de cincuenta codos, y la que se hallaba en el ángulo sudeste setenta codos, de modo que desde ella se podía ver la totalidad del Templo. Por los lados por los que la 243
torre se unía con los dos pórticos del Templo había sendas escaleras[172], por donde bajaban los centinelas. Ya que siempre 244
estaba en la Antonia una cohorte romana, que se distribuía por los pórticos con armas durante las fiestas y vigilaba al pueblo para que no se sublevara. El Templo, como si fuera una fortale- 245
za, dominaba la ciudad, la Antonia dominaba el Templo y en ella se hallaban los guardianes de estos tres lugares. Por su parte, el palacio de Herodes[173] era la fortaleza particular de la Ciudad Alta. Como ya he mencionado[174], la colina de Bezeta esta- 246
ba separada de la torre Antonia. Era la más alta de todas las colinas; sus construcciones se juntaban con una parte de la Ciudad Nueva y era la única que ocultaba al Templo por el lado norte. Por el momento es suficiente lo dicho sobre la ciudad y 247
las murallas[175], dado que tengo previsto[176] volver a hablar de cada uno de estos temas con más detalle.

---

[172] En estas escaleras se sitúa la arenga de Pablo de Tarso a los judíos, cuando fue arrestado por las autoridades romanas, según recuerdan *Hechos de los Apóstoles* 21, 40.

[173] Su descripción se incluye en V 176-182.

[174] Cf. V 149-151.

[175] Después de este largo *excursus* sobre Jerusalén y su Templo, se retoma la narración del conflicto bélico, interrumpido en V 135.

[176] En esta obra no se vuelven a tratar estas cuestiones; véase, no obstante, la nota a V 237.

Las fuerzas judías. Juan y Simón

248 El conjunto de combatientes y sediciosos que había en la ciudad partidarios de Simón alcanzaba el número de diez mil, sin contar a los idumeos. Sus oficiales eran cincuenta, que estaban bajo la
249 autoridad suprema del propio Simón. Los idumeos, que eran aliados suyos, sumaban unos cinco mil[177] y tenían diez oficiales. Jacobo, hijo de Sosas, y Simón, hijo de Caata[178], pa-
250 recían ser los que estaban a la cabeza de ellos[179]. Juan, que ocupaba el Templo, contaba con seis mil soldados a las órdenes de veinteoficiales. Entonces también se le habían unido los zelotes, que habían depuesto sus diferencias internas: eran dos mil cuatrocientos y estaban bajo el mando de Eleazar, su anterior jefe, y Simón, el hijo de
251 Arino. En las luchas de estos grupos, según dijimos[180], el pueblo era el botín de unos y otros y la gente que no colaboraba con sus injusticias era objeto de los saqueos de
252 ambas facciones. Simón ocupaba la Ciudad Alta, la gran muralla[181] hasta el Cedrón y la parte de la muralla antigua[182] que desde Siloé dobla por el este y baja hasta el palacio de Monobazo, que era el rey de los Adiabenos
253 del otro lado del Éufrates[183]. También controlaba la fuen-

---

[177] Está claro que los idumeos no se habían retirado de Jerusalén, a pesar de lo que se dijo en IV 353.

[178] Sobre las diversas variantes con que aparece este nombre véase la nota a IV 271.

[179] Estos oficiales han sido ya reseñados en IV 235.

[180] Cf. V 27 ss.

[181] La tercera muralla levantada por el rey Agripa; cf. V 147.

[182] Es decir, la primera muralla; cf. V 142.

[183] Según cuenta el propio Josefo en sus *Antigüedades*, XX 17-52, los adiabenos, que habitaban la región superior del río Tigris, se habían convertido al judaismo, su familia real había aceptado la circuncisión y su reina Helena se había trasladado a Jerusalén, donde levantó algunas construcciones; cf. nota a I 6 y IV 567.

te[184], del Acra, que es la Ciudad Baja, y de la zona que hay hasta el palacio de Helena[185], madre de Monobazo. Juan, por su 254
parte, controlaba el Templo y gran parte de sus alrededores, Ofla y el llamado barranco del Cedrón. Habían quemado el territorio que mediaba entre ellos y así dispusieron de una zona para sus mutuos combates. Pues, aunque los romanos estaban acam- 255
pados cerca, sin embargo dentro de la ciudad no habían cesado las disputas. Los judíos, tras volver en sí durante un breve espacio de tiempo por la primera salida[186] contra el enemigo, recayeron en su locura y de nuevo se separaron, lucharon entre sí y de esta forma llevaron a cabo todo lo que deseaban sus sitiadores. Y con toda seguridad no sufrieron a manos romanas nada 256
peor de lo que se hicieron a sí mismos, ni la ciudad fue objeto de nuevas desgracias después de ellos, sino que antes de caer padeció la peor de las suertes y los que se apoderaron de ella le hicieron un inmenso favor[187]. Pues yo digo que la rebelión so- 257
metió a la ciudad y que los romanos sometieron a la rebelión, que era mucho más fuerte que las murallas. Con buena lógica se podría atribuir a los propios judíos el desastre y la justicia a los romanos. Pero que cada uno lo decida según se lo indiquen los acontecimientos[188].

---

[184] Es decir, la piscina de Siloé, aunque en V 410 se dirá que los romanos ocupaban esta fuente.

[185] Los palacios de estos dos reyes adiabenos, Monobazo y Helena, no han sido localizados con plena certeza, si bien se ha propuesto la cima de la colina Ofla; cf. comentario *ad loc.* de PELLETIER.

[186] La que se ha narrado en V 71-77, cuando los judíos atacaron a la décima legión mientras levantaba el triple campamento.

[187] En su programa de propaganda flaviana Josefo se deja llevar por su actitud filorromana hasta límites inospechados, como es éste, en que incluso defiende claramente la conquista de Jerusalén por parte de Roma; cf. apartado 5 de la Introducción.

[188] THACKERAY y PELLTIER, en el comentario a sus respectivas traducciones, ven en esta expresión formularia, que se repite en *Antigüeda-*

Tito se dispone a atacar

258 Tal era la situación interna de Jerusa-
lén cuando Tito, con jinetes escogidos, ro-
deaba por fuera la ciudad para ver por
259 dónde podría atacar las murallas. Como
se vio rodeado de dificultades por todas
partes, pues no se podía acceder por la zona de los barran-
cos y por los demás puntos la muralla antigua parecía ser de-
masiado sólida para sus máquinas de guerra, consideró que
era mejor atacar por el monumento del sumo sacerdote
260 Juan[189]. Por allí la primera muralla era más baja y la segun-
da no se unía con ella, ya que no se habían preocupado de
fortificar este lugar porque la Ciudad Nueva no estaba muy
poblada. Sin embargo, era fácil acceder a la tercera muralla,
por donde tenía el propósito de tomar la Ciudad Alta y, a
261 través de la torre Antonia, el Templo. Entonces, mientras
Tito hacía esta inspección, uno de sus amigos, llamado Ni-
canor[190], fue alcanzado por una flecha en el hombro iz-
quierdo, cuando se aproximaba con Josefo a negociar la paz
con la gente que estaba en la muralla, pues era una persona
262 conocida. César, al darse cuenta por este hecho de la violen-
cia de los judíos, pues no perdonaban ni siquiera a los que
se acercaban a llevarles la salvación, intensificó el asedio.
Al mismo tiempo permitió que las legiones devastaran los
suburbios y les ordenó que trajeran madera y levantaran te-
263 rraplenes. Para llevar a cabo el trabajo distribuyó al ejército

---

des I 108, II 348, III 81, una cláusula retórica habitual en los escritores griegos y romanos para expresar su opición pesonal; cf. DIONISIO DE HALICARNASO, I 48, 1 y III 35, 6.

[189] Juan Hircano (cf. I 54 ss). Este monumento citado más adelante en V 304, 356, 468 y VI 169, parece estar situado al nordeste del palacio de Herodes, cerca de la puerta de Genat.

[190] El tribuno y amigo de Josefo, que intervino de mediador en la rendición de éste ante los romanos; cf. III 346.

en tres unidades: puso a los lanceros y a los arqueros en medio de los terraplenes y, delante las oxibelas, las catapultas y las balistas[191], para impedir que los enemigos hicieran incursiones contra sus obras y que los que estaban en la muralla intentaran estorbarles. Talaron los árboles y en poco tiempo 264
los suburbios quedaron deforestados. Mientras los romanos transportaban la madera para los terraplenes y todo el ejército ponía su empeño en el trabajo, los judíos no se quedaron sin hacer nada. El pueblo[192], que había sufrido saqueos y muer- 265
tes, se llenó entonces de valor, pues creía que iba a volver a respirar, mientras los facciosos estuvieran entretenidos en luchar contra los enemigos de fuera, y que él mismo podría vengarse de los culpables, si los romanos llegaban a vencer.

Los judíos perturban los trabajos del asedio romano

Juan, a pesar de que sus hombres an- 266
helaban atacar a los enemigos del exterior, sin embargo permanecía inactivo por miedo a Simón. Por su parte, este último 267
no descansaba, pues estaba más cerca de los sitiadores. Colocó sobre las murallas las máquinas de guerra, que antes habían arrebatado a Cestio[193], y las que obtuvieron cuando tomaron[194] la guarnición de la torre Antonia. Sin embargo, a causa de su falta de experiencia a la 268
mayoría de ellos no les fue útil este material. Algunos, adiestrados por desertores[195], hacían un mal uso de las má-

---

[191] Cf. nota a IV 19 y 553.

[192] Josefo distingue aquí, como en otros pasajes, entre los judíos, que son los sediciosos y rebeldes sublevados contra Roma, y el pueblo, que quería la paz y no estaba de acuerdo con esta guerra.

[193] En su derrota del año 66; cf. II 554.

[194] Cf. II 430.

[195] Seguramente serían miembros de las tropas auxiliares romanas, formadas por sirios, árabes u otros habitantes de regiones limítrofes a las judías. DIÓN CASIO, LXVI 5, 4 confirma la existencia de estos tránsfugas.

quinas: lanzaban piedras y flechas desde la muralla contra los que levantaban el terraplén, salían en grupos y se enfren-
269 taban con ellos. Los que trabajaban en el terraplén se protegían de los lanzamientos judíos con techumbres de mimbre que cubrían las empalizadas[196] y repelían las salidas de los judíos con máquinas lanzadoras. Todas las legiones disponían de admirables máquinas, si bien con diferencia la décima legión[197] contaba con las más potentes oxibelas[198] y con las más grandes balistas[199], con las que no sólo repelían las salidas enemigas sino también a los que estaban en la
270 muralla. Las piedras que lanzaban pesaban un talento[200] y alcanzaban más de dos estadios. Su golpe era irresistible tanto para los que se encontraban en las primeras posicio-
271 nes, como para los que estaban detrás de ellos. Al principio los judíos esquivaban las piedras que les arrojaban, pues eran blancas, de modo que no sólo se dejaban sentir por el silbido, sino que también se percibía su llegada por el brillo
272 que destellaban. Por consiguiente, los centinelas que estaban sobre las torres, cuando se ponía en marcha la máquina y se arrojaba la piedra, se avisaban y se gritaban en su lengua materna: «Viene el hijo»[201]. Entonces, los hombres, contra

---

[196] Estas construcciones defensivas se denominaban *vinae*, por su parecido con una plantación de viñas, según se describe en III 163 y en VEGECIO, IV 15.

[197] Era la legión que había acampado más lejos de las murallas de la ciudad, en el monte de los Olivos; cf. V 135.

[198] Cf. nota a IV 19.

[199] Cf. nota a IV 583.

[200] Un talento ático, la unidad de peso más utilizada en esta época en Palestina, equivalía a 36 kilos; cf. III 167.

[201] Para esta exclamación existen imágenes bíblicas paralelas, como *Lamentaciones* 3, 13, donde se presenta a las flechas como «hijas de la aljaba». Sin embargo, es posible que se haya producido una confusión o un juego de palabras entre el hebreo *hab-ben*, «hijo», y *ha-eben*, «piedra», o entre

los que iban los disparos, se dispersaban y se tiraban al suelo, de modo que así, con estas precauciones, la piedra caía sin hacer daño. Pero a los romanos se les ocurrió pintar 273
las piedras de negro, pues de esta manera, al no poderlas percibir previamente con la misma claridad, acertaban en su tiro y mataban de un solo golpe a numerosos judíos. Sin 274
embargo, a pesar de esta desgracia, no dejaban a los romanos levantar el terraplén en paz, sino que se lo impedían de día y de noche con todo tipo de estratagemas y audacias.

Los arietes entran en acción

Concluidas las obras, los ingenieros 275
midieron el espacio que les separaba de la muralla con un plomo colgado del extremo de un hilo, que arrojaron desde el terraplén, puesto que no era posible desde otro sitio, habida cuenta de que recibían disparos desde arriba. También acercaron las helépolis[202], al ver que desde allí era posible alcanzar el muro. Tito, tras colocar más cerca las 276
máquinas lanzadoras, para que los judíos no impidieran actuar a los arietes desde la muralla, dio la orden de atacar. De 277
repente se produjo en tres puntos de la ciudad un terrible estruendo, la gente que estaba dentro se puso a gritar y un miedo se apoderó de todos los sediciosos por igual. Cuando unos y otros se dieron cuenta de que era un peligro común para ambas facciones, decidieron organizar entonces una defensa también en común. Los rivales se gritaban unos a 278

---

el griego *huiós*, «hijo», e *iós*, «flecha»; véase la discusión sobre ello en los respectivos comentarios *ad loc.* de RICCIOTTI y PELLETIER.

[202] La helépoli, literalmente «tomadora de ciudades», era una máquina de asalto que consistía en una torre, normalmente hecha de madera y cuero, móvil y equipada de artillería en la plataforma superior y de un ariete o catapulta en la parte inferior; cf. nota a II 553. No obstante, en este caso concreto no parece tratarse de una helépolis completa, sino más bien simplemente de un ariete, como se verá después en V 276, 281 y 282.

otros que todo lo que hacían favorecía a los enemigos, cuando debían dejar a un lado sus luchas internas para ir juntos contra los romanos, aunque Dios no les concediera una concordia duradera. Simón comunicó por medio de un heraldo a los que estaban en el Templo que podían acercarse a la muralla sin peligro; Juan lo permitió, a pesar de que descon-
279 fiaba de ello. Los judíos olvidaron su odio y sus diferencias particulares y formaron un solo cuerpo. Tras ocupar toda la extensión de la muralla, arrojaron desde allí un gran número de antorchas encendidas contra las máquinas y dispararon
280 sin parar contra los que manejaban las helépolis. Los más valientes saltaron en grupos sobre las techumbres de mimbre que cubrían las máquinas, las rompieron, atacaron a los soldados que las accionaban y los vencieron; poco consi-
281 guieron con su habilidad, pero sí mucho con su osadía. Tito en persona iba siempre en ayuda de los que estaban en apuros. Disponía sus jinetes y arqueros a un lado y a otro de las máquinas y así repelía a los que arrojaban fuego. Rechazaba a los que disparaban desde las torres y hacía funcionar las
282 helépolis. Sin embargo, la muralla no cedió a los golpes, a no ser el ariete de la legión decimoquinta que fue el único
283 que movió la esquina de una torre. No obstante, la muralla quedó intacta, pues no corría de inmediato el mismo peligro que la torre, que, como sobresalía, no podía fácilmente arrastrar consigo ninguna parte del muro.

284

Las facciones rebeldes se unen para prender fuego a las máquinas romanas

Los judíos cesaron durante un breve espacio de tiempo en sus hostilidades y, cuando se percataron de que los romanos se habían dispersado y habían regresado a sus trabajos y a sus campamentos, pues creían que los judíos se habían retirado por cansancio y por miedo, todos salieron corriendo desde la torre de Hípico por

una puerta oculta, llevaban antorchas para prender fuego a los trabajos de los enemigos y estaban decididos a perseguir a los romanos hasta sus trincheras. Al oír sus gritos, los le- 285
gionarios que estaban más cerca se agruparon rápidamente y los más alejados vinieron corriendo. Sin embargo, la audacia judía se adelantó a la disciplina de sus enemigos. Tras hacer huir a los primeros soldados romanos que se encontraron, se dirigieron contra los que en ese momento se estaban concentrando. Estalló un terrible combate en torno a las máqui- 286
nas. Los judíos se esforzaban en quemarlas y los romanos en impedírselo. En ambos bandos se escuchaba un confuso griterío y perecieron muchos de los que estaban en las primeras filas. Los judíos se impusieron debido a su desespe- 287
ración; el fuego se adueñó de las construcciones y habría existido el peligro de que junto con las máquinas todo hubiera sido pasto de las llamas, si la mayoría de los legionarios escogidos de Alejandría[203] no hubiera resistido con una valentía aún mayor de la que se podía esperar de ellos, ya que en la lucha superaron a los destacamentos más famosos. Hasta que al final César, con los más valerosos jinetes, arremetió contra los enemigos. Él en persona mató a doce 288
de los judíos que ocupaban la primera línea[204]. El resto de la tropa se replegó ante este desastre; Tito los persiguió, los metió a todos en la ciudad y así libró del fuego a sus obras. En este combate resultó apresado uno de los judíos, al que 289
Tito ordenó crucificar delante de la muralla[205], para que así

[203] Los dos mil soldados escogidos que Tito había traído de Alejandría; cf. V 44.

[204] Cf. Suetonio, *Tito* V, donde se añade que el príncipe romano mató a los judíos a flechazos.

[205] La crucifixión era la forma de pena de muerte más cruel y vergonzosa entre los romanos, que se aplicaba a los esclavos y a los extranjeros para castigar el homicidio, el robo, la traición y la rebelión (cf. Cicerón,

290 los demás se rindieran, asustados al verlo. Tras la retirada, también Juan, el jefe de los idumeos[206], fue alcanzado en el pecho por una flecha lanzada por un árabe, cuando hablaba delante del muro con un soldado conocido suyo, y al instante murió. Este hecho provocó un inmenso dolor entre los idumeos y tristeza entre los rebeldes, pues era una persona que se había distinguido por su valor y por su ingenio.

Una torre romana se derrumba

291 La noche siguiente les sobrevino a los
292 romanos una inesperada confusión. Pues a media noche sucedió que por sí misma se derrumbó una de las tres torres de cincuenta codos que Tito había mandado construir, para que, puestas sobre cada uno de los terraple-
293 nes, hicieran huir a los judíos que estaban en la muralla. El inmenso estruendo que se produjo llenó de miedo al ejército, y, al creer que los enemigos venían contra ellos, corrie-
294 ron todos por las armas. El desorden y el barullo hizo mella en las legiones. Como nadie podía contar lo que había ocurrido, iban de un lado para otro muy angustiados. Al no aparecer ningún enemigo, se asustaban los unos de los otros.
295 Cada uno de ellos preguntaba inmediatamente a su vecino la contraseña, como si los judíos hubieran penetrado en el campamento. Parecían estar envueltos por un pánico terrorífico, hasta que Tito, enterado de lo sucedido, ordenó informar de la situación a todos y de esta forma, aunque con cierta dificultad, sus soldados se tranquilizaron.

Contra Verres V 64; Tito Livio, I 26; o *Hechos de los Apóstoles* 5, 37). Sobre la crucixifión entre los judíos, véase nota a IV 317.

[206] En IV 235 es presentado como el más importante de los caudillos idumeos, mientras que en V 249 no se le nombra, sino solamente a su hermano Jacob y a Simón.

Los judíos se retiran a la segunda muralla

Las torres perjudicaron mucho a los 296
judíos, que resistían con fuerza los demás
ataques, ya que desde allí les disparaban
las máquinas ligeras[207], los lanceros, los
arqueros y los honderos. En cambio ellos 297
no alcanzaban a los romanos debido a la altura de su posición y era imposible apoderarse de las máquinas, derribarlas con facilidad a causa de su peso y quemarlas gracias al hie-
rro que las recubría. Pero si se ponían a salvo de los dispa- 298
ros, ya no podían impedir las embestidas de los arietes, que con sus continuos golpes poco a poco iban a conseguir su
propósito. La muralla ya cedía a los golpes de Victoria[208], 299
pues así es como llaman los judíos a la más grande helépoli[209] de los romanos, porque todo lo vencía. Estaban cansados desde hacía tiempo por las luchas y las guardias que ha-
bían hecho por la noche lejos de la ciudad. Además, por 300
pereza y por tomar siempre malas decisiones, les pareció inútil conservar este muro, habida cuenta de que les quedaban otros dos detrás de él. De esta forma, la mayoría cedió
ante su decaimiento y se retiró. Cuando los romanos pene- 301
traron por la brecha abierta por la helépoli Victoria, todos los judíos abandonaron sus puestos de guardia y se refugiaron en la segunda muralla. Los soldados que habían pasado al interior abrieron las puertas y recibieron a todo el ejército.

---

[207] La proliferación de la artillería romana en esta época alcanza un importante grado de desarrollo y una variedad de artefactos que van desde la maquinaria ligera, trépanos, arietes, tortugas, oxibelas, etc., a las armas pesadas del tipo de las balistas, de complejos sistemas de lanzamientos, helépolis y otras torres de asalto; en general sobre estas cuestiones puede consultarse la obra de E. W. Marsden, *Greek and Roman Artillery: Historical development*, Oxford, 1969.

[208] Se está personificando la máquina, la helépoli, que los soldados romanos utilizan para derribar el muro y así «vencer a los judíos».

[209] Cf. nota a V 275.

302 De esta manera los romanos se apoderaron del primer muro[210] el día decimoquinto desde que empezó el asedio, el día séptimo del mes de Artemisio[211], y demolieron gran parte de él y el barrio norte de la ciudad, que ya antes lo había destruido Cestio[212].

Tito acampa dentro de la tercera muralla

303 Tito trasladó el campamento al interior, al lugar llamado «Campamento de los Asirios»[213]. Ocupó toda la zona que hay hasta el Cedrón, pero separado de la segunda muralla para estar muy lejos de los disparos que desde allí hicieran los enemigos. Enseguida
304 dio paso al ataque. Los judíos se dividieron y defendieron con fuerza la muralla: los hombres de Juan desde la torre Antonia, desde el pórtico norte del Templo y delante de la tumba del rey Alejandro[214], mientras que las tropas de Simón, que ocupaban el paso que hay junto al sepulcro del sumo sacerdote Juan, cubrieron sus posiciones hasta la puerta[215] por donde se llevaba el agua hasta la torre Hípico.
305 Con frecuencia salían fuera de las puertas y luchaban cuerpo a cuerpo, pero, cuando eran rechazados hacia la muralla, resultaban vencidos en estas refriegas por no tener la destreza de los romanos, si bien se imponían cuando combatían

---

[210] La primera desde el punto de vista romano, pero en realidad la tercera muralla, aquella que fue construida por el rey Agripa; cf. V 147.

[211] En mayo del año 70. Artemisio, mes del calendario macedónico, equivalente al hebreo Iyyar y a mayo, en el cómputo juliano.

[212] Cf. II 230.

[213] La tradición ubicaba en este lugar el campamento del rey asirio Senaquerib (cf. *II Reyes* 18, 17 y 19, 35). Su emplazamiento exacto no es conocido, si bien parece que estaba cerca de la torre Psefino.

[214] No se ha localizado el emplazamiento de la tumba de Alejandro Janeo, cuyo reinado ha sido narrado en I 85-106.

[215] La actual puerta de Jafa.

desde lo alto de la muralla. A los romanos les daba valor su 306
experiencia, además de su fuerza, y a los judíos su audacia, alimentada por el miedo, y su resistencia natural en las desgracias. Estos últimos tenían aún la esperanza de salvarse y
los romanos de vencer rápidamente. Ninguno de los dos 307
bandos se vio dominado por la fatiga, sino que todos los días tenían lugar asaltos, refriegas en las murallas y numerosas
salidas por grupos; no les faltó ningun tipo de combate. La 308
noche apenas hacía descansar a los soldados que empezaban a luchar al amanecer. Ésta era para ambos ejércitos un momento de insomnio y más dura que el día: en el caso de los judíos, por miedo a que la muralla fuera tomada de un momento a otro, y en el de los romanos, porque los enemigos cayeran sobre el campamento. Las dos partes pasaban la noche en armas y al rayar el alba estaban preparadas para lu-
char. Entre los judíos se rivalizaba por ver quién se expon- 309
dría al peligro en las primeras líneas para así ganarse el favor de sus oficiales. Sobre todo tenían respeto y miedo a Simón. Cada uno de los hombres que estaban a sus órdenes le prestaba tanta atención que incluso hubiera estado totalmente dispuesto a suicidarse, si él se lo hubiera mandado.
La costumbre de triunfar era para los romanos un estímulo 310
para su valor, también lo era su desconocimiento de la derrota, las continuas expediciones, sus constantes entrenamientos, la grandeza del Imperio y sobre todo Tito, que siempre estaba a disposición de todos sus hombres en cual-
quier parte. Efectivamente, les parecía terrible flojear, cuan- 311
do César estaba presente y participaba con ellos en la lucha. Tito era para el que luchaba valerosamente el testigo y el que también le iba a recompensar por ello. Pero ya era un premio el ser reconocido por César como un valiente. Por ello muchos, llevados por su ardor, se mostraban superiores a sus propias fuerzas.

El caballero Longino

312 En estos días, cuando los judíos estaban colocados en orden de batalla delante de la muralla con una sólida formación y cuando los dos ejércitos se disparaban aún desde lejos, uno de los jinetes, Longino, se salió de las líneas romanas y saltó al medio de la
313 tropa judía. Los enemigos se dispersaron ante esta embestida y él mató a dos de los más valientes: a uno le golpeó en la cara, cuando le venía al encuentro, y al otro le atravesó el pecho, cuando huía, con una lanza que había sacado del cadáver del anterior. Salío, sin ser herido, del medio de los
314 enemigos y corrió a refugiarse con los suyos. Así pues, Longino fue famoso por su valor y muchos fueron los que
315 imitaron su bravura. Los judíos, sin preocuparse por sus desgracias, miraban sólo por atacar a los romanos. La muerte les parecía totalmente llevadera si les sobrevenía tras ha-
316 ber matado a algún enemigo. En cambio Tito se preocupaba tanto por la seguridad de sus soldados como por vencer en la batalla. Consideraba una locura el ímpetu temerario y, en cambio, para él solamente existía el valor cuando se actuaba con prudencia sin sufrir nungún daño. Por ello, ordenó a sus hombres ser valientes sin correr ningún peligro.

Estratagema del judío Cástor

317 El propio Tito acerca la helépoli[216] a la torre que está en el centro de la muralla norte, donde un judío, un charlatán llamado Cástor, les tendió una trampa con diez hombres como él, mientras que los
318 demás habían huido a causa de los arqueros romanos. Estos individuos permanecieron quietos durante un tiempo, llenos de miedo detrás de los parapetos, pero cuando la torre se

---

[216] Cf. nota a V 275.

tambaleó, ellos se levantaron. Cástor extendió sus manos, en actitud de súplica, pidió a César y le rogó con voz lastimera que se apiadara de ellos. Tito, debido a su sencillez, creyó 319
en él. Como pensaba que los judíos se habían arrepentido, paró las embestidas del ariete, prohibió disparar flechas contra los suplicantes y ordenó a Cástor que expresara sus deseos. Éste contestó que quería bajar para llegar a un acuerdo. 320
Tito dijo que le felicitaba por su buena decisión, que se alegraría si todos tuvieran las mismas intenciones, y que él estaba dispuesto a dar garantías a la ciudad. Cinco de estos diez 321
hombres simularon la misma súplica, mientras que los demás gritaron que nunca serían esclavos de los romanos, cuando podían morir libres. Durante el largo tiempo que los judíos 322
estuvieron discutiendo, el ataque se detuvo y Cástor envió mensajeros a Simón para comunicarle que tenía tiempo de sobra para tomar decisiones sobre la apremiante situación, pues él se burlaría aún durante un buen rato de la autoridad romana. Mientras enviaba esta orden, a la vista de todos fingía convencer también a los reticentes a que aceptasen el acuerdo con Tito. Estos últimos, como si estuvieran indigna- 323
dos, blandieron sus espadas desenvainadas por encima de los parapetos se las clavaron en sus corazas y cayeron abajo, como si estuvieran muertos. Tito y los que estaban con él se 324
quedaron asombrados por la intrepidez de estos hombres y, al no poder desde abajo saber con exactitud lo sucedido, sintieron admiración por su valor y se compadecieron de su desgracia. Entoces uno de los romanos alcanzó con una flecha a 325
Cástor en la nariz. Él enseguida se arrancó la flecha, se la enseñó a Tito y se quejó de este injusto tratamiento. César censuró al autor del disparo y envió a Josefo[217], que estaba allí presente, para que diera la mano a Cástor. Sin embargo, Jose- 326

[217] El propio historiador, autor de esta obra.

fo dijo que él no iría, pues los suplicantes no tenían buenas intenciones, y también se lo impidió a sus amigos que estaban dispuestos a hacerlo. Eneas, uno de los desertores, manifestó
327 que él mismo se acercaría. Cástor pidió que alguien tomara el dinero que llevaba con él; Eneas corrió aún con más apresu-
328 ramiento con el manto abierto para recogerlo. Cástor cogió una piedra y se la lanzó. No le alcanzó, porque se precavió
329 ante ello, pero hirió a otro soldado que iba con él. Cuando César se dio cuenta de la astucia, comprendió que en la guerra la piedad es perjudicial[218], pues cuanto más severo se es tanto menos se cae en el engaño. Indignado por esta burla aumentó
330 la fuerza de los golpes de la helépoli. Los hombres de Cástor quemaron la torre, cuando ésta cedió. A través de las llamas saltaron al subterráneo[219] que hay debajo de ella, y así de nuevo ofrecieron a los romanos una imagen de valentía, pues pensaban que se habían arrojado al fuego[220].

Los romanos toman la segunda muralla

331 César tomó esta muralla por este punto[221] cinco días después de haber conquistado la primera de ellas[222]. Los judíos huyeron de allí y Tito penetró con mil soldados y con hombres elegidos de su guardia personal por la zona de la Ciudad Nueva[223], donde estaban las tiendas de la lana, los talleres de los herreros y el

---

[218] Precisamente es la piedad y la compasión uno de los rasgos de la personalidad de Tito más destacados por Josefo; cf. II 64, IV 92 ó V 59.

[219] Sobre la existencia de numerosos subterráneos de la ciudad de Jerusalén véanse las notas a V 102 y 104.

[220] De esta misma forma escapó también el judío Niger; cf. III 27.

[221] Por la torre central de la muralla norte, es decir, de la primera muralla, cf. V 317.

[222] El tercer muro desde el punto de vista romano, era el primero en el orden cronológico de construcción; cf. V 302.

[223] Cf. nota a V 153.

mercado de las telas, y por donde las callejuelas bajaban oblicuamente hacia la muralla. Si el príncipe romano hu- 332 biera derribado rápidamente la mayor parte de la muralla o si hubiera saqueado esta zona conquistada de la ciudad, de acuerdo con la ley de la guerra, creo que su victoria no se habría visto empañada por ninguna pérdida. Sin embargo, 333 como ahora esperaba que los judíos se avergonzaran de que no les hicieran ningún daño, cuando podían hacerlo, no agrandó la brecha de la muralla para facilitar la retirada, pues creía que no le iban a atacar aquéllos a los que él trataba con benignidad. Cuando entró en Jerusalén, no dejó matar a 334 ninguno de los prisioneros ni quemar las casas, sino que les permitió salir libremente, por si querían luchar sin causar daño a la población, y prometió al pueblo devolverle sus bienes. Efectivamente, Tito deseaba ante todo salvar para él la ciudad y el Templo para la ciudad[224]. Desde hacía tiempo 335 tenía al pueblo dispuesto a hacer lo que él buscaba, aunque para los combatientes su humanidad era una debilidad y éstos, además, creían que Tito hacía estas propuestas por su incapacidad para conquistar el resto de la ciudad. Los sedi- 336 ciosos amanazaban de muerte a cualquiera de los ciudadanos que mencionara la rendición, asesinaban a los que hablan de paz y atacaban a los romanos que ya estaban dentro de la ciudad: unos les salían al encuentro por las callejuelas, otros desde las casas y otros saltaban por las puertas de arriba fuera de las murallas. Asustados ante sus ataques, los 337 centinelas de la muralla se lanzaron desde las torres y se retiraron al campamento. Gritaban los que estaban dentro ro- 338 deados por todos los lados de enemigos, y los de fuera tenían miedo por sus compañeros abandonados. Dado que los

[224] El mismo interés manifestará Tito en VI 95, cuando la toma de Jerusalén haya sido completa.

judíos cada vez eran más numerosos y tenían una superioridad mayor por su conocimiento de las callejuelas, hirieron a muchos romanos, cayeron sobre ellos y los empujaron fuera.
339 Estos últimos resistían sobre todo por necesidad, pues no podían huir todos juntos por la estrecha brecha de la muralla. Daba la impresión de que todos los que habían entrado habrían sido degollados, si Tito no hubiera acudido en su
340 ayuda. Distribuyó a los arqueros en los extremos de las callejas, mientras que él se quedó allí donde había más gente, y así repelió con flechas a los enemigos. Con él estuvo Domicio Sabino, que también en este combate demostró ser un
341 hombre valiente[225]. César permaneció en ese lugar sin dejar de disparar con su arco y de impedir que los judíos se acercaran, hasta que todos sus soldados se retiraron.

342 De esta forma los romanos, que habían tomado la segunda muralla, fueron expulsados de ella y se exaltaron los ánimos de los combatientes de la ciudad. Los judíos, llenos de vanidad por su éxito, pensaban que los romanos no se atreverían a entrar en la ciudad y que, aunque lo hicieran, no
343 serían derrotados por ellos. Dios nublaba sus mentes a causa de sus delitos y no se daban cuenta de que las fuerzas que les quedaban a los romanos eran muy superiores a las que habían rechazado, ni del hambre que se precipitaba sobre
344 ellos. Pues aún podían nutrirse de las desgracias del pueblo y beber la sangre de la ciudad. Pero desde hacía tiempo la penuria se había adueñado de la gente de bien y muchos pe-
345 recían por la falta de lo necesario. Los rebeldes creían que la destrucción del pueblo sería un alivio para ellos mismos, puesto que consideraban que sólo merecían salvarse los que no querían la paz y preferían vivir en contra de Roma. Por otra parte, se alegraban de que se consumiera la muche-

[225] Cf. la toma de Jotapata en III 324.

dumbre contraria a sus propósitos, que para ellos era como
un estorbo. Esta era su actitud respecto a los que estaban en 346
el interior de la ciudad. Impidieron a los romanos, que de
nuevo lo intentaron, entrar en la ciudad, cerraron filas y con
sus propios cuerpos cubrieron la brecha de la muralla[226].
Durante tres días resistieron con fuerza su defensa, pero el
cuarto día no pudieron hacer frente al enérgico ataque de
Tito, sino que se vieron forzados a refugiarse donde estaban
antes. De nuevo César se apoderó de la muralla, destruyó 347
inmediatamente toda su parte norte y, tras colocar guardias en
las torres del lado sur, planeó el ataque de la tercera muralla[227].

Suspensión del asedio

Tito consideró oportuno detener el ase- 348
dio durante un tiempo y dar a los rebeldes
un momento más de reflexión, por si la
destrucción de la segunda muralla o el mie-
do al hambre les hacía rendirse, pues sus ra-
piñas ya no les serían suficientes. Asimismo, él se sirvió de este
descanso para sus propios fines. Cuando llegó el día en el que 349
había que distribuir la paga a los soldados, ordenó a los oficiales
que pusieran a su ejército en orden de batalla y distribuyeran el
dinero a cada uno de sus hombres en un lugar visible al enemi-
go. Éstos, según la costumbre, sacaron sus armas, que hasta 350
entonces habían estado guardadas en sus arcones, se presenta-
ron revestidos con sus corazas y los jinetes llevaron sus caballos
totalmente adornados. Una extensa zona delante de la ciudad
relucía de oro y de plata, y nada era más agradable de ver que 351
aquello para los romanos ni producía un miedo mayor a los

[226] Por el lugar señalado en V 331.

[227] En realidad la primera muralla, desde el punto de vista judío, la más antigua y próxima a la ciudad, cf. V 302.

352 enemigos[228]. En efecto, toda la antigua muralla y la pendiente norte del Templo estaba llena de espectadores, se podían ver las casas llenas de personas que se asomaban para mirar y no había
353 punto de la ciudad que no estuviera repleto de gente. Un terrible espanto se apoderó incluso de los más audaces, cuando vieron reunido a todo el ejército enemigo, la belleza de sus armas y el
354 buen orden de sus soldados. Me parece que los sediciosos habrían cambiado de idea al contemplar aquello, si no fuera porque no tenían esperanza de obtener el perdón de los romanos a causa de los grandes males que habían cometido contra el pue-
355 blo. Consideraban que era mucho mejor morir en la batalla, que ser castigados con la pena capital, si dejaban de luchar[229]. El Destino[230] imponía que los inocentes perecieran junto con los culpables y la ciudad con los rebeldes.

Construcción de terraplenes para tomar la tercera muralla

356 Los romanos estuvieron cuatro días repartiendo la soldada en cada una de las legiones. El quinto día, como los judíos no presentaron ninguna propuesta de paz, Tito distribuyó las legiones en dos grupos y empezó la construcción de los terraplenes frente a la torre Antonia y al monumento de Juan[231]. Por este último punto

[228] Esta descripción en tono épico y formulario se repite en III 250 y 262, y aparecía ya en la narración de la batalla de Bet Zacaría de *I Macabeos* 6, 39.

[229] Esta actitud de firmeza ante la muerte es típica de una serie de personajes que se han enfrentado a un poder políticamente opresor contra las leyes judías: el caso de los Macabeos frente a los Seléucidas *(I Macabeos* 2, 50; *II Macabeos* 6, 28 y 7, 2) o los doctores ejecutados por Herodes a causa del incidente del águila de oro (I 648-655). Así lo recuerda también el propio Josefo en *Contra Apión* II 234.

[230] Sobre la personificación de la Fortuna o Destino en la obra de Josefo puede consultarse el apartado 5 de la Introducción.

[231] Cf. nota a V 259.

tenía la idea de tomar la Ciudad Alta y por la Antonia el Templo. Pues, si no se apoderaban del Templo, sería peligro- 357
so mantener incluso la ciudad. En las dos partes se levantaron sendos terraplenes, una por cada legión. Los idumeos y los 358
soldados de Simón con sus incursiones impedían trabajar a los romanos de la zona del monumento, mientras que los hombres de Juan y la multitud de los zelotes hacían lo propio con los que estaban junto a la Antonia. Los judíos 359
superaban a los romanos no sólo porque disparaban con sus manos desde una posición más elevada, sino porque habían aprendido ya el manejo de las máquinas de guerra[232]. La práctica de cada día había desarrollado poco a poco su experiencia. Tenían treinta oxibelas y cuarenta balistas[233], con las que dificultaban a los romanos la construcción de los terraplenes. Tito, que sabía que de él de- 360
pendía la salvación y la aniquilación de la ciudad, hacía más intenso el cerco de Jerusalén al mismo tiempo que se preocupaba de que los judíos cambiaran de opinión. A sus 361
trabajos de asedío añadía consejos y, consciente de que muchas veces las palabras eran más eficaces que las armas, él mismo les exhortaba a que entregaran la ciudad, que ya había sido tomada[234], para que de esta forma se salvaran. Encomendó a Josefo que se lo dijera en su lengua materna, pues pensaba que ellos se entregarían enseguida ante una persona de su propia nación.

---

[232] Los desertores del bando romano habían sido sus instructores en el manejo; cf. V 268-269.

[233] Cf. notas a IV 9 y 583.

[234] No es así, pues aún faltaba por conquistar la torre Antonia, el Templo y la Ciudad Alta; cf. V 356.

Josefo exhorta a los judíos a la rendición. Su discurso

362 Josefo recorrió la muralla e intentó estar fuera del alcance de los disparos, pero en un lugar desde donde pudieran escucharle. Les hizo numerosas súplicas para que no desperdiciaran sus propias vidas y las del pueblo, para que no echasen a perder su patria ni el Templo y para que no fueran más insensibles que los extran-
363 jeros con ellos. Pues los romanos respetan lo que es sagrado para los enemigos, aunque no participen de ello, y hasta ahora se han abstenido de tocarlo. En cambio, se disponen a destruir sus bienes sagrados los que se han criado entre ellos y los
364 únicos que los disfrutarían, en caso de que se salvaran. Además veían que habían sido derribadas sus murallas más sólidas y que la que quedaba era más fácil de tomar que las otras. Sabían que era irresistible la fuerza de los romanos y el hecho de estar esclavizados a ellos no era algo desconocido para los
365 judíos. Si es hermoso luchar en defensa de la libertad, es preciso hacerlo desde el principio; en cambio, es propio de hombres que buscan una muerte mísera y no de personas que aman la libertad el sacudirse ahora el yugo, después de haberse sometido y de haber obedecido durante mucho tiempo[235].
366 En verdad, también hay que despreciar a los señores que son inferiores a vosotros, pero no a aquellos que tienen en sus manos todo el mundo. ¿Qué regiones han escapado al poder romano, excepto aquéllas que no tienen ninguna utilidad por
367 el calor o el frío que hay en ellas? La Fortuna está de su lado por todas partes y Dios, que lleva el poder de un sitio a otro, ahora se encuentra en Italia[236]. Una ley, de gran vigencia entre los

---

[235] En un claro estilo oratorio griego se repiten los tópicos e ideas del discurso del rey Agripa II a los subevados de Jerusalén para evitar la guerra; cf. II 355-374.

[236] La Fortuna en sentido clásico y el Dios hebreo se funden en esta expresión, hasta el punto de ser perfectamente sinónimos. La teología

animales y los hombres, manda ceder ante los más poderosos y dejar el mando en manos de los que tienen la fuerza de
las armas. Por esto sus antepasados, que eran superiores a 368
ellos por su alma, por su cuerpo y por otros aspectos, se han sometido a los romanos y no habrían soportado esta situación, si no hubieran sabido que Dios estaba con ellos. ¿En 369
quién confiaban para resistir, cuando había sido tomada la mayor parte de la ciudad, y la gente de dentro, aunque aún se mantuvieran en pie las murallas, estaba en una situación peor que si se hubiera producido ya la conquista? A los ro- 370
manos no les pasaba inadvertido el hambre que había en el interior de la ciudad, que ahora consumía al pueblo y que no mucho después acabaría con los combatientes. Pues, aunque 371
los romanos hubieran puesto fin al asedio y no hubieran atacado la ciudad con las espadas en las manos, los judíos tenían dentro a un enemigo invencible que crecía de hora en hora, a no ser que fueran capaces de levantar sus armas contra el hambre, luchar ellos solos y acabar con sus males.
Josefo añadió que era mejor cambiar de opinión antes de 372
que ocurriera algo irreparable y optar por un camino de salvación, mientras aún era posible, ya que los romanos no les guardarían rencor por lo sucedido, a menos que persistiesen en su insolencia hasta el final. En efecto, los romanos por naturaleza eran benignos en la victoria y ponían su interés por delante de sus sentimientos de ira[237]. Ahora bien, este 373

flaviana se pone de parte de Roma, sin olvidar su fe en la Providencia divina, demostrada por las Sagradas Escrituras. La guerra de los judíos contra los romanos entraba también en los planes divinos y es el propio Dios el que está ya desde un principio decidiendo su desenlace en contra del pueblo hebreo. En realidad el tema del abandono de Israel en favor de Roma no es obra de una caprichosa Fortuna, sino de esa Providencia, que castiga y premia; cf. apartado 5 de la Introducción.

[237] Estas mismas palabras y argumentos utilizó Nicanor para convencer a Josefo para que saliera de la cueva de Jotapata; cf. III 347.

interés no consistía en adueñarse de una ciudad sin gente ni de una región desierta. Por este motivo César quería ahora ofrecerles un acuerdo de paz, pero si él tomaba la ciudad a la fuerza no perdonaría la vida a nadie, sobre todo por no haberle hecho caso cuando les daba consejos en una situa-
374 ción tan extrema. Las dos murallas que ya habían sido conquistadas eran la prueba de que la tercera[238] iba a ser tomada; y, aunque este muro fuera inexpugnable, el hambre lucharía contra ellos a favor de los romanos.

375 Desde la muralla muchos se burlaban de Josefo, mientras hacía estas exhortaciones, muchos le insultaban y algunos le disparaban. Pero, dado que no les convenció con consejos, que eran evidentes, recurrió a la historia de su pueblo.
376 Les dijo a gritos[239]: «Desgraciados, ¿os habéis olvidado de vuestros propios aliados y lucháis contra los romanos con vuestras armas y con vuestras manos? ¿A qué otro enemigo
377 hemos vencido de esta forma? ¿Cuándo Dios, nuestro creador, ha dejado sin venganza a los judíos, cuando han sido maltratados? Si volvéis hacia atrás vuestra mirada, ¿no veis desde dónde os lanzáis a combatir y cúal es la magnitud del aliado al que habéis ofendido? ¿No recordáis las hazañas prodigiosas de vuestros padres y de que este Santo Lugar hizo sucumbir antaño ante vosotros a enemigos de tanta en-
378 vergadura? Yo, por mi parte, tiemblo al hablar de las obras

[238] La tercera muralla desde el punto de vista romano, propiamente la primera, la más antigua; cf. V 331.

[239] Realmente el discurso de Flavio Josefo se inicia en V 363. Ahora sus palabras pasan del estilo indirecto al directo, lo que no es sólo un recurso meramente estilístico, sino que en el fondo es un discurso judío el que sucede uno discurso romano, siempre dentro de ese conflicto personal de la doble mentalidad de nuestro historiador; cf. B. Thérond, «Discours au style indirect et discours au style direct dans la *Guerre Juive* de Flavius Josèphe», *Hellenica et Judaica. Hommage à V. Nikiprowetsky*, París, 1986, págs. 139-154.

de Dios ante unos oídos indignos. Sin embargo, escuchadlo para que sepáis que no sólo combatís contra los romanos, sino también contra Dios. El que antaño era rey de los egip- 379
cios, Necao, llamado también Faraón, descendió con un inmenso ejército y raptó a la princesa Sara[240], la madre de nuestra raza[241]. ¿Qué es lo que hizo entonces Abraham, su 380
marido y nuestro antepasado? ¿Se vengó con las armas de la persona que le había ultrajado, a pesar de tener trescientos dieciocho oficiales a sus órdenes[242], con una inumerable tropa cada uno de ellos? ¿Acaso no concedió a estas fuerzas un valor nulo, si no contaba con la colaboración de Dios, y alzó sus manos puras hacia el lugar que ahora vosotros habéis mancillado y consiguió para su lucha al aliado invencible? ¿No fue enviada al día siguiente la reina sin mancha 381
ante su marido y el egipcio, tras adorar el lugar que habéis llenado de sangre con la matanza de vuestros compatriotas, huyó de allí asustado por las apariciones que le sobrevinieron por la noche y regaló oro y plata a los hebreos, que son amados por Dios?[243] ¿He de hablar de la emigración de 382

[240] Princesa, no como título regio, sino en sentido etimológico, ya que en hebreo Sara significa «princesa».

[241] Esta historia no se encuentra en los textos bíblicos (cf. *Génesis* 12, 10-20 y 20, 1-17, donde este hecho ocurre durante la estancia de Abraham en Egipto), sino que parece proceder de otros escritos, no conocidos, donde se recreaban las leyendas bíblicas, como se observa en numerosos pasajes de sus *Antigüedades*. Hay, por otra parte, un anacronismo, dado que Necao no es un faraón de época patriarcal, sino que es aquel que siglos más tarde combatirá contra el rey de Judá, Josías (cf. *II Reyes* 23, 29 ss.).

[242] Se están mezclando varias historias de la Biblia. Estos «trescientos dieciocho» hombres se insertan en la campaña de los cuatro reyes, contra los que Abraham se alzó con este número de soldados para liberar a Lot; cf. *Génesis* 14, 14.

[243] Este suceso pertenece al ciclo de Abraham, pero no concretamente a la historia de Sara y el Faraón de Egipto, sino a la de Abimelek. Éste, que era rey de Guerar, se apoderó también de Sara y, gracias a la apari-

nuestros padres a Egipto?[244] ¿No es verdad que ellos, sometidos durante cuatrocientos años[245] al poder de tiranos y reyes extranjeros, aunque tuvieron la posiblidad de defenderse con sus armas y con sus manos, sin embargo confiaron
383 en Dios? ¿Quién no sabe que Egipto fue invadido por todo tipo de fieras y asolado por todo tipo de enfermedades, o no conoce la esterilidad de su tierra, la falta de agua del Nilo, las diez plagas que fueron cayendo una tras otra sobre el país y que por causa de estos males nuestros padres fueron enviados de nuevo a su patria, bajo escolta, sin haberse manchado de sangre y sin correr ningún peligro, pues Dios los guió como si fueran los guardianes de su propio Tem-
384 plo?[246]. ¿No se lamentaron Palestina[247] y el ídolo de Dagón[248] de que hubiera sido arrebatada por los sirios[249] nues-

ción de Dios en sueños, la liberó y a continuación hizo diversas ofrendas a Abraham; cf. *Génesis* 20.

[244] *Génesis* 46 ss. y *Éxodo* 1 relatan la estancia de los hebreos en Egipto, cuando Jacob, poco antes de morir, se trasladó allí con todos los suyos por indicación de Dios.

[245] Este número de años es el que augura Yahveh a los descendientes de Abraham; cf. *Génesis* 15, 13 y *Antigüedades* II 204. En *Éxodo* 12, 40 y *Antigüedades* II 318 la cifra alcanza cuatrocientos treinta años, incluyendo la estancia en Canaán.

[246] Cf. *Éxodo* 7 ss.

[247] No en época de Josefo, pero sí desde antiguo, el apelativo de Palestina se aplicaba a una parte de Siria (cf. HERÓDOTO, III 91), e incluso a tierra filistea, el litoral mediterráneo desde Cesarea hacia el sur.

[248] Uno de los gandes dioses del panteón semítico, con especial relevancia en el culto de Siria, de Canaán, del país de los amorreos y de los filisteos. El *Antiguo Testamento* cita en numerosas ocasiones a este dios, que se le ha identificado con diversas divinidades y se le ha venerado con distintos epítetos; cf. *II Reyes* 5; 18, *I Samuel* 5; *I Macabeos* 10, 83, etc.

[249] Más bien, los filisteos; cf. *I Samuel* 4-6. En este relato Josefo amplía con tintes retóricos y literarios la historia, contenida en este libro bíblico, sobre la derrota de los israelitas por los filisteos y el correspondiente hurto del Arca de la Alianza.

tro arca sagrada, y no lo sintió también toda la raza de los
que la robaron? ¿No sufrieron los sirios la putrefacción de 385
los miembros internos de su cuerpo y a través de ellos echaron sus entrañas junto con los alimentos, por lo que volvieron a traer el Arca, al son de címbalos y tambores, con las mismas manos que la habían arrebatado y realizaron todo tipo
de actos expiatorios para aplacar el Lugar Sagrado? Dios 386
era el general de estas hazañas para nuestros antepasados, puesto que ellos renunciaron a la fuerza física y a las armas
y le confiaron la decisión de los acontecimientos. El rey de 387
Asiria, Senaquerib, que arrastraba tras de sí toda Asia, cuando acampó en torno a esta ciudad[250] ¿sucumbió acaso a
manos de los hombres? ¿Las manos de los judíos, libres de 388
armas, no estuvieron tendidas en actitud de oración, mientras un ángel de Dios en una sola noche acabó con el innumerable ejército y al día siguiente, cuando se levantó el rey asirio, se encontró a ciento ochenta y cinco mil cadáveres y con los hombres que le quedaban huyó de los hebreos, que
estaban desarmados y que no le perseguían?[251] Conocéis 389
también la cautividad de Babilonia, en la que nuestro pueblo estuvo desterrado durante setenta años sin rebelarse por la libertad hasta que Ciro se la concedió como ofrenda a Dios. Fueron enviados de nuevo por él a su patria y otra vez se
encargaron de custodiar el Templo de su aliado[252]. En re- 390
sumen se puede decir que en ningún caso nuestros padres han obtenido éxito con las armas o han fracasado sin ellas por confiar en Dios. Por decisión de su Juez ellos han vencido, siempre que han permanecido en su tierra, mientras

[250] En el llamado «Campamento de los asirios», cf. nota a V 303.

[251] Cf. *II Reyes* 19, 35.

[252] Es decir, el propio Dios, que a lo largo de la historia de Israel ha luchado del lado de su pueblo, como un auténtico «aliado» de guerra; cf., por ejemplo, *II Macabeos* 8, 23-24; 10, 16 y 12, 36.

391 que han sido derrotados, siempre que han combatido. Esto ocurrió, cuando el rey de Babilonia sitió esta ciudad y nuestro soberano Sedecías, después de enfrentarse con él, en contra de las profecías de Jeremías, fue hecho prisionero y vio cómo la ciudad fue totalmente asolada junto con el Templo[253]. Y a pesar de todo, ¡cuánto más moderado que vuestros jefes
392 fue aquel rey, y cuánto más su pueblo que vosotros! Ni el monarca ni el pueblo dieron muerte a Jeremías[254], que anunció que Dios estaba irritado contra ellos a causa de sus pecados contra él y que serían esclavizados si no entregaban la
393 ciudad. En cambio vosotros, y no quiero hablar de lo que pasa en el interior de la ciudad, ya que no podría exponer con exactitud vuestros crímenes, me insultáis y me disparáis a mí, que os doy consejos para salvaros, enfurecidos como estáis por el recuerdo de vuestras iniquidades, y ni siquiera permitís que se mencionen los hechos que realizáis todos los
394 días. También ocurrió algo similar, cuando Antíoco, llamado Epífanes, sitió la ciudad y cometió numerosos ultrajes contra Dios[255]. Nuestros antepasados salieron a atacarle con las armas, si bien fueron aniquilados en la batalla, la ciudad fue saqueada por los enemigos y el Templo permaneció
395 abandonado durante tres años y seis meses[256]. Pero, ¿por

---

[253] Cf. *II Reyes* 25, 1-10 y *Jeremías* 39 y 52.

[254] El relato bíblico menciona varios intentos de ejecución contra el profeta; cf. *Jeremías* 18, 18 y 22; 26, 8 y 38, 4 ss.

[255] Cf. I 31 ss.; *Antigüedades* XII 242 ss.; *I Macabeos* 1, 20 ss. y *II Macabeos* 5, 11 ss. No parece que los judíos tomaran las armas contra Antíoco Epífanes, sino que Josefo en los otros relatos paralelos dirá simplemente que en una ocasión el soberano seléucida tomó Jerusalén «sin combatir» (cf. *Antigüedades* XII 246) y en otra lo hizo «a traición» (cf. *Antigüedades* XII 248).

[256] Desde diciembre del año 68 hasta junio del 65, los mil doscientos noventa días de la profecía de *Daniel* 12, 11; cf. nota a I 33.

qué es preciso recordar otros acontecimientos?[257]. ¿Quién ha arrastrado a los romanos contra nuestra nación? ¿No es la 396
impiedad de sus habitantes? ¿De dónde procede nuestra esclavitud? ¿Acaso no empezó con la revuelta de nuestros antepasados, cuando la locura de Aristobulo e Hircano[258] y la rivalidad interna atrajeron a Pompeyo contra la ciudad y Dios sometió bajo el yugo romano a los que no merecían ser libres?[259] Después de un asedio de tres meses, los judíos se 397
rindieron[260] sin haber cometido contra el Templo y contra las leyes crímenes tan grandes como los vuestros, a pesar de que contaban con más medios que vosotros para la guerra. ¿No conocemos la muerte de Antígono, el hijo de Aristo- 398
bulo, en cuyo reinado Dios golpeó de nuevo al pueblo con la conquista de la ciudad por causa de sus ofensas, y cómo Herodes, el hijo de Antípatro, hizo venir a Sosio[261] y Sosio al ejército romano, y cómo rodeados permanecieron sitiados durante seis meses[262], hasta que pagaron el castigo debido por sus iniquidades con su derrota y con la devastación de la ciudad a manos de los enemigos? De este modo, a nuestro 399
pueblo nunca se le ha permitido hacer uso de las armas y para él la guerra ha venido siempre acompañada de la con-

[257] Josefo en este contexto histórico, al igual que otras obras de la literatura greco-judía, vuelve su mirada al pasado para así reinterpretar su propia historia. Por otra parte, los judíos siempre han tenido el deber de recordar el pasado, según lo expresa, por ejemplo, *Deuteronomio* 7, 18: «Acuérdate bien de lo que Yahveh, tu Dios, hizo al faraón y a todo Egipto».

[258] Estos hechos han sido narrados con detalle en I 120 ss.

[259] Cf. I 131-154.

[260] Cf. I 149 y *Antigüedades* XIV 66.

[261] Sobre este personaje, véase I 345-353 y *Antigüedades* XIV 468.

[262] En I 351 se habla de cinco meses, no de seis, y en *Antigüedades* XIV 476 se precisa simplemente que estos hechos acaecieron «al tercer mes».

400 quista. Creo que es conveniente que los que habitan un Lugar Sagrado dejen en manos de Dios la decisión de todos los asuntos y menosprecien la ayuda de los hombres, cuando
401 ellos pueden tener a su favor al Juez de arriba. ¿Qués es lo que vosotros habéis hecho de lo que recomendó el legislador?[263] ¿Y qué es lo que no habéis ejecutado de lo que aquél prohibió? ¿No sois vosotros más impíos que aquellos que en
402 el pasado fueron derrotados con tanta rapidez? No evitasteis los vicios secretos, me refiero a los robos, las emboscadas y los adulterios; rivalizáis en rapiñas y matanzas e inventáis formas insólitas de maldad. El Templo se ha convertido en el punto de encuentro de todos vuestros males y está mancillado por manos extranjeras el Lugar sagrado, al que incluso los romanos veneraron desde lejos[264], y que por respeto hacia nuestra ley han renunciado a muchas de sus propias
403 costumbres. Y después de estos hechos, ¿aún esperáis que sea vuestro aliado[265] aquel contra quien habéis cometido impiedades? ¡Realmente sois unos suplicantes justos y lla-
404 máis a vuestro defensor con manos puras! ¿No es con esas manos con las que nuestro rey imploró ayuda en contra del asirio[266], cuando Dios en una sola noche acabó con aquel gran ejército? ¿Es que los romanos cometen acciones similares a las de los asirios para que vosotros esperéis también
405 una venganza del mismo tipo? ¿No incumplió los juramentos e incendió el Templo el monarca asirio, que había recibido dinero de parte de nuestro rey para que no destruyese

[263] Es decir, Moisés, el legislador judío por antonomasia; cf. III 376.

[264] En la descripción del Templo (cf. V 193-194) se ha precisado ya el límite que separa el «atrio de los gentiles» del de los judíos en el culto de Yahveh y la pena de muerte que recaía sobre aquel que osara transpasarlo; cf. nota a II 341.

[265] Véase nota a V 389.

[266] El rey asirio Senaquerib.

la ciudad, mientras que los romanos piden el acostumbrado tributo, que nuestros padres pagaron a sus antepasados?[267].
Si lo consiguen, no devastarán la ciudad ni tocarán el san- 406
tuario, sino que os concederán todo lo demás: la libertad de vuestras familias, la posesión de vuestros propios bienes y
el mantenimiento de las leyes sagradas. Es una locura espe- 407
rar que Dios se comporte con las personas justas igual que con las injustas, y, por otra parte, él sabe cuándo es necesario vengarse inmediatamente, tal y como destrozó a los asi-
rios la primera noche que acamparon junto a la ciudad. En 408
consecuencia, si Dios hubiera creído que nuestra generación merecía la libertad o los romanos el castigo, los habría aniquilado rápidamente, como hizo con los asirios, cuando Pompeyo se apoderó de nuestra nación, cuando vino a continuación Sosio, cuando Vespasiano asoló Galilea y, final-
mente, ahora cuando Tito está cerca de Jerusalén. Sin em- 409
bargo, Pompeyo el Grande y Sosio, además de no sufrir ningún daño, se han apoderado a la fuerza de la ciudad, y Vespasiano se ha convertido en emperador a raíz de esta guerra[268]. Por su parte, las fuentes que antes estaban secas
para nosostros, ahora son muy abundantes para Tito[269]. Sa- 410
béis que antes de que él llegara, Siloé y todas las fuentes que hay delante de la ciudad estaban agostadas, de modo que había que comprar agua por ánforas[270]. En cambio ahora brota tanta cantidad para vuestros enemigos que no sólo es

[267] Senaquerib impuso al rey hebreo Ezequías un tributo de trescientos talentos de plata y treinta de oro; cf. *II Reyes* 18, 13-16.

[268] Cf. IV 604.

[269] La riqueza de agua y las instalaciones hidráulicas de Jerusalén son reseñadas por diversos textos, como la *Carta de* Aristeas 88-91, Tácito, *Historias* V 12, o Dión Casio LXVI 4, 5.

[270] Medida griega de volumen equivalente a media metreta, muy utilizada en Roma como sinónimo de *quadrantal*, de 2 *urnae* o 48 *sextarii*, unos 26 litros; cf. Aulo Gelio, XVIII 1, 9, y Plinio, *Historia natural* IX 93.

suficiente para ellos y para sus animales, sino también para
411 sus huertos. Se sabe que este prodigio ha sucedido también antes en la toma de la ciudad, cuando el mencionado babilonio[271] vino contra nuestra tierra, se apoderó de Jerusalén e incendió el Templo. Aunque, creo, que ninguna de las impiedades de entonces fue tan grande como las que vosotros
412 habéis cometido ahora. Por ello, me parece que Dios ha huido del santuario y se ha puesto de parte de los que en
413 este momento combatís[272]. Un hombre bueno escapará de una casa corrupta y aborrecerá a los que en ella estén. ¿Aún estáis convencidos de que permanecerá con vuestros crímenes Dios, que ve todo lo oculto y que escucha inclu-
414 so lo que no se dice? ¿Y vosotros qué es lo que calláis, qué es lo que escondéis? ¿Qué acción vuestra no es conocida hasta por vuestros enemigos? Hacéis gala de vuestras iniquidades y cada día rivalizáis por ver quién será el peor y alardeáis de vuestra injusticia, como si de virtud se trata-
415 ra. Sin embargo, si queréis, aún os queda un camino de salvación, pues Dios se reconcilia sin dificultad con los
416 que confiesan su culpa y se arrepienten. ¡Ay, hombres de férreo corazón!, arrojad vuestras armas y avergonzaos de vuestra patria, que ya está destruida. Volveos y contemplad la bellezas que traicionáis. ¡Que ciudad, qué Templo,
417 de cuántas naciones son estas ofrendas! ¿Quién les prenderá fuego? ¿Quién quiere que esto desaparezca? ¡Ay, seres más duros e insensibles que las piedras! ¿Qué hay que

[271] Nabucodonosor; cf. V 391. Este prodigio de la fuente de Siloé no consta en los textos bíblicos.

[272] En tiempos de la destrucción del Templo por Nabucodonosor también Yahveh abandonó su lugar sagrado (cf. *Ezequiel* 11, 23). La idea de que Dios ha abandonado a su pueblo y está de la parte de los romanos se repite con más insistencia en estos últimos momentos de Jerusalén; cf. nota a V 367.

merezca salvarse más que esto? Si no lo veis con buenos 418
ojos, compadeceos, al menos, de vuestras familias y que ante la mirada de cada uno de vosotros aparezcan vuestros hijos, vuestra esposa y vuestros padres, a los que dentro de poco aniquilará el hambre o la guerra. Yo sé que corren el 419
mismo peligro mi madre[273], mi esposa[274], mi ilustre raza y mi familia, desde hace tiempo famosa[275], y quizá dé la impresión de que os doy estos consejos por su causa. Matadlos, tomad mi sangre en pago de vuestra propia salvación. Estoy dispuesto a morir, si con ello vais a recobrar la sensatez»[276].

[273] La madre de Flavio Josefo está en prisión (cf. V 544-545), como también su padre Matías (cf. *Autobiografía* 6), que no es mencionado en esta exclamación; cf. V 533.

[274] La primera mujer de Josefo, a la que repudió en el año 76 ó 77, durante su estancia en Roma, para casarse después con una judía de la isla de Creta; cf. *Autobiografía* 426-427.

[275] La familia de Josefo pertenece a la primera de las veinticuatro clases sacerdotales y se cuenta entre los descendientes de los Asmoneos; cf. *Autobiografía* 1-2.

[276] En esta situación Josefo se presenta como un nuevo Jeremías y son muchos los paralelos en las lamentaciones de ambos personajes. La historia del presente repetía un conocido pasado bíblico: Roma era la nueva Babilonia, como muy bien los ejemplificarán los apocalipsis judíos de este período. Josefo se dirige a sus compatriotas en términos idénticos a los que antaño hizo Jeremías, sin que tampoco ellos hagan caso a sus palabras. Josefo no veía otra salida a este conflicto, al igual que le ocurría a Jeremías. Dios castigará a una generación corrompida por haber mancillado y haber convertido el Templo en una «cueva de ladrones» (cf. *Jeremías* 7, 11 y 19, 4). Flavio Josefo y el profeta Jeremías han sido testigos de uno de esos terribles momentos de la historia en el que Dios da la espalda a su pueblo; cf. M. Hadas-Lebel, *Flavius Josèphe. Le juif de Rome = Flavio Josefo. El judío de Roma,* Barcelona, 1994, págs. 175-179.

Las consecuencias del discurso: las deserciones

420 Los rebeldes no cedieron ante estas palabras pronunciadas por Josefo con gritos y lágrimas ni consideraron seguro cambiar de estrategia. Sin embargo, el pueblo
421 se inclinó por la deserción. Unos vendieron sus posesiones a un precio muy bajo y otros sus objetos más valiosos. Se tragaban sus monedas de oro[277] para que no las descubrieran los bandidos, y luego, tras huir al bando romano, las expulsaban del cuerpo junto con sus excrementos y así tenían los recursos suficientes para conseguir
422 lo que necesitaban. Pues Tito a la mayor parte de ellos les permitió ir al lugar de la región donde cada uno quisiera. Esta actitud les provocó aún más a desertar, ya que así se iban a librar de los males internos y no iban a ser esclaviza-
423 dos por los romanos. Los hombres de Juan y de Simón vigilaban la salida de esta gente más que la entrada de los romanos, y al punto era degollada cualquier persona que presentara la más mínima sombra de sospecha.

Los horrores del hambre en Jerusalén

424 Los ricos, por su parte, estaban expuestos igualmente a la muerte, si permanecían en la ciudad, pues con la excusa de la deserción se los ejecutaba a causa de sus bienes. La locura de los rebeldes crecía a la vez que el hambre y cada día cobraban
425 más fuerza estos dos males. No había trigo a la vista en ninguna parte. Los sediciosos entraban en las casas y las registraban: si encontraban algo, maltrataban a sus habitantes por no habérselo entregado, y si no hallaban nada,

---

[277] Como anota Ricciotti en su traducción, esto era posible porque las monedas de la época de Nerón pesaban unos ocho gramos y tenían un diámetro máximo de dieciocho milímetros.

los torturaban por haberlo escondido con tanto esmero. Los cuerpos de estos desdichados eran la prueba para sa- 426
ber si tenían o no provisiones: los que aún se mantenían en pie parecían poseer abundancia de alimentos, mientras que eran dejados en paz los que ya estaban consumidos, pues creían que era ilógico matar a los que iban a morir de hambre inmediatamente. Muchos cambiaban en secreto sus 427
bienes por una sola medida de trigo, en el caso de que fueran ricos, y de cebada, en el caso de los pobres. Luego, se encerraban en las zonas más recónditas de sus casas y algunos, debido a su intenso hambre, se comían el trigo sin molerlo, y otros lo cocían, según se lo permitía la necesidad y el miedo. En ningún sitio se ponía la mesa; se 428
sacaban los alimentos del fuego, aún crudos, y se los devoraba.

La comida era miserable y el espectáculo era digno de 429
llanto: los más fuertes tenían demasiado, mientras que los débiles se lamentaban. Realmente el hambre acaba con todos los sentimientos, pero no hay nada que destruya tanto como a la vergüenza, pues en estas circunstancias se desprecia lo que en otras ocasiones es objeto de respeto. Las 430
mujeres quitaban la comida de la boca a sus maridos, los hijos a sus padres y, lo que es más triste, las madres a sus bebés, y cuando sus seres más queridos estaban muriendo en sus brazos no se avergonzaban de chuparles las gotas de vida que aún les quedaban[278]. Sin embargo, aunque se ali- 431
mentaban de esta forma, no pasaban desapercibidos, sino que por todos los sitios salían al encuentro los sediciosos,

[278] Este panorama desolador repite la descripción bíblica de la destrucción de Jerusalén por obra de Nabucodonosor, según se relata en los libros del ciclo de Jeremías: devorar la carne de los propios hijos (*Jeremías* 19, 19), dejar los muertos sin enterrar (*Jeremías* 9, 21 y 14, 15-16), etcétera.

432 incluso para apoderarse de sus rapiñas. En efecto, cuando estos últimos veían que una casa estaba cerrada con llave, era señal de que los que estaban dentro tenían alimentos. Tiraban enseguida las puertas, pasaban al interior y arrebataban la comida de la gente, sacándosela casi de la bo-
433 ca. Golpeaban a los ancianos que se agarraban a los alimentos y arrastraban por el pelo a las mujeres porque se escondían algún producto en las manos. No hubo piedad ni hacia la vejez ni hacia la infancia, sino que levantaban a los niños, que se aferraban a sus bocados, y los arroja-
434 ban al suelo. Eran aún más crueles con los que, antes de que llegaran, se habían tragado lo que les iban a quitar,
435 como si hubieran recibido una ofensa por parte de ellos. Inventaron terribles métodos de tortura para descubrir la comida. Tapaban con granos de arveja los conductos de los genitales de esta pobre gente y les metían por el ano varas puntiagudas. Alguno padeció tormentos, que dan terror sólo con oírlos, para que confesara que tenía un
436 único pedazo de pan o revelara dónde había escondido un puñado de harina. Los torturadores no pasaban hambre, pues hubiera sido menos cruel si hubieran actuado así por necesidad, sino que lo hacían por demencia y pa-
437 ra reunir provisiones para los días venideros. Salían al encuentro de la gente que de noche se arrastraba hasta las guarniciones romanas para recoger plantas silvestres y hierba y, cuando creían que ya se habían librado de los
438 enemigos, les robaban todo cuanto traían. Muchas veces estos pobres hombres les suplicaban e invocaban el terrible nombre de Dios para que les permitieran quedarse con una parte de lo que habían recolectado no sin correr peligro, sin embargo no les daban absolutamente nada. Al contrario, tenían que contentarse con no ser asesinados, después de haber sido despojados.

Los ciudadanos pudientes son perseguidos por los tiranos

Esto es lo que sufrían las personas más humildes por parte de los esbirros, mientras que la gente rica y de alta condición era conducida ante los propios tiranos. Algunos de ellos eran ejecutados, acusados falsamente de conspiración, y otros de estar dispuestos a entregar la ciudad a los romanos. Pero lo más rápido era sobornar a alguien que denunciase que tales personas estaban dispuestas a desertar. 439
El individuo, al que Simón había despojado, era enviado ante Juan y, a su vez, Simón recibía al que Juan había desvalijado. De esta forma uno y otro brindaban con la sangre de la población y se repartían los cadáveres de estos desdichados. 440
Los dos eran rivales en el poder, pero estaban de acuerdo en los crímenes. Pues el que no dejaba al otro participar de los males ajenos era considerado sencillamente un malvado, y el que no recibía su parte se sentía dolido por verse privado de la crueldad, como si de un bien se tratara. 441

Aunque es imposible contar con detalle sus crímenes, sin embargo se puede decir, en resumen, que ninguna otra ciudad ha padecido atrocidades de este tipo y nunca ha existido en la historia una generación que haya dado lugar a tantas iniquidades. 442
Estos individuos acabaron por atraer el desprecio sobre la raza de los hebreos, para así parecer ellos menos impíos ante los extranjeros, y reconocieron ser lo que realmente eran, esclavos, chusma, deshecho bastardo de la nación. 443
Han llevado la ciudad a la ruina y han obligado a los romanos, en contra de su voluntad, a asignarse una triste victoria y poco ha faltado para que hayan arrastrado hasta el Templo el fuego, que aún tarda en propagarse[279]. 444
No hay 445

[279] Otro caso más de la apología de la actividad bélica de Roma en Judea. En VI 254-258 Tito intentará salvar el Templo frente a la locura de los zelotes.

duda de que, cuando lo vieron arder desde la Ciudad Alta, no sintieron dolor ni lloraron, sino que tales sentimientos aparecieron entre los romanos[280]. Más tarde, en su lugar, hablaremos de este tema junto con la narración de los hechos correspondientes[281].

Tito castiga a los prisioneros judíos. Su crucifixión

446 Tito progresaba en la construcción de los terraplenes[282], a pesar de los muchos ataques que le hacían los soldados judíos desde lo alto de la muralla. Él mismo envió un destacamento de caballería y le ordenó que tendiera emboscadas contra los que salían por
447 los barrancos en busca de alimentos. Algunos de éstos eran combatientes, que no se conformaban con las rapiñas que hacían, si bien la mayoría era gente pobre del pueblo, a
448 quien el miedo por sus familiares le impedía desertar. Pues no creían que pudieran escapar de los sediciosos sin ser vistos, en el caso de que huyeran con sus mujeres e hijos, ni se atrevían a dejarlos a merced de los bandidos, pues serían
449 degollados por ellos. El hambre los hacía más atrevidos para salir de la ciudad; sólo les faltaba que fueran cogidos por el enemigo, después de haber esquivado a los guardianes. Cuando eran sorprendidos por los romanos, se defendían a la fuerza y después de la lucha les parecía que ya no era momento para suplicar. Eran azotados, sometidos a todo tipo de torturas antes de morir y crucificados frente a la mura-
450 lla[283]. A Tito le parecía digno de lástima este sufrimiento, ya que cada día perecían quinientos hombres y había veces que

---

[280] Cf. VI 165, 167 y 364.

[281] Cf. VI 254-266.

[282] Los terraplenes que se habían levantado junto a la torre Antonia y al monumento de Juan Hircano; cf. V 356.

[283] Sobre este tipo de suplicio véase nota a V 289.

incluso más. Sin embargo, resultaba poco seguro dejar libre a gente que había sido cogida a la fuerza y él sabía que vigilar a tantas personas suponía tener prisioneros a sus guardianes. No obstante, no impedía estas ejecuciones sobre todo porque tenía la esperanza de que los rebeldes tal vez al verlo se rendirían, por temor a que fueran sometidos al
mismo tormento, en el caso de que no se entregaran. Los 451
soldados romanos, por ira y por odio, para burlarse de ellos colgaban de diferentes formas a los que cogían y eran tantas sus víctimas que no tenían espacio suficiente para poner sus cruces ni cruces para clavar sus cuerpos[284].

Los sediciosos estaban tan lejos de cambiar de actitud 452
ante la visión de estos sufrimientos, que, por el contrario, tuvieron ellos la habilidad de utilizarlo para engañar al resto
de la población. Llevaban a rastras hasta la muralla a los 453
familiares de los desertores y a los ciudadanos que querían llegar a un acuerdo de paz, les mostraban lo que les pasaba a los que huían al bando de los romanos y les decían que aquéllos, que habían sido capturados, eran suplicantes ju-
díos, no prisioneros de guerra. Esta artimaña detuvo a mu- 454
chos de los que estaban dispuestos a desertar, hasta que se supo la verdad. A pesar de todo, algunos se fueron corriendo inmediatamente hacia el bando romano, como si se dirigieran hacia un castigo seguro, pues pensaban que la muerte a manos de los enemigos era un descanso en comparación
con el hambre. Tito mandó cortar las manos a muchos de 455
los prisioneros, para que no pareciesen desertores y se les

[284] Tres eran las formas de cruz conocidas en los suplicios: un palo transversal *(patibulum)* que el condenado transportaba y que se fijaba o bien en lo más alto del un poste vertical, en forma de T *(crux commisa* o *patibulata)*, o bien un poco más abajo, en forma de cruz latina o griega *(crux immisa* o *capitata)*. La *crux decussata*, en forma de aspa, no pertenece a esta época.

creyera a causa de las desgracias que padecían, y se los en-
456 vió a Simón y a Juan. Les aconsejó que pusieran fin ya a su actitud, que no le obligaran a destruir la ciudad y que con este arrepentimiento en el último momento salvaran sus propias vidas, una patria tan poderosa y un Templo, que no com-
457 partían con nadie más[285]. El general romano recorría los terraplenes y al mismo tiempo instaba a los que trabajaban en ellos para que los hechos no tardaran en dar cumplimiento a
458 sus palabras. Ante estas exhortaciones los judíos desde la muralla insultaron al propio César y a su padre. Gritaban que despreciaban la muerte, pues preferían morir con honor antes que ser esclavos. Dijeron que infligirían a los romanos todos los males que pudieran, mientras les quedara un soplo de vida, que no les importaba la patria, que, como él mismo ha dicho, va a ser destruida, y que para Dios el universo es
459 un Templo[286] mejor que el que allí había. Además, este santuario será salvado por Aquel que lo habita, que al tenerlo ellos como aliado se reirán de todas las amenazas, que no se van a poder cumplir, pues el resultado depende de Dios[287]. Éstas son las frases que gritaban y que mezclaban con insultos.

[285] La exclusividad del culto judío impedía la entrada de los extranjeros en el Templo de Jerusalén . La balaustrada mencionada en V 193-198 separaba el «atrio de los gentiles» del «atrio de los judíos».

[286] Esta afirmación se sitúa en la interpretación cósmica del Templo señalada en V 212. No obstante, también hay que ver en ella una manifestación de la fe escatológica de los sitiados en el nuevo reino mesiánico. Tito y Flavio Josefo quieren salvar el Templo terreno, mientras que Juan de Giscala y los rebeldes, encerrados en el recinto sagrado, piensan en la Jerusalén celestial.

[287] En estas manifestaciones se contiene la filosofía o, mejor, la doctrina religiosa de los insurrectos: la idea de que Dios es aliado de su pueblo, Israel, comentada en nota a V 389, y la confianza en la inexpugnabilidad del Templo y de la ciudad de Jerusalén (cf. nota a IV 127).

Antíoco y los «macedonios»

Mientras ocurría esto, se presentó An- 460
tíoco Epífanes[288] con un gran número de
soldados de infantería, rodeado de su guar-
dia personal, llamada guardia de los «ma-
cedonios», todos de la misma edad, de esta-
tura alta, recién salidos de la adolescencia, armados e instrui-
dos a la manera macedonia, de donde tomaban su nombre,
aunque la mayoría no era de aquella nación. Pues resultó 461
que de todos los reyes sometidos a los romanos, el soberano
de Comagene[289] era el que estaba en una situación más
próspera, antes de que experimentara un cambio de la For-
tuna[290]. Aquél demostró también en su vejez que no hay que
llamar a nadie feliz hasta que haya muerto[291]. Pero en el 462
momento en que él se hallaba en todo su esplendor, su hijo,
Antíoco Epífanes, que estaba presente entonces en el asedio,
dijo que se asombraba de que los romanos vacilaran en ata-
car la muralla. Éste era un luchador, una persona audaz por
naturaleza y tan vigoroso que rara vez erraba en su temeri-
dad. Tito le sonrió y le dijo: «El esfuerzo es de todos». En- 463
tonces Antíoco, según estaba, se lanzó con los macedonios
contra el muro. Él mismo, debido a su fuerza y a su expe- 464
riencia, esquivó las flechas que los judíos lanzaban contra
ellos, aunque todos sus jóvenes, salvo unos pocos, fueron
abatidos, pues por el honor de cumplir lo prometido ponían
todo su empeño en continuar en la lucha. Al final se retira- 465
ron, muchos de ellos heridos, con la idea de que también los

[288] Antíoco IV, rey de Comagene, en el norte de Siria, era aliado de los romanos, de Cestio y de Vespasiano; cf. II 500 y III 68.

[289] Pequeño reino situado en el Éufrates superior, entre Cilicia y Armenia, al sur de Capadocia, cuya capital era Samosata.

[290] En VII 219-243 se narrará el final de este reino.

[291] El famoso aforismo que Solón enuncia al rey Creso; cf. Heródoto, I 32.

auténticos macedonios, si tienen la intención de vencer, necesitan la Fortuna que tuvo Alejandro[292].

Juan de Giscala y Simón destruyen los terraplenes romanos

466 Los romanos, que habían iniciado la construcción de los terraplenes el día doce del mes de Artemisio[293], la concluyeron con dificultad el día veintinueve[294], tras haber trabajado en ella durante dieci-
467 siete jornadas seguidas. Eran cuatro terraplenes muy grandes. El primero fue construido por la quinta legión frente a la torre Antonia, en medio de la llamada piscina del Gorrión[295]; el segundo por la duodécima legión a una distancia
468 de veinte codos. En el lado norte, hacia la piscina conocida con el nombre de la Almendra[296], estaba el terraplén levantado por la décima legión, muy alejado de los dos anteriores. Por su parte, la decimoquinta legión trabajaba a treinta codos de esta última, cerca de la tumba del sumo sacerdo-
469 te[297]. Una vez puestas ya en marcha las máquinas de guerra, Juan había hecho túneles desde la torre Antonia hasta los te-

[292] Alejandro Magno. En II 360 Josefo recuerda esa Fortuna de Macedonia que en otro tiempo, con Alejandro, extendió el poder sobre todo el mundo habitado, mientras que ahora los macedonios están también sometidos ante los nuevos señores favorecidos por esa misma Fortuna.

[293] Cf. V 356.

[294] El 16 de junio del año 70.

[295] Tal vez se pueda identificar esta piscina, llamada también Estrutio, con los restos hallados al noroeste de la torre Antonia; cf. G. A. Smith, *Jerusalem. The Topography, Economics and History from the earliest times to A. D. 70,* Londres, 1908, I, pág. 116.

[296] Esta fuente, conocida también con el nombre griego de Amígdalo, podría identificarse con la piscina de Ezequías, al norte del palacio de Herodes (cf. Pelletier en su comentario *ad loc.)* o con la fuente del Baño del Patriarca, próxima a la actual puerta de Jafa (cf. Thackeray, en la correspondiente nota a su traducción).

[297] El monumento de Juan Hircano; cf. V 259.

rraplenes y había sujetado las galerías con vigas, para que así los trabajos de los romanos se asentaran sobre un terreno hueco. Puso dentro de las minas madera, untada de pez y betún, y le prendió fuego. Cuando las vigas se quemaron 470
completamente, la mina se hundió toda ella a la vez y los terraplenes se desplomaron encima con un inmenso estruendo. Al principio se levantó, junto con el polvo, una densa 471
humareda, pues el hundimiento había ahogado las llamas. Sin embargo, cuando ardió la madera que allí estaba amontonada, estalló entonces un fuego muy vivo. Los ro- 472
manos se espantaron ante su inesperada aparición. Sobrevino sobre ellos el desánimo por esta estratagema y lo sucedido enfrió sus esperanzas para el futuro, pues creían que iban a obtener la victoria. Les parecía inútil luchar contra el fuego, dado que, aunque lo apagaran, los terraplenes estaban hundidos.

Dos días después los hombres de Simón atacan también 473
los demás terraplenes[298], puesto que también por aquella zona los romanos habían llevado las helépolis[299] y golpeaban la muralla. Cogieron antorchas y saltaron sobre las má- 474
quinas un tal Gipteo[300], de la ciudad galilea de Garis, Magasaro, uno de los intendentes reales de Mariamme[301], y con ellos un individuo de Adiabene, hijo de Nabateo, que por su desgracia recibía el nombre de Cagiras[302], que significa cojo. En esta guerra no se han visto salir de la ciudad hombres 475

[298] Los terraplenes que estaban levantando la décima y décimoquinta legión; cf. V 468.

[299] Cf. nota a V 275.

[300] De él se volverá a hablar en VI 92 y 148.

[301] Hija de Agripa I y hermana de Agripa II; cf. II 220. Es muy probable que este tal Magasaro, funcionario de la monarquía judía favorable a Roma, hubiera desertado y se hubiera pasado al bando de los zelotes.

[302] Sobre los problemas de transcripción al griego de este nombre semítico, véase el comentario de Pelletier.

476 más audaces y más terribles que éstos. Pues, como si corrieran al encuentro de unos amigos y no contra un ejército de enemigos, no vacilaron ni se dieron la vuelta, sino que se arrojaron en medio de los romanos y quemaron las máquinas.
477 Aunque eran atacados con flechas y espadas por todas partes, sin embargo no se apartaron del peligro hasta que el fuego
478 prendió en los artefactos. Cuando se alzó la llama, los romanos corrieron desde el campamento a socorrerlos, mientras que los judíos se lo impedían desde la muralla y se enfrentaban con los que intentaban apagar el fuego, sin preocuparse
479 por sus propias vidas. Los romanos sacaban del fuego las helépolis, pues los tendidos de mimbre que las cubrían estaban ardiendo. Por su parte los judíos las retenían en medio del fuego, se aferraban a los arietes, a pesar de que el hierro estaba al rojo vivo, y no los soltaban. El incendio se extendió de las helépolis a los terraplenes y se adelantó a los que iban a
480 socorrerlos. En este momento los romanos, que, rodeados por el fuego, ya habían perdido toda esperanza de salvar sus trabajos de guerra, se retiraron al campamento. Pero los judíos,
481 que cada vez eran más numerosos por los refuerzos que les venían del interior de la ciudad, les azuzaron y llenos de valor por su victoria se dirigieron con un ímpetu descontrolado hacia las fortificaciones y combatieron cuerpo a cuerpo con los
482 centinelas. Delante del campamento hay un destacamento de guardia que se releva por turnos sucesivamente y existe una terrible ley romana que castiga con la pena de muerte al que abandone su puesto por cualquier causa. Estos soldados, que
483 preferían morir con valor que hacerlo bajo una condena capital, se mantuvieron firmes y muchos de los que habían huido se volvieron, avergonzados ante la situación apurada de sus
484 compañeros. Colocaron también las oxibelas[303] frente a la mu-

[303] Sobre este artefacto y otros similares véase nota a IV 553.

ralla y repelieron a la multitud que venía desde la ciudad, sin preocuparse por su propia seguridad ni por la protección de sus personas. Los judíos llegaban a las manos con los que se encontraban, se abalanzaban, sin tomar precauciones ante las lanzas, y golpeaban a los enemigos con sus propios cuerpos.
Los hebreos dominaban la situación no más por sus actos que 485
por su audacia, y los romanos retrocedían más por la osadía de aquéllos que por las pérdidas que sufrían por su parte.

Tito rechaza a los asaltantes judíos

Acudió entonces Tito desde la torre 486
Antonia, donde había estado para buscar un lugar para otros terraplenes. Hizo numerosos reproches a sus soldados porque, aunque eran dueños de las murallas enemigas, ponían en peligro sus propias fortificaciones[304] y porque ellos mismos sufrían la situación de personas asediadas, como si hubieran dejado que los judíos salieran de una cárcel para ir contra ellos. Luego, el propio Tito con su destacamento de hombres escogidos atacó a los enemigos por el flanco.
Estos últimos, embestidos también de frente, se dieron la vuelta 487
y resistieron el golpe. Al mezclarse los dos ejércitos, la polvareda tapaba los ojos, el griterío los oídos y no era posible distinguir al amigo del enemigo. Los judíos se mantenían en la 488
lucha no por su fuerza, sino por su falta de esperanza en salvarse, mientras que a los romanos les daba valor el respeto por su honor, por sus armas y por César, que también se exponía a los mismos peligros que ellos. Por consiguiente, me 489
parece que al final, en un exceso de furor, habrían acabado con la multitud judía, si ésta no se hubiera anticipado al momento decisivo del combate y se hubiera retirado a la ciudad.

---

[304] Los campamentos romanos presentaban el aspecto de una fortificación con murallas y torres; cf. III 79.

490 Con la destrucción de los terraplenes los romanos se desanimaron, porque habían perdido en una sola hora un trabajo que les había llevado mucho tiempo. Fueron numerosos los que perdieron entonces la esperanza de tomar la ciudad con las máquinas de guerra de uso corriente.

Consejo de guerra romano

491 Tito se reunió en consejo con sus oficiales. Los más ardientes pensaban que había que intentar un ataque a la fuerza contra la muralla con todo el ejército.
492 Pues hasta ahora se había luchado cuerpo a cuerpo con los judíos por pequeños destacamentos del ejército de una forma discontinua, pero, si se les embestía en masa, no resistirían el asalto y sucumbirían ante sus flechas.
493 En cambio, algunos de los más precavidos recomendaron que de nuevo se construyeran los terraplenes, otros que simplemente se asediara la ciudad, sin hacer estas obras, y se vigilara la salida de individuos y la entrada de víveres; de esta forma se dejaba a Jerusalén a merced del hambre sin
494 llegar a las manos con los enemigos. Porque no se podía luchar contra la desesperación de una gente que deseaba perecer bajo la espada y que, en caso de no morir, le aguardaba
495 un sufrimiento aún mayor. A Tito no le pareció bien permanecer totalmente inactivo con un ejército tan numeroso ni tampoco útil combatir con unas personas que estaban dis-
496 puestas a matarse entre sí. Por lo demás, hizo ver que era difícil levantar terraplenes por la falta de madera y por lo muy complicado que era tomar precauciones ante las incursiones que venían desde el interior de la ciudad. En efecto, no era sencillo rodear Jerusalén con el ejército a causa de su extensión y de la dificultad del terreno[305], y además resultaba pe-

[305] Recordemos la descripción de la ciudad hecha en V 136 ss.

ligroso en caso de ser atacados por el enemigo. Por otra 497
parte, aunque estuvieran vigilados los puntos de salida, sin embargo los judíos buscarían caminos secretos, obligados por la necesidad y gracias a su conocimiento del lugar. Y si introducían víveres a escondidas, el asedio sería muy largo.
Tito temía que la gloria de su victoria sería menor, si se re- 498
trasara mucho en obtenerla, pues con tiempo se consigue acabar todo, mientras que es la rapidez la que da la fama[306].
Era preciso rodear de un muro a toda la Jerusalén, si se que- 499
ría actuar con prontitud y seguridad, pues sólo de esta manera se obstruirían todas las salidas y los judíos, desesperados totalmente de salvarse, entregarían la ciudad o serían sometidos con facilidad a causa del hambre. Además, él no se 500
quedaría sin hacer nada, sino que se encargaría de levantar de nuevo los terraplenes en el momento en que los judíos no tuvieran fuerzas para impedírselo. Si a alguien le parecía 501
que este plan era excesivo y difícil de realizar, debía tener en cuenta que a los romanos no les convenía llevar a cabo ninguna acción de poca envergadura y que sin esfuerzo nadie puede obtener fácilmente el éxito en algo importante[307].

El muro de bloqueo

Tras convencer a sus oficiales con es- 502
tas palabras, les ordenó que distribuyeran a sus tropas para la empresa. Se adueñó de los soldados un furor divino y, tras repartirse las secciones del muro, surgió una rivalidad competitiva en la realización de su trabajo, no sólo entre las legiones, sino también entre las unidades de

---

[306] Como recuerda TÁCITO, *Historias* V 11, Tito deseaba también acabar con el «problema judío» para regresar a Roma, donde su padre Vespasiano acababa de recibir el poder imperial.

[307] Se repite aquí la el aforismo de inspiración sofoclea *(Electra* 995), que ya se anotó en otros pasajes, III 153, 112 y 495.

503 cada una de ellas. El soldado se esforzaba por agradar al de-
curión, el decurión al centurión y éste al tribuno. La ambi-
ción de los tribunos era asemejarse a los generales y César
era el árbitro de la rivalidad de estos últimos. Pues todos los
días Tito recorría en varias ocasiones la obra y la inspeccio-
504 naba. El muro empezaba en el Campamento de los Asi-
rios[308], donde él mismo había acampado, continuaba hacia
la zona baja de la Ciudad Nueva[309] y desde aquí llegaba al
monte de los Olivos a través del Cedrón. En este punto, tor-
505 cía hacia el sur y bordeaba el monte hasta la llamada roca
del Palomar[310] y la colina que hay detrás de ella, que domi-
na el valle de Siloé. A continuación, giraba al oeste y bajaba
506 hacia el valle de la Fuente[311]. Después subía por el monu-
mento del sumo sacerdote Anano[312], rodeaba la montaña, en
la que estableció su campamento Pompeyo, y volvía hacia
507 el norte. Se extendía hasta una aldea, denominada «Casa de
los Garbanzos»[313], pasaba luego alrededor del monumento
de Herodes[314] y por el este se unía con su propio campa-
508 mento, donde tenía su inicio. El muro medía treinta y nueve
estadios[315], y en su parte externa se le habían construido
adosados trece puestos de guardia, cuyo perímetro alcanza-
509 ba un total de diez estadios. Todo se levantó en tres días, de

---

[308] Sobre la ubicación de este «Campamento de los Asirios» véase nota a V 303.

[309] Cf. nota a V 151.

[310] La localización de esta roca, concida también con el nombre griego de Peristereo, en el barranco del Cedrón no ha sido precisada aún.

[311] La fuente de Siloé; cf. nota a V 140.

[312] Seguramente se trata del Anás del *Nuevo Testamento* (cf. *Juan* 18, 12 y 24); cf. nota a II 563.

[313] Lugar desconocido.

[314] Cf. V 108.

[315] En V 159 se ha precisado que el perímetro completo de la ciudad era de 33 estadios, si bien en este caso el muro de circunvalación tiene que ser necesariamente mayor.

modo que lo que hubiera requerido de muchos meses de trabajo se llevó a cabo con una rapidez increíble. Tito, tras 510
rodear a la ciudad con este muro y establecer tropas en los puestos de vigilancia, hizo en persona el recorrido y la inspección durante la primera guardia de la noche[316], encomendó a Alejandro[317] encargarse de la segunda y mientras tanto los oficiales de las legiones se sortearon la tercera guardia. Los centinelas también echaban a suertes los mo- 511
mentos para dormir y durante toda la noche recorrían los espacios que separaban los puestos de vigilancia.

Estragos del hambre. Atrocidades de los rebeldes

Los judíos perdieron toda esperanza 512
de salvación, desde el momento en que les cortaron sus salidas de la ciudad. El hambre se intensificaba y devoraba al pueblo por casas y familias. Los tejados 513
estaban llenos de mujeres y de niños deshechos, y las calles de ancianos muertos. Los niños y los jóvenes vagaban hinchados, como fantasmas, por las plazas y se desplomaban allí donde el dolor se apoderaba de ellos. Los enfermos no 514
tenían fuerza para enterrar a sus allegados y los que aún conservaban su vigor no querían hacerlo debido a la gran cantidad de cadáveres que había y porque no sabían lo que les podría pasar. Eran numerosos los que caían muertos sobre los cuerpos que estaban dando sepultura y muchos los que se colocaban en sus tumbas, antes de que les llegase la

[316] Los romanos dividían la noche en cuatro *vigiliae*, es decir, en cuatro turnos de guardia militar de tres horas cada uno de ellos. En esta época los judíos seguían este cómputo de las horas nocturnas, como lo testimonia *Mateo* 14, 25 o *Marcos* 13, 35. El *Antiguo Testamento (Jueces* 7, 19 o *I Samuel* 11, 11) se guiaba por un sistema de tres vigilias solamente.

[317] Tiberio Alejandro; cf. V 45.

515 hora de morir. No había llantos ni lamentos en medio de estas desgracias, sino que el hambre dejaba al margen los sentimientos. Los que estaban agonizando contemplaban con ojos secos y con la boca apretada a los que les habían precedído en el descanso eterno. Un profundo silencio y una noche llena de muerte se extendió por la ciudad, si bien los bandidos
516 eran aún más crueles que estas desgracias. Entraban en las casas, que se habían convertido en tumbas, despojaban los cadáveres, les quitaban la ropa y se marchaban riéndose. Probaban las puntas de sus espadas en los cuerpos muertos y atravesaban a algunos de los que aún yacían vivos en el suelo
517 para examinar el temple de su hierro. Pero dejaban perecer a manos del hambre a los que les suplicaban que les prestasen su brazo y su espada. Todos los que expiraban, con sus ojos fijos en el Templo, se volvían a mirar a los rebeldes que deja-
518 ban vivos. Al principio éstos ordenaron enterrar los cadáveres con dinero del tesoro público, porque no soportaban su hedor, pero luego, ante la imposibilidad de continuar con ello, los arrojaban a los barrancos desde lo alto de las murallas.

Nuevos terraplenes

519 Al recorrer Tito los barrancos y ver que estaban repletos de cadáveres y que de los cuerpos putrefactos salía un espeso pus, lloró, tendió las manos al cielo y puso a Dios por testigo de que esto no había
520 sido obra suya. Ésta era la situación de Jerusalén, mientras que los romanos, dado que ya no salía de la ciudad ninguno de los sediciosos, pues el desánimo y el hambre se había apoderado ya de ellos, se hallaban en un buen momento, con abundancia de trigo y de las demás provisiones que les
521 llegaban de Siria y de las provincias próximas. Muchos se colocaban cerca de la muralla, mostraban la gran cantidad de alimentos que tenían y así, al estar ellos saciados, excita-

ban el hambre de sus enemigos. Sin embargo los rebeldes no se rindieron ante este sufrimiento. Tito, compadecido del 522
resto de la población y preocupado por salvar de la muerte al menos a los que aún quedaban, empezó de nuevo a levantar los terraplenes, a pesar de que era difícil conseguir madera. Pues todos los árboles que había alrededor de la 523
ciudad habían sido cortados para los primeros trabajos[318], y ahora los soldados traían la materia prima desde una distancia de noventa estadios[319]. Solamente se alzaron terraplenes junto a la Antonia, en cuatro secciones y mucho más grandes que los anteriores. César recorría las legiones, las ani- 524
maba a seguir en el trabajo y hacía ver a los bandidos que estaban en sus manos. No obstante, ellos eran los únicos en 525
los que había desaparecido el arrepentimeinto de los males que habían cometido. Tenían sus almas separadas de sus cuerpos y hacían uso de ambos como si fuesen elementos ajenos a ellos. En efecto, ni el sufrimiento amansaba su al- 526
ma ni el dolor dominaba su cuerpo, sino que, como perros, despedazaban los cadáveres de los ciudadanos y llenaban las cárceles de gente enferma.

Matanza en Jerusalén. Simón ejecuta al sumo sacerdote Matías

Simón ejecutó, no sin someterlo a la 527
tortura, a Matías[320], por quien él se había hecho dueño de la ciudad. Éste era hijo de Boeto, descendiente de sumos sacerdotes, persona de gran confianza y respeto entre la población. Cuando el pueblo fue maltratado 528
por los zelotes, a cuya cabeza se encontraba ya Juan, él le convenció para que dejase entrar en la ciudad a Simón en su

318 Los terraplenes mencionados en V 466 ss.

319 Entre 16 y 17 kilómetros.

320 El sumo sacerdote citado en IV 574.

ayuda, sin establecer ningún acuerdo con él y sin esperar
529 ningún mal por parte suya. Sin embargo, cuando llegó, se apoderó de la ciudad y consideró a Matías como a un enemigo, igual que a los demás, y la recomendación que este último había hecho al pueblo en su favor la tuvo como una
530 prueba de su simpleza. Le hizo comparecer ante él, le acusó de ser favorable a los romanos y le condenó a muerte junto con sus tres hijos sin concederle la posibilidad de defenderse, pues el cuarto de sus vástagos se había apresurado a refugiarse al lado de Tito[321]. Simón ordenó matar en último lugar a Matías, que le suplicó que le ejecutaran antes que a sus hijos y que le pidió este favor en gratitud por
531 haberle abierto las puertas de la ciudad. Matías fue conducido a un lugar frente a los romanos y degollado después de sus hijos, que murieron ante sus ojos, ya que así se lo había encargado Simón a Anano, hijo de Bagadato[322], que era el más cruel de sus esbirros. Simón le decía con ironía que hacía esto para ver si venían en su ayuda aquellos con los que él quería escaparse. Además prohibió enterrar sus
532 cuerpos. A continuación fueron asesinados un sacerdote, Ananías, hijo de Masbalo, uno de los personajes notables de la ciudad, el secretario del Consejo[323], Aristeo, natural
533 de Emaús, y con ellos quince ciudadanos ilustres. También encerraron y pusieron vigilancia al padre de Josefo[324], y proclamaron públicamente la prohibición de confabular y de reunirse en un mismo lugar en la ciudad, por

---

[321] Esta afirmación se contradice con VI 114, donde se precisa que este hijo huyó después de la muerte de su padre Matías.

[322] Tal vez haya que leer aquí Magadato, si tenemos en cuenta la nueva mención de Anano, como hijo de Magadato, en VI 229.

[323] Del Sanedrín; cf. nota a V 144.

[324] Matías, el padre del propio historiador; cf. V 419.

miedo a una traición. Quitaban la vida, sin un juicio previo, a los que se congregaban para lamentarse juntos.

Judas intenta introducir a los romanos

Cuando vio esto un tal Judas, hijo de 534
Judas, uno de los lugartenientes de Simón, al que éste le había confiado la vigilancia de la torre, tal vez por compasión hacia los que perecían con crueldad, pero, sobre todo, porque pensaba en su salvación, convocó a los diez hombres más dignos de confianza de los que estaban bajo su mando y les
dijo: «¿Hasta cuándo vamos a soportar estas desgracias? ¿Te- 535
nemos alguna esperanza de salvarnos, si permanecemos fieles a
un ser perverso? ¿No está el hambre ya sobre nosotros y los 536
romanos no están a punto de entrar? ¿No es Simón desleal incluso con sus benefactores? ¿No tememos que ahora él nos castigue, mientras que sabemos que son seguras las garantías dadas por los romanos? Vamos, entreguemos la muralla y sal-
vémonos a nosotros mismos y a la ciudad. Simón no sufrirá por 537
ello una desgracia mayor, si, ante la falta de esperanzas por salvarse, paga antes de tiempo su castigo». Tras convencer con
estas palabras a los diez hombres, al amanecer envió al resto de 538
sus subordinados, a unos en una dirección y a otros en otra, para que no se descubriera nada de lo que habían planeado. En torno a la hora tercera[325] el propio Judas llamó desde la torre a
los romanos. Algunos de ellos hicieron caso omiso de la llama- 539
da, otros no creyeron en ella y la mayoría prefirió no hacer nada, porque tenían la idea de que enseguida iban a tomar sin pe-
ligro la ciudad. Mientras Tito se aproximaba con la infantería a 540
la muralla, Simón se enteró a tiempo de este hecho y rápidamente se le adelantó en llegar a la torre. Cogió a los hombres y

[325] Las nueve de la mañana, según el sistema horario romano seguido por Josefo y también por el *Nuevo Testamento.*

los mató a la vista de los romanos y, tras mutilar sus cuerpos, los arrojó delante de la muralla.

Josefo es herido. La falsa noticia de su muerte

541 En este momento Josefo, que recorría el lugar del asedio sin dejar de arengar a los judíos, fue herido en la cabeza con una piedra y al instante se desplomó sin sentido. Los judíos salieron para ir a recoger al que había caído y lo habrían arrastrado al interior de la ciudad, si César no se les hubiera adelantado y hubiera enviado inmediatamente hombres para que lo protegieran.
542 Mientras peleaban por su cuerpo romanos y judíos, Josefo fue sacado de allí, sin que casi se diera cuenta de nada de lo que ocurría, mientras que los rebeldes dieron gritos de alegría, como si hubieran dado muerte al hombre, a quien tanto
543 deseaban hacerlo. La noticia corrió por la ciudad y el desánimo se adueñó del resto de la población, pues se creía que realmente había muerto aquel que les daba valor para
544 desertar. Cuando la madre de Josefo se enteró en la cárcel de que su hijo había fallecido, dijo a los guardianes que ella sabía que iba a ocurrir esto desde los acontecimientos de Jotapata[326], y que, además, a ella durante su vida nunca le
545 había dado ninguna alegría. Sin embargo, en secretó lloró con sus criadas y dijo que el fruto que había obtenido de su fecundidad era el de no enterrar a su hijo, por quien espera-
546 ba ser sepultada ella. Pero la falsa noticia no afligió a su madre por mucho tiempo más ni enardeció los ánimos de los bandidos, pues rápidamente Josefo se recuperó de sus heridas. Se acercó al muro y gritó a los sediciosos que enseguida iban a pagar su merecido por haberle golpeado y ex-

[326] Cuando se conoció en Jerusalén la noticia de la caída de Jotapata se difundió también el rumor de que Josefo había muerto; cf. III 432-439.

hortó al pueblo para que confiara de nuevo en él. Cuando lo 547 vieron el pueblo recobró el ánimo, mientras que los sediciosos se quedaron desconcertados[327].

Las atrocidades de árabes y sirios. Tito prohíbe estos hechos

Algunos de los desertores, obligados 548 por la necesidad, se lanzaban con rapidez desde lo alto de la muralla, y otros salían con piedras, como si fueran a luchar, y luego se refugiaban en el bando romano. Estos últimos tenían peor suerte que los que se quedaban dentro, pues la abundancia de víveres que hallaron en el campamento romano acababa con ellos antes que el hambre que habían padecido en la ciudad. Efectivamente, ellos lle- 549 gaban hinchados, a causa de la inanición, como si estuvieran hidrópicos; luego, al llenar de golpe sus cuerpos vacíos, reventaban, salvo aquellos que estaban adiestrados en contener sus apetitos y suministraban alimentos en pequeñas cantidades a su cuerpo, que no estaba acostumbrado a tolerarlos. Pero otra desgracia cayó sobre los que ya habían 550 conseguido salvarse de esta forma. Uno de los desertores, que se hallaba con los sirios, fue sorprendido cuando recogía monedas de oro entre sus excrementos. Como ya hemos dicho[328], se las tragaban antes de salir, pues los rebeldes registraban a todos y en la ciudad había una gran cantidad de oro. Las monedas se compraban por doce dracmas áticos, mientras que antes se hacía por veinticinco[329]. Una vez des- 551 cubierto el plan de una sola persona, por todo el campa-

[327] Sobre el escrupuloso cuidado que pone Josefo en distinguir entre el pueblo judío y los «sediciosos» puede verse la nota a IV 141 y V 27.

[328] V 421.

[329] Estas monedas eran los áureos romanos, que equivalían a una estatera de oro griega, es decir, veinticinco dracmas griegos. Como se indicará en VI 317 el oro se había desvalorizado con la guerra.

mento corrió la noticia de que los desertores estaban repletos de oro. La multitud árabe y los sirios[330] abrían y regis-
552 traban las entrañas de los suplicantes. Creo, al menos yo, que a los judíos no les ha sucedido una desgracia más cruel que ésta: en una sola noche fueron rajados más de dos mil.

553 Cuando Tito se enteró de esta atrocidad, poco le faltó para pedir a la caballería que rodease y acribillase a lanzadas a los culpables, si no se lo hubiera impedido el gran número de ellos, pues eran muchos más los que tenía que ejecutar que los
554 que habían sido asesinados. Reunió a los oficiales de las tropas aliadas y de las legiones, ya que también ciertos soldados suyos habían sido acusados de esta práctica, y les expresó la
555 indignación que sentía hacia unos y otros, porque algunos de los que servían bajo sus órdenes habían realizado tales iniquidades por una ganancia incierta, sin respetar sus propias ar-
556 mas, hechas también de plata y oro. Se irritó con los árabes y con los sirios, en primer lugar por haberse entregado libremente a sus pasiones en una guerra extranjera y en segundo lugar por haber imputado a los romanos la crueldad de sus propias matanzas y su odio hacia los judíos[331], pues ahora algunos de sus legionarios eran partícipes también de esta mala
557 reputación. Por ello, a los aliados extranjeros les amenazó con matarles, si se descubría que alguno de ellos volvía a atreverse a cometer la misma acción, y a sus legionarios les encomendó que buscaran a los sospechosos y que los llevaran ante
558 su presencia. Pero, según parece, la codicia desprecia todo tipo de castigo y en los hombres existe por naturaleza un terrible amor al dinero y no hay ninguna pasión que busque más
559 el peligro que la avaricia. En otras ocasiones esta pasión tiene

[330] Árabes y sirios formaban parte de las tropas auxiliares romanas.

[331] Las rivalidades y odios entre judíos, árabes y sirios son tradicionales desde época antigua y normales entre poblaciones vecinas, como muy bien precisa TÁCITO, *Anales* V 1; cf. nota a IV 535.

un límite y está subordinada al miedo, pero entonces fue Dios el que condenó a todo el pueblo y el que desvío hacia la destrucción todos los caminos que le llevaban a la salvación[332].
Y en realidad, lo que César había prohibido con amenazas se 560
seguía haciendo a escondidas contra los desertores. Los bárbaros[333] salían al encuentro de los fugitivos y los degollaban, antes de que fueran vistos por todos; miraban a su alrededor, por si les observaba alguno de los romanos, les rajaban y cogían de sus entrañas el infame botín. Pero sólo lo encontraban 561
en unos pocos, mientras que solamente fue la esperanza de conseguirlo la que llevó a sacrificar inútilmente a un gran número de gente. Esta atrocidad hizo volver de nuevo a la ciudad a muchos desertores.

Juan de Giscala saquea el Templo

562 Cuando ya no hubo nada que rapiñar al pueblo, Juan se dedicó al sacrilegio. Fundió muchas de las ofrendas del Templo y numerosos objetos necesarios para el culto, copas, platos y mesas[334]; y no perdonó ni las crateras enviadas por Augusto y su mujer[335]. Los príncipes roma- 563
nos[336] siempre habían honrado y adornado el Templo[337] y ahora, en cambio, un judío[338] ha demolido incluso las ofrendas donadas por los extranjeros. Este individuo decía a sus compañeros 564

---

[332] Otra de las frases claves de la teología flaviana; cf. apartado 5 de la Introducción.

[333] Los aliados extranjeros, sirios y árabes.

[334] Cf. nota a V 8.

[335] Filón de Alejandría, *Embajada a Cayo* 157 y 319, se hace eco estas ofrendas.

[336] Sobre el sentido impropio del término griego *basileús* para los emperadores de Roma, véase nota a V 58.

[337] La importancia del culto extranjero, sobre todo romano, en el Templo de Jerusalén ha sido comentada en nota a II 197 y IV 181.

[338] Juan de Giscala.

que había que utilizar sin miedo los objetos divinos para servir a Dios y que los que luchaban por el Templo debían man-
565 tenerse con lo que en él había. Por tanto, acabó con el vino sagrado[339] y con el aceite, que los sacerdotes guardaban para los holocaustos y que había en la parte interior del santuario[340]. Lo distribuyó entre su gente, que sin miedo bebieron y
566 se ungieron con ello. Yo no podría dejar de decir lo que el dolor me impone[341]. Creo que si los romanos se hubieran retrasado en venir contra estos criminales, la ciudad habría sido tragada por la tierra, habría sido inundada por las aguas o habría sido fulminada por los mismos rayos que acabaron con Sodoma[342]. Pues su generación era mucho más depravada que aquellos que padecieron tales castigos. Y así, todo el pueblo ha quedado en la ruina por la locura de esta gente.

Muertos durante el asedio

567 ¿Por qué he de contar uno por uno estos desastres? Maneo, hijo de Lázaro, que en estos días se pasó a Tito, dijo que por una sola puerta, que estaba a su cuidado, habían sacado ciento quince mil ochocientos ochenta cadáveres, desde el día catorce del mes de Jántico[343], en el que

[339] El que se utilizaba para los holocaustos: un cordero debía ir acompañado de un cuarto de *hîn* de vino (cf. *Éxodo* 29 y *Números* 15, 5), el de un carnero de un tercio de *hîn* (cf. *Números* 28, 14) y el de un toro de medio *hîn* de vino (cf. *Números* 15, 10).

[340] Según el tratado *Middot* 2, 6, el vino y el aceite se guardaban en una estancia situada al suroeste del atrio de las Mujeres.

[341] En el Proemio (cf. I 9 y 11) de esta obra nuestro autor manifestó ya la voluntad de expresar sus propios sentimientos, a pesar de que lo prohíban las normas de la historiografía.

[342] Nuestro autor aduce ejemplos bíblicos que emulan la presente situación de la ciudad de Jerusalén: el caso de Coré, tragado por la tierra (cf. *Números* 16, 32), la inundación producida por el famoso diluvio de Noé (cf. *Génesis* 6 ss.), o la destrucción de Sodoma y Gomorra ya recordada en IV 484-485.

[343] Cf. V 99 y 133.

los romanos habían establecido su campamento delante de la ciudad, hasta el novilunio del mes de Panemo[344]. Todos 568
ellos eran gente humilde. Maneo no estaba encargado personalmente de ello, sino que en nombre del Estado[345] pagaba a los que lo hacían y por ello necesariamente llevaba la cuenta de los muertos. Los familiares dieron sepultura a los demás. Su entierro consistía en sacar a los muertos y arrojarlos fuera de la ciudad[346]. Muchos ciudadanos notables, 569
que escaparon después de Maneo, manifestaron que por las puertas se había echado un total de seiscientos mil cadáveres de gente de baja condición, mientras que no se podía saber el número de los demás[347]. Dijeron también que, al no 570
tener ya fuerza para transportar fuera los cuerpos de los pobres, los amontonaban en las casas más grandes y las cerraban con llave. Añadieron que una medida de trigo se vendía 571
por un talento[348] y que, por ello, al no ser posible salir de la ciudad a recoger hierba a causa del asedio, algunos llegaron a tal extremo de necesidad que buscaban en los albañales y

[344] El 20 de julio del año 70, según el cómputo de la edición de NIESE.

[345] Sobre el sentido de este término en este momento, véase la nota a IV 318.

[346] Véase la nota a IV 317 sobre la importancia de dar sepultura a los muertos entre los judíos.

[347] La cifra es exagerada, si se tienen en cuenta los datos que tenemos sobre la posible población de Jerusalén en este momento. Según el cómputo de M. BROSHI, «La population...», el número de los habitantes de Jerusalén, que antes de la revuelta podían llegar a ochenta y cinco mil aproximadamente, aumentó de forma considerable con la llegada de la población del campo de Judea; cf. IV 137. No obstante, TÁCITO, *Historias* V 13, da la misma cifra de Josefo, pero referida no a los muertos, sino al número total de asediados en la ciudad.

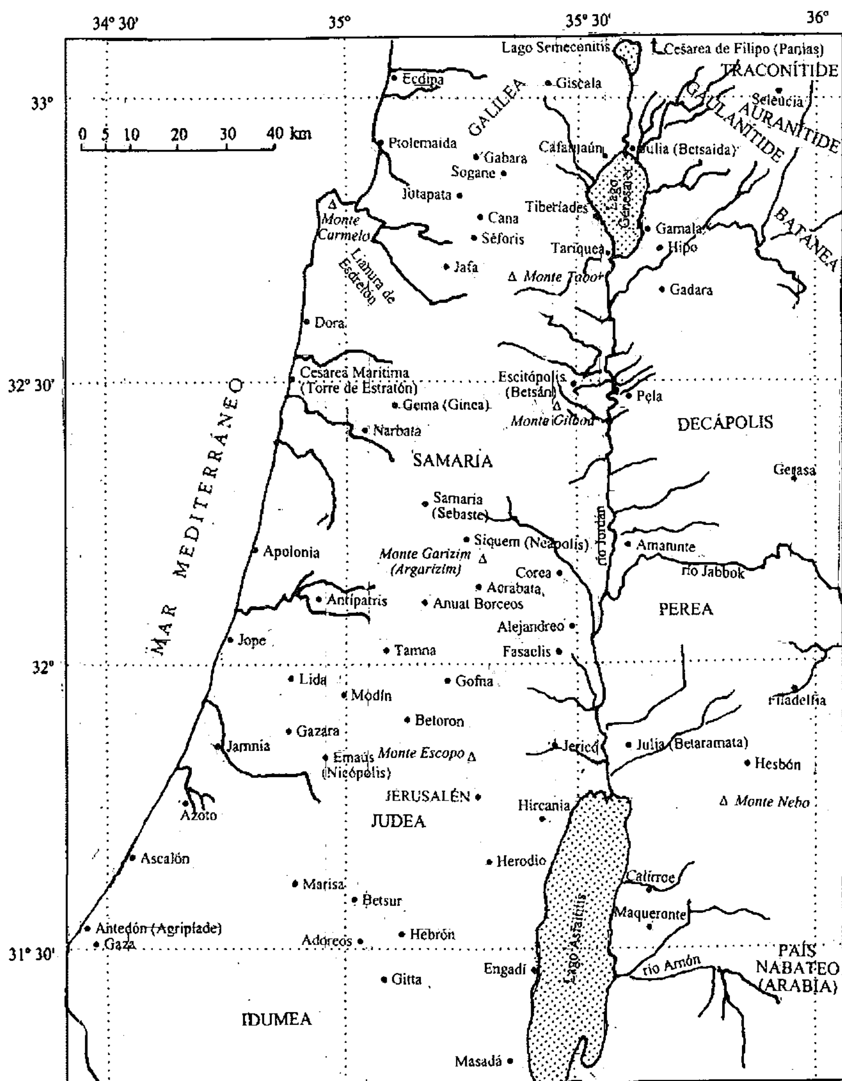
[348] El talento griego de 6.000 dracmas, unos 21 ó 22 kilogramos de plata, está documentado como unidad monetaria en los últimos libros del *Antiguo Testamento* y, por supuesto, en el *Nuevo Testamento*.

entre el estiércol viejo de los bueyes y se comían las sobras que ellos dejaban: lo que antes ni siquiera podían ver se
572 convertía ahora en su alimento. Cuando los romanos escucharon estas historias, se compadecieron de ellos, mientras que los rebeldes, aunque lo habían visto, no se arrepintieron, sino que permitieron que tales desgracias cayeran también sobre ellos, pues los había cegado el Destino, que ya se cernía sobre la ciudad y sobre ellos mismos.

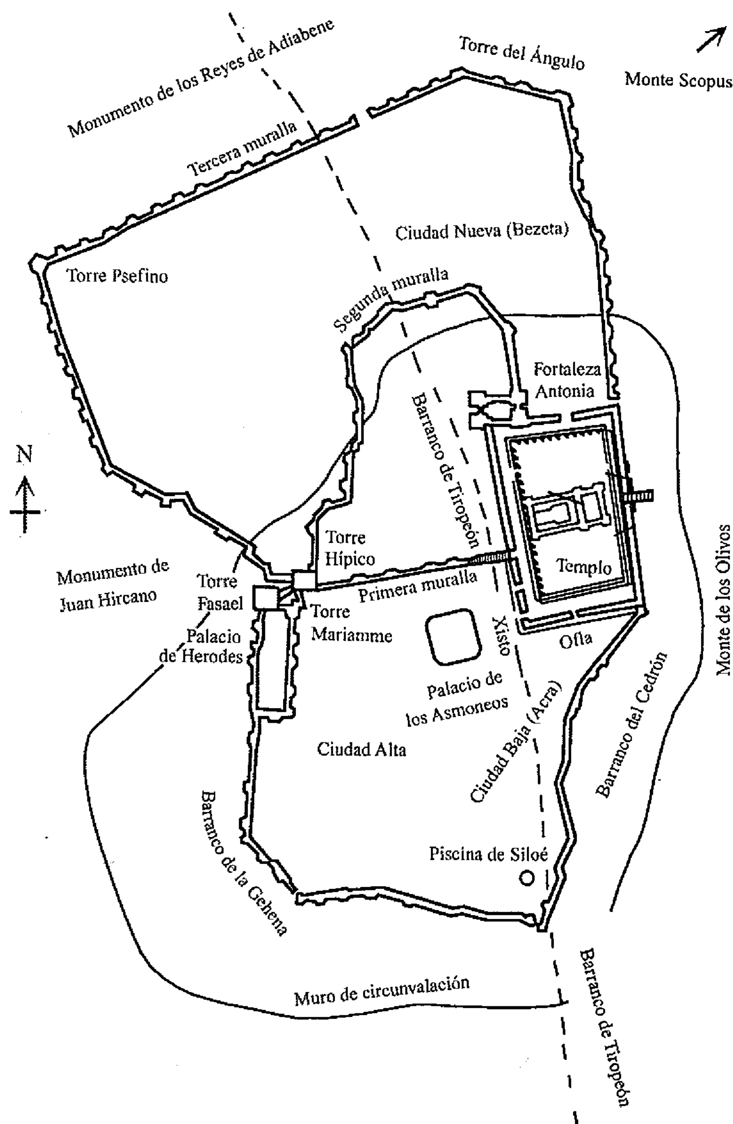
ÍNDICE DE NOMBRES *

* En este índice no sólo se han incluido los nombres propios de persona o de lugar, sino también las personificaciones, los gentilicios y aquellos términos más destacados desde el punto de vista institucional, histórico y religioso.

APÉNDICE



Palestina en el siglo I d. C.



Jerusalén en el año 70 d. C.

N

Torre Antonia

Pórtico de columnas

Atrio de los gentiles

Barranco de Tiropeón

Pórtico de columnas

8

3

1 2 4 5 6 7

3

8

Pórtico de columnas

Barranco del Cedrón

Primera muralla

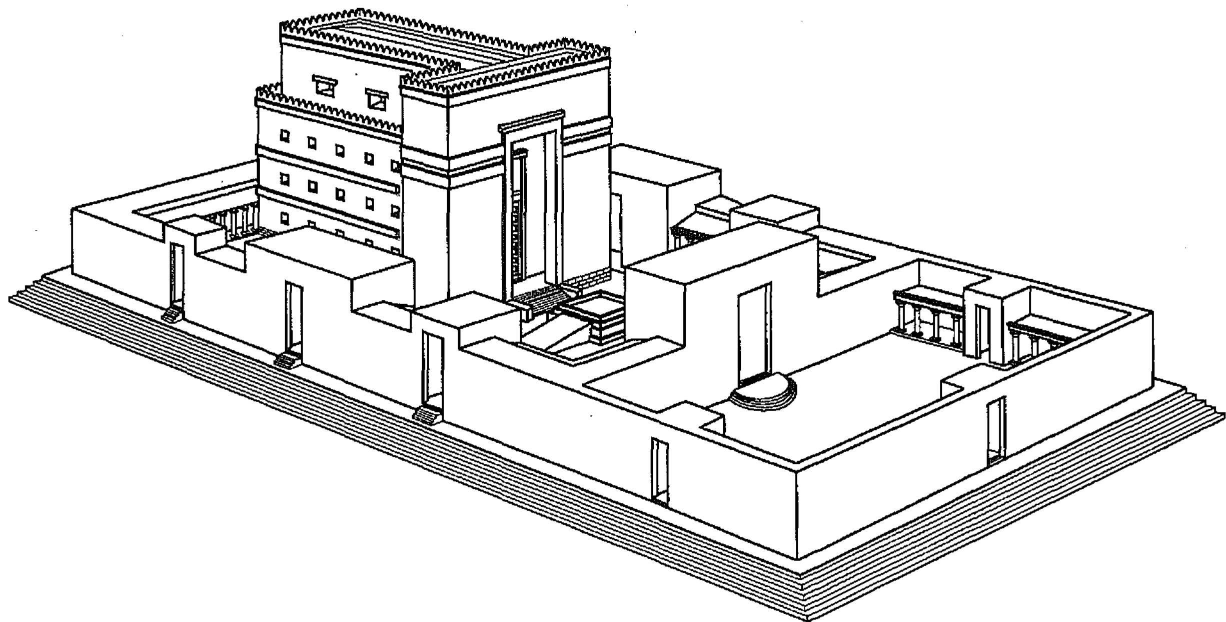
Barranco de Tiropeón

Atrio de los gentiles

Pórtico real

1 - *Sancta Sanctorum*
2 - Santuario
3 - Atrio de los sacerdotes
4 - Altar de los sacrificios
5 - Atrio de los israelitas
6 - Puerta de Corinto
7 - Atrio de las mujeres
8 - Balaustrada

Templo de Jerusalén



Templo de Jerusalén (reconstrucción de Th. A. Busink)

ÍNDICE GENERAL